

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ

EL VIAJE  
DE LA VIDA

Cuentos, Narraciones,  
Impresiones



LAS PALMAS

Tipografía del "Diario", Buenos Aires 36

1913

**BIBLIOTECA  
SAULO TORON**

FRANCISCO GONZALEZ DIAZ



# EL VIAJE DE LA VIDA

(Cuentos, Narraciones, Impresiones)



*ST / Canaria*

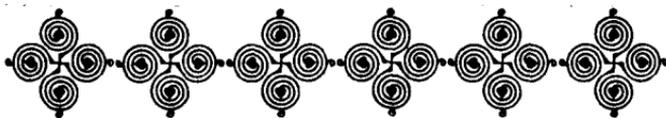
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	<u>22223</u>
N.º Copia	<u>483561</u>

LAS PALMAS

Tipografía del "Diario", Buenos Aires 36  
1913

Al brillante poeta Saulo Fardou,  
con muy devoto

Francisco González Díaz



## EL VIAJE DE LA VIDA



UERÉIS que os diga, amigos, lo que es la vida?

Escuchad:

Un viajero emprendió contento y despreocupado una caminata. Salió por la mañana de su hogar lleno de esplendores, donde la dicha cantaba un cántico que era una sonrisa, y una promesa, y una bendición. Llevando en su oído como una caricia el eco de aquella canción venturosa, el caminante emprendió la marcha.

Hizo una jornada breve por un ancho sendero, y recibió mil besos sin que pudiera saber quién se los daba. Era la naturaleza-madre que así afirmaba y sellaba sobre él su maternidad. El aire claro, la tierra regocijada, el espacio sereno, le sonreían. En su espíritu abriáanse fragantes las ilusiones. Al contrario de Hamlet, veía en los contornos de las nubes dibujarse formas que reproducían los esplendores de su hogar, la sonrisa, la promesa, la bendición.

Y sonrió, prometió, bendijo.

Llegó á una encrucijada, y le vino al encuentro un mancebo hermosísimo, de rostro sonrosado, de traza gentil.

—Soy el Amor,—le dijo.—Llévame contigo.

Siguieron andando juntos. A poco andar el Amor se deslizó por un atajo y el viajero volvió á quedar solo.

Sintió por primera vez fatiga y desaliento. La atmósfera comenzaba á tornarse oscura, la tierra á entristecerse, el espacio á llenarse de agitación y de melancolía. Dió unos cuantos pasos más, y paró en otra encrucijada. Una figura contristada y lívida, viajero, eterno viajero, le tendió la mano.

—Soy el Desengaño,—le dijo. Te acompañaré.

Y en compañía anduvieron largo trecho, largo trecho, tan unidos que una misma y sola persona semejaban.

El viajero ya no sonreía, ni prometía ni bendecía. Lloró, renegó, maldijo, pensando en su hogar lejano cuyos esplendores habían dejado de reproducir las nubes cobrizas y amenazadoras.

Y llegaron, ó por mejor decir llegó á una nueva encrucijada donde una cruz levantaba sus brazos. Sombra habían venido á ser la lumbre espléndida de la mañana, y la sonrisa, y la promesa, y la bendición. En la sombra acurrucados, se plañían amargamente muchos seres que llamaban hermano al viajero.

Adelantóse una figura trágica, atormentada y doliente.

—¿Ves esa cruz?—le dijo. Tuya es, y mía, y de todos. Abrázala y sígueme. Te acompañaré hasta el final del viaje. Yo soy el Dolor.

Siguieron reunidos el viajero, el Desengaño y el Dolor, pero en unión tan íntima que en apariencia no eran sino uno.

Y llegaron, ó por mejor decir llegó á la última encrucijada, caída la noche. Noche espantosa. ¿Donde estaban los esplendores del hogar lejano? ¿Donde el florecimiento primaveral del espíritu? De

la canción venturosa cuyo eco guardó su oído hasta la tarde, no le quedaba al viajero ninguna memoria. La oyó cantar á otros viandantes que pasaban y que en medio de la noche saludaban á la mañana; mas parecióle sin sentido.

—Será—pensó acongojado,—que para ellos es mañana lo que es noche para mí?

Dió unos pasos más, y una horrenda figura, fantástica, sobrenatural, enemiga, cortóle el avance. En ella, lo que fué cabeza era cráneo despojado y mondo; lo que fué cara, calavera; los que fueron ojos, cuencas vacías; lo que fué boca, horroroso agujero.

Miróle con los que fueron ojos, hablóle con lo que fué boca, y le dijo sencillamente:

—La Muerte soy.

Hubo de pronto en la noche luz. Vió el viajero nubes, y otra vez le dibujaron formas que le recordaban los esplendores de su remoto hogar. Renació en su oído el eco de la canción venturosa. Y volvieron la sonrisa, la promesa, la bendición.

Entonces nuevamente sonrió, prometió, bendijo.

Llévame contigo, exclamó.

Se acabaron el cuento, el viaje, y la vida.





## EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE INVIERNO

**M**UCHAS noches me acuesto envuelto en la tristeza como en una gran mortaja. Y no tardan en desfilar junto á mi lecho los cortejos horribles de la pesadilla. El sueño raras veces es la felicidad; es comunmente, por el contrario, el dolor, el desencanto, la impotencia, el hastío; toda la evocación de la vida abominable que en lote nos cupo. Hasta cuando es dichoso, el sueño nos hace daño, porque entonces no queríamos despertar. Si los que se mueren sueñan, como sospechaba Shakespeare, ¡me resigno, Dios mío, al suplicio de vivir!

Dormíme, pues, acongojado, y comencé á soñar. *Somnia ægri*. No soñaba con lo presente, ni con lo pasado, ni con lo venidero; soñaba con mis propios pesimismos, exagerados al punto extremo de convertirse en espantosas y dolorosas visiones. Me rodeaba una tremenda florescencia del mal. El fango humano tomaba formas animadas, formas vivientes, fecundándose en la ignominia; las cruces se

desgajaban como árboles heridos por el rayo, y los símbolos del paganismo nuevo se erguían vencedores y malditos. El mundo era un lodazal.

Acercóse para conducirme un hombre cuyo rostro no pude distinguir, hundido en la creciente sombra. Aquella figura velada me dió una mano que parecía de hielo y con imperativa voz me dijo:

—Sígueme. Yo te llevaré adonde veas con lucidez aterradora la mayor iniquidad en la mayor hipocresía.

—¿Y quién eres tú, oficioso y desconocido personaje?—le pregunté.

—Yo soy el guía de los infiernos mundanos, descendiente del viejo barquero Caronte—me contestó.

—Pues te sigo.

Puso su diestra en mi diestra y emprendimos rápida caminata. Pronto llegamos á una extraña ciudad llena de horripilantes maravillas. Los hombres allí tenían figura de animales; recordaban las caricaturas zoológicas de Gavarni. Parecía aquello una inmensa *ménagerie* suelta. Por todos lados muecas simianas, hocicos puntiagudos, prolongaciones rampantes, remedos de cuernos y de pezuñas; por todas partes animalidad, bestialidad. Era como una fauna humana producto de un proceso degenerativo. La palabra articulada, al determinarse, adquiría inmediatamente la aspereza del mugido, del rugido ó del aullido, pero nunca la suavidad acariciadora del arrullo, porque no había seres de condición blanda. de dulzura colombina. Aparentábanla muchos que eran en el fondo los más crueles y los peores.

Cuántas semejanzas iba observando parecíanme innobles ó ridículas. En vano buscaríais en medio de aquellas inverosímiles híbridesces la afirmación enérgica de una naturaleza completa é íntegra, para lo bueno ni para lo malo. En vano buscaríais la guedeja imperial del león; en vano también la candidez de la paloma, que parece un copo de espuma dotado de alas. Pero, en cambio, por dondequiera, abanicaban el aire innumerables orejas asnales, y los seres afi-

nes, de condición más ó menos doméstica, se juntaban en manadas inmensas. Los monos iban formando batallones; los pavos, regimientos; los carneros, ejércitos.

—¿Estamos en los reinos de Esopo?—dije á mi misterioso conductor.

—Estamos en mis reinos—respondióme. Observa, medita y calla. Puesto que no se sabe con seguridad si son hombres ó bestias los que vemos, honremos en ellos la indecisa apariencia humana, y considerémoslos como hombres. Yo te diré quién es y lo que vale cada uno.

¿Ves ese que hacia nosotros se viene andando despacio, simulando con sobrehumano esfuerzo una sonrisa que sólo le resulta mueca amenazadora? Guárdate de él. Es un gran deslenguado. Lleva la fuerza en la lengua. Un miserable por los cuatro costados; pero se venga de serlo hablando malísimamente de los demás.

Hay muchos de la misma especie. Muerden en voz baja las reputaciones, con lo cual logran imponerse y vencer por el miedo que inspiran. Se les desprecia, pero se les teme. Entre ellos militan Yago y Tartufo. ¡Adiós, Yago; mira que se te ve la punta del *fazzoletto!* ¡Adios, Tartufo; tu mirada me hiela! Aquí toman encarnación real los héroes imaginarios de la perversidad y del crimen. ¡Adios, Shylock! ¡Adios, lady Macbeth!

Ahora pasamos junto á un corro numeroso, el corro de las fieras domesticadas. Desviémonos. Es la hora de la comida y necesitan carne fresca, carne palpitante. Por ahí no se puede pasar sino haciendo la señal de la cruz y encomendándose á Dios. Sigamos este camino. ¡Ah! Mira hacia aquella esquina. ¿Qué es lo que adviertes? ¿Una silueta extraña, de contornos fugitivos? Es un usurero que acecha á sus víctimas; es un hombre que dejó caer la conciencia y no se ha cuidado de recogerla. En cambio, ha sabido recoger admirablemente el dinero ajeno. ¿Ves éstos que se arrastran? Son la inmensa legión

de los serviles; rodean al «amo» y se enronquecen de tanto gritarle: «Vivan las caenas! ¡Muera la nación!» «Más allá verás al «amo» mismo, ser ridículo y siniestro, costal de ruindades y de tonterías. En su derredor, repliéganse las manadas. Los pavos agitan su moco, los monos extremejan sus gesticulaciones, los carneros inclinan al suelo su inofensiva cornamenta. No te empeñes en buscar la guedeja imperial del león.

Apártate, que se acerca un asesino. Ha hecho muchas muertes, y la ley, sin embargo, no le alcanzará nunca, porque opera en lo moral con extrema cautela y pericia. No ha vertido sangre, ni ha necesitado verterla para ser mucho más infame que Tropmann, el cual, después de todo, era un perfecto irresponsable. Yo lo he ahorcado mentalmente, ya que los jueces no pueden hacerlo ahorcar. También he ahorcado á los ladrones impunes, cuyo número es infinito.

En este punto vimos que se nos aproximaba á grandes zancajos un hombrecillo de facha estrofa-laria.

—¿Y éste, quién es?—interrogué á mi cicerone.

—Un inocente y delicioso loco—me respondió. Estriba su locura en buscar un sendero recto en medio de tantas sendas torcidas. Jamás lo encontrará.

—Mira-prosiguió--aquel sujeto ventripotente que acaba de aparecer á la puerta de un almacén. Es un envenenador con licencia. Es un químico incomparable. En su trastienda, manipula como un Berthelot para matar con lentitud y seguridad á sus parroqui-anos. La menos nociva de sus operaciones consiste en echar agua al vino.

—¿Y esta joven de rostro agraciado y candoroso?

—Una media virgen.

—¿Y esta otra, tan simpática y tan linda?

—Ni siquiera media.

—Sigue, sigue.

—Aquí tienes á dos médicos que pasean del bra-zo. Ayer disputaban á la cabecera de un moribundo,

no precisamente sobre las causas de la enfermedad, sino sobre sus particulares intereses. El enfermo murió, y ellos continúan disputando junto al féretro. También disputan esos dos legistas sobre el reparto de las plumas de un cliente desplumado. Aquí, tratándose de repartir ganancias, disputa todo el mundo. Te presento á uno de nuestros más distinguidos comerciantes. ¿Que con qué comercia? Con su mujer. Saluda á este señor periodista, que apenas puede andar, de puro fatigado.

No te extrañe; lleva la opinión pública en el bolsillo. Felicita á este señor literato. Es un globo inflado que quiere subir y encontrar rumbo fijo en el espacio, como el aerostato de Santos Dumont; pero ni subirá ni encontrará rumbo. Su destino es sumergirse. Mira este tipo graciosísimo. Es un sietemesino aristócrata. No se cansa de contar las hazañas de sus antepasados. Cuéntame las tuyas, desaborió, le dijo un día una ciudadana de Citherea con quién mantiene relaciones, lícitas por supuesto, porque el pobrecillo no se siente capaz de ninguna cosa ilícita. Quedóse perplejo. ¿Sus hazañas? Yo te las voy á decir: le parieron, ha vivido sin más sal que la del bautismo, y van á declararle pródigo.

—Basta, basta,—repliqué;— no quiero saber más. Estas gentes deberían ser disueltas como disolvió Cromwell el Parlamento Largo, á hofetadas y á puntapiés. Pero no nos encontramos en la Inglaterra del puritano Protector, sino en la Dinamarca de Shakspeare. Huyamos, huyamos de esta podrida Dinamarca. ¿Quién es ese hombre de rostro pálido y mirar siniestro?

—El sepulturero.

—Parece la única persona decente y la única persona seria.

—Es un gusano del cementerio, pero le ennoblece la dignidad de su providencial misión: él enterrará tanta podredumbre y tanta ridiculez.

. . . . .

Desperté.  
Todo había sido un sueño vano.  
¡Bésame, bésame, rayo de luz que me traes  
la pureza del cielo, en mi patria libre, honrada y  
feliz!





## Ultimo coloquio entre Don Quijote y Sancho

**S**ANCHO hermano—habló Don Quijote, dirigiéndose á su escudero, *dichosa edad y dichosos tiempos aquellos* en que me corría prisa de echarme al campo en busca de las aventuras, por ser grande la falta que yo pensaba hacía en el mundo, según eran los agravios que me proponía deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar y deudas que satisfacer.

Perversa edad y malísimos tiempos éstos en que, vueltos por milagro á la vida, no encontramos empresas adecuadas en que emplear, yo el esfuerzo de mi invencible brazo, tú el auxilio de tu malicia é industria. La caballería es muertay enterrada desde ha mucho tiempo, vacantes están las armas de los caballeros comidas de roña y orín, y no hay para que pensar en nuevas armaduras ni veladuras como aquélla de la venta en que tan mal le avino al desaforado arriero, descomedido bellaco que holló en el desacato á mi persona los fueros de la noble Orden.

Dígote, Sancho, que no hay caballería ni caballeros del temple y forma de los que tanto lustre dieron al

mundo con las hazañas de los de la Tabla Redonda, las proezas de Don Belianis, los altos fechos de ambos Amadises y las famosas andanzas del Caballero del Febo ó del de la Ardiente Espada; pero en cambio, amigo, los malandrines y follones se han multiplicado por toda la redondez de la tierra poblada y civilizada en tal extremo que ya mi fuerte brazo, con poder lo que puede, no fuera suficiente á exterminarlos á todos como á ruin semilla. Demás de esto, la justicia y el honor han venido á punto de tanto menosprecio, que trocados y torcidos por lo común sus conceptos, no me sería dado, pobre hombre que yo soy, rectificarlos ni enderezarlos. El desengaño de mi última hora, cuando en un mismo instante ví la locura de mi existencia pasada y la verdad tremenda de la eternidad, se aumenta en esta sobre-vida ó resurrección que me trae de nuevo á los campos de mis correrías aventureras para acabar de desencantarme. No hay nada de lo que ví, Sancho hermano. ni cosa alguna de lo que soñé. Ido es sin retorno todo lo que me alucinó; hasta Dulcinea ha entrado en la región de los fantasmas.

—Así que, señor mío,—repuso Sancho,—también mi insula es ida sin retorno y desaparecida como una fantasma más en esa región que vuestra merced dice.

—También tu insula fué asunto de embeleco ó de burla, espejo de los escuderos. Insulas hay ahora más efectivas y de mayor firmeza y consolidación que la tuya pudo serlo, mas para tí no están ni para mí tampoco. Disfrútanlas y gobiérnanlas otros hombres de otra no sé si superior ó inferior laya que van por otros caminos muy diferentes de los que nosotros transitamos.

—¿Y debo creer también que fueron fantasmas mi mujer Teresa Panza y mi hija Sanchica, y mi rucio, que no por nombrarlo el último de los tres se ha de pensar que sea el último en mi querencia?

—No hilemos tan delgado, Sancho hijo. De Teresa, de Sanchica y del rucio hubo testimonios fide-

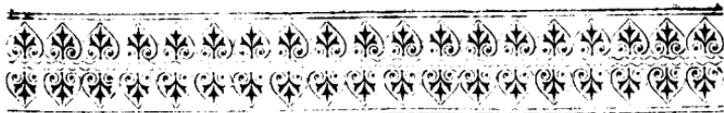
dignos y aun palpables, como los hubo de otros muchos seres de razón é irracionales enemigos que certificaron su efectividad sobre nuestras costillas; pero ahora, quitadas las telarañas de mis ojos, bien percibo la fantasmagoría de mis locos ensueños. Y advierto que el mundo de hoy día no es caballeresco ni heróico, sino prosáico y pedestre hasta tocar en lo repugnante. Las ventas ya no me parecen castillos, sino los castillos ventas; las aldeanas ya no me parecen princesas, sino, antes bien, las princesas aldeanas. El buen Rocinante ni á mal penco llega. El yelmo de Mambrino es bacía de barbero y, por ende, desportillada. Nada tenemos que hacer aquí.

—¿Y nada queda en pié, señor don Quijote, de nuestra historia que anda impresa por esos mundos de Dios?—preguntó Sancho con lástima y congoja.

—Quédanos, Sancho, respondió Don Quijote, á mí el recuerdo de mis fantasías deslumbrantes y escandalosas, á tí la huella de tu razón práctica, aunque burda é ineducada. Con entrambos estrambotes póstumos ó añadiduras de nuestras desvanecidas personas, volvámonos á continuar nuestro sueñecico. Después del ensueño malogrado, el buen sueño sin despertar. Si acaso tú te despiertas, ruégote que no me despiertes.

—Durmamos, señor, puesto que no hay caballería, ni caballeros, ni dones ni donas, ni damas modelos de fermosura, ni ventas-castillos, sino castillos-ventas; ni ínsulas, ni ninguna cosa de las muchas que anduvimos buscando y por las que sufrimos apreturas, apuramos privaciones y recibimos palos, puñadas y coces; durmamos, puesto que no hay nada de eso, sino, por desdicha, mayor número de follones y malandrines que jamás hubo, según vuestra merced asegura.

—Durmámonos, Sancho bueno, pensando en la remota edad de Oro y en el posible advenimiento de la Justicia, esa Dulcinea de los pueblos.



## UN DRAMA REGIONAL



ENGO yo un amigo á quién eso del regionalismo literario se le ha subido á la cabeza. Hace pocos días fui á verle y le encontré con fiebre... de producción, fiebre terrible. Los síntomas no me dejaban dudas. Trasudor copioso, ojos encendidos, manos temblorosas, y en ellas un objeto pequeño y afilado que brillaba amenazante.

¡Horror! Era una pluma.

—¿Qué intenta Vd. hacer, desgraciado?—le pregunté cogiéndole el brazo con que esgrimía el funesto instrumento.

—¡Oh! me contestó, mientras se golpeaba nervioso la frente. Aquí hay algo; y como la inspiración no suele acudirme dos veces seguidas, quiero obedecerla ahora mismo. Voy á escribir un drama bajo su dictado.

—¿Un drama?

—Sí, un drama regionalista.

—¡Dios nos valga!... Drama, y regionalista, grande calamidad tiene que ser. ¿Piensa Vd. documentarlo? ¿Preparó ya el enredo? ¿Sabe cómo atará y desatará el nudo?

—Déjeme Vd. de nudos y de enredos. Para enredos y para nudos estamos. La dramaturgia del siglo XX se renovará como la ciencia, como el arte, como todo; siglo de renovación completa, omnilateral, será el vigésimo. De los llamados viejos moldes, no quedará un solo añico. Y puesto que renovar es á la postre reproducir, el drama, en vez de dar un paso más hacia adelante, retrocedará hacia Esquilo. La sencilla y grandiosa máquina esquilina volverá á ser montada en los escenarios; pero la impulsaremos con motores modernos.

La concepción dramática del primitivo clacisismo surgirá otra vez, rejuvenecida. El drama será algo así como una ópera parlada; de la ópera tendrá la sencillez sublime, la amplitud, la magestad, la potencia, la gracia. El coro antiguo volverá á oirse; *la vox populi* sonará robusta é imponente. Construcción simple y firme, sin complicaciones ni nebulosidades, por encima de la cual, á modo de remates gloriosos, radiarán los grandes símbolos, las ideas madres, las cifras del pensamiento contemporáneo.

Le escuchaba lleno de curiosidad y sentía que poco á poco iba entrando en su locura.

—A lo que veo,—le repliqué,—Vd. busca la alianza de Esquilo con Ibsen.—Vd. trata de crear un teatro neo-clásico por medio de un *remaniement* ingenioso...

—Eso, eso...

—¿Pero lo regional, amigo, lo regional? No acabo de percibirlo...

—Espere Vd. La acción de mi drama se desarrollará en la India, durante una temporada de peste bubónica.

—¿Y cuando no es allá Pascua, quiero decir cuando no hay peste allá?

—Siempre, ya lo sé. Por eso me conviene aprovechar aquella perpetuidad epidémica. La Naturaleza, la generosa Naturaleza, me dá el drama hecho.

—¿Generosa? ¡diantre!...

—Generosa para mí, desde el punto de vista literario.

—Pero, en suma, ¿su poema dramático tendrá por protagonista á la bubónica?

—Las muchedumbres epidemiadas, enloquecidas, moribundas, serán el coro de mi drama. Elevarán á intervalos un canto de miseria y de dolor.

—¿Y lo regional, amigo, donde está lo regional?

—¿Qué más regionalismo desea Vd.? Mi drama es de la región del Ganges...

—¡Ah!

—Escúcheme. Me bastarán para hacerlo dos ó tres escenas ámplias, intensas, dilatadas, soberbias, al modo de las que fabrica Maeterlinck. En el fondo, sin desaparecer nunca de la escena, la multitud enferma y dolorida, el pueblo, el coro griego resucitado sobre la mortal tierra indiana; los apestados arras-trándose entre gemidos y blasfemias, dislocándose en contorsiones espantosas, pidiendo como un beneficio, como una caridad, la muerte. El cuadro se ilumina con la fosforescencia de las pupilas verdes de los tigres, que rondan por la cercanías...

—¿Tigres de Bengala legítimos? ¿Y porqué no se acercan? ¿Temen acaso á la bubónica?

—Algo se ha de conceder al convencionalismo escénico...

—Pues concedido. Adelante.

—También se ha de hacer sitio á lo sobrenatural, á lo maravilloso. En mi obra está representado por un cocodrilo mágico que á deshora se aparece, animal de guardarropía como el cisne de Lohengrin. Abre sus enormes fauces, y sale de ellas un hombre. ¿Quién es ese hombre? Un representante de la civilización europea, un sacerdote de la ciencia, un médico en fin. ¿Qué trae? Trae un específico para curar la peste.

—¡Ay! no me recuerde Vd. á nuestro gran ex-diputado Llorente, representante de la sueroterapia nacional en el Congreso.

— Es mucho suero el de Vicente.

— Siga Vd., siga Vd.

— Los pobres indios, en el colmo del asombro, rodean al recién llegado y le dirigen una salutación amenazadora. El facultativo les endereza un discurso que no entienden, y por señas les hace comprender que viene á curarlos, á salvarlos. Entonces se calman, le escuchan, y le obedecen. Cura á uno, cura á dos...

Cura á tres, cura á cuatro...

No siga Vd. contando. Los cura á todos. Ellos, agradecidos, le reconocen rey, le proclaman dios, y acaba el primer acto. En el segundo, la decoración cambia. Un indio se ha muerto de resultas de una pulmonía...

— ¿Pulmonías en aquel país ardiente?

— No olvide Vd. el convencionalismo. Para el caso, bien mirado, fuera igual un tifus ó un cólico miserere... Escogeremos. El indio, en resúmen, espicha, y sus camaradas empiezan á dudar de la omnipotencia del prodigioso extranjero... Sucumben algunos más, de enfermedades comunes, y la chusma se subleva contra el médico infeliz; se subleva y le asesina. ¡Triste término de los redentores! Ninguna enfermedad más incurable que la ingratitude humana. Los indios matan y maldicen por traidor al mismo á quién poco antes entronizaban y coronaban por santo. En torno de su cuerpo, bailan, entonan el coro ¡furia! ¡furia!, semejante al ¡guerra! ¡guerra! de *Norma*. Cae la cortina.

— ¿Pero lo regional, lo regional?

— ¿No le he dicho á Vd. que mi drama es de la región del Ganges?

---

## EL BUEN HUMOR DEL TIRANO

---

**J**UAN Manuel Rosas fué, sin disputa, uno de los más crueles, insensibles y desafortunados tiranos que ha visto el mundo. En él tomó la tiranía formas de demencia sanguinaria; gozó con el espectáculo de los tormentos más inauditos y en refinarlos ejerció ingenio grande. Gobernó por medio del terror sistemático á una masa esclavizada y embrutecida que marchó sumisa tras sus huellas besándolas... Hizo del poder oficio de verdugo, del mando ministerio de crueldad. Era un *gaucho* improvisado en déspota, no obstante su claro origen patricio. Cerró la época del caudillaje con una espantosa recrudescencia del salvajismo feroz.

Aquel gaucho asesino, aquel caudillo bandolero imperó, sin embargo, larguísimo período sobre la República Argentina, dócil á sus caprichos y muda ante sus desmanes ominosos. Obedecíanle los argentinos, sabedores de que el oponerse á sus mandatos, á sus extravagancias, costaba cuando menos la cabeza. Ni una voz se alzó para insultarle, ni una mano para herirle. Pudo pasar en sosiego su larga y nefanda vida, y morir como un hombre honrado, como un buen patriota en el destierro, ¡oh Providencia incomprendible!

No se comprende tampoco á primera vista porque sus súbditos le aguantaron tanto tiempo y le permanecieron fieles; pero si en ello nos ponemos á meditar despacio, alcanzaremos la razón de tan extraño aguante y de tan absurda fidelidad. La época en que Rosas dominó la Argentina era una época de completa barbarie para el pueblo sobre el cual impuso su dictadura cruenta; igual que para el pueblo argentino, para los demás pueblos americanos. Entonces surgieron los capataces de las nacionalidades nacientes, pastores inhumanos que esquilaban y martirizaban á sus ovejas: hubo un Rosas como hubo un doctor Francia, un Melgarejo. Plena autocracia dábase en aquellos hombres; sus gentes les miraban tan lejanos y tan engrandecidos cual sien vez de ser simples mortales verdaderos dioses fuesen. Y ellos, que habían encontrado el principal sostén de su autoridad en la ignorancia de sus vasallos, la mantenían cuidadosamente y aun procuraban aumentarla por mil ingeniosos modos. Vencida la ignorancia, terminaba la autoridad; una vez que cesara la causa, cesaría también, naturalmente, su mayor efecto.

En tal estado, la imposición de los más atrevidos entre los más bárbaros fué segura. Los pueblos de América todavía no habían oído hablar de libertad una palabra; podía creerse que San Martín, el gran libertador, había pasado en vano los Andes. Aunque los hechos iban preparando la emancipación y la cultura, las ideas y las costumbres no eran *liberales*. Nadie se atrevía á serlo, nadie se atrevía á pensar que las cadenas podían sacudirse, fundirse, romperse. Creíanlas eternas é indestructibles. Los paraguayos, colonizados por la Compañía de Jesús, se negaron tercamente á creer que el tirano López estuviese de veras muerto. Le veían tan poderoso, tan endiosado, que le juzgaron inmortal. El cadáver de López ganó batallas como el del Cid.

¡Cuán terrible el buen humor de los tiranos! Nerón, para distraerse, incendia á Roma; Calígula nombra cónsul á su caballo predilecto; Rosas hace que el ministro inglés, lord Mandeville, le ayude á preparar un plato de *mazamorra*, triturando el maíz con que ese apetecido manjar se compone, y este es el ménos funesto de su recreos estrafalarios.

Los gastaba muchísimo más ofensivos y reprobables. Gutiérrez, biógrafo del odioso déspota, relata algunos que espeluznan y horrorizan. Era Rosas por índole un malvado, pero quería además ser gracioso por fuerza; y nunca fué sino brutalmente infame.

Vivía Don Juan Manuel en su palacio de Palermo. Rodeaba al palacio un extenso jardín que en la actualidad, ensanchado y embellecido, forma el gran parque de Buenos Aires. Allí estaba el mónstruo en atisbo, consagrado á idear é inventar crueldades mil que al punto realizaba. Tenía en su numerosa servidumbre, muchos gallegos tan honrados como brutos. Con ellos se divertía á más no poder jugándoles partidas serranas.

Cierto día Rosas se levantó de pésimo talante. ¡Sus criados, sus siervos, temblaron! Sabían que cuando el "amo" estaba descontento y mohino, empleaba medios heróicos para esparcir su ánimo, á costa de los que en su proximidad se hallasen. En aquella ocasión no olvidó tan benigna costumbre.

Fuése á pasear, solo, por los jardines. Los recorrió con medidos pasos, y todo lo registró con sus ojillos amenazadores. De pronto oyeron los dependientes, asustadísimos, su voz calmosa que los llamaba.

Acudieron, más muertos que vivos.

—Aquí hay un hormiguero al descubierto, --dijo el tirano. ¿No os tengo mandado que los destruyáis y cubráis todos, que no haya por los senderos del parque ni una hormiga suelta ni una hoja sin barrer? ¿Donde está el encargado de este servicio? Preséntese al momento.

Compareció un pobre diablo, loco de pavor.

—¿Cómo te llamas?

—Antonio Barreyru,—repondió el desdichado.

—¿De donde eres?

—Soy jalleju, señor.

—Gallego querrás decir, que no *jalleju*.

—Esu, jalleju...

—Gallego, hombre, gallego. Vuelve á pronunciar la palabra.

—Jalleju soy..

—Te estás burlando de mí. Repite conmigo: gallego, gallego.,.

—Jalleju... jalleju...

—Ea, vamos á darle á este tuno una lección de gramática. Cogedle, desnudadle y azotadle hasta que aprenda á decir clara y limpiamente, *gallego*.

Cumplidas fueron las órdenes del tirano. En medio de la bárbara azotina, el supliciado gritaba con voz cada vez más doliente y más débil:

—¡Jalleju, señor, jalleju!

Y Rosas reía cada vez con más gana.

Tanto menudearon los azotes sobre el infeliz, que su cuerpo quedó en carne viva.

Entonces Rosas dió esta orden atroz:

—Llevaldo y sentadlo á la fuerza sobre el hormiguero.

Y siguió riendo como un bendito.





## ¡ABUELITO!



A á morir el anciano, llevando en su alma las luces desmayadas, las tintas muertas, las solemnes melancolías de la puesta de sol. Todo le llora por dentro: sus recuerdos se deshacen en interior lluvia de lágrimas que no se sienten pero que caen hasta lo más hondo; que no abrasan, pero que sofocan. Son las *lacrimæ rerum* filtradas gota á gota en el espíritu próximo á partir. Es la *liquidación* de la vida en llanto.

La vida reflejada en la conciencia. Pasión, ilusiones, amores, esperanzas, desengaños, faltas y amarguras, lo que creyó, lo que amó, lo que aborreció, lo que realizó, lo que perdió, todo surge en una evocación suprema, inmenso canto que empieza en una oda, se continúa en un epitalamio y acaba en un himno fúnebre. Poesía pastoral, poema épico, comedia, drama, elegía, y entre estos términos la existencia desarrollándose, primero apacible, luego tempestuosa, después oscura, por último desengañada y lúgubre con la tumba enfrente, que es el horror y que acaso sea el vacío.

El anciano vá á morir, y *se vé y se escucha por dentro*. Facultad de percepción maravillosa que nos dá la muerte! No sólo percibe las más lejanas sensa-

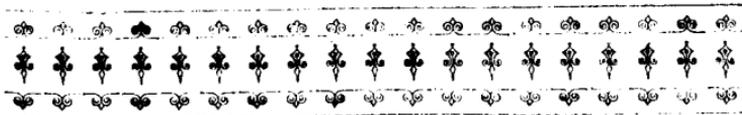
ciones de la infancia en una espiritualización de lo sensible, sino hasta el mariposeo de las ideas que renacen ó que *vuelven*. en una materialización de lo ideal. Es un *resurrexit* de todas las *realidades* espirituales perdidas, desaparecidas en la frontera de la eternidad: una resurrección que confina con la extinción del ser y en que todo lo vivido reaparece como fin de cuentas ó como principio de una cuenta nueva. Quién sabe!

El anciano se siente revivir y morir al mismo tiempo. Suenan simultaneamente en su alma el toque de gloria y el toque de agonía, la campana del bautizo y la de los funerales, la del alegre repique nupcial y la que despide gimiendo á los que parten. En su alma vuelve á amanecer y se hace de nuevo la deslumbradora claridad del mediodía. y anochece otra vez, pero con más espesa y siniestra cerrazón después de haber brillado un punto y ocultádose para siempre las estrellas de la mañana, las impresiones primaverales, las alegrías juveniles. La sombra del sepulcro entenebrece todas estas cosas luminosísimas: ese pasado que resurge, ese mundo interior que se reconstituye por sí mismo no conserva ninguno de sus caracteres propios; es un gran cuadro *antiguo* con las figuras intactas pero con los contornos borrosos, descolorido y gastado. Un cuadro lívido con la espantosa lividez de la muerte.

Y, sin embargo, en medio de tan grande desolación escúchanse voces que debieron tener regalada armonía, murmullos en otro tiempo acariciadores, transformados acentos de fé, de pasión y de esperanza, los arrullos que mecieron los sueños infantiles custodiados por los ángeles, el despuntar de la primera idea, el dulce gotear de las primeras lágrimas; resuena el canto ardiente del primer amor coreado por la naturaleza entera, se desencadenan los apetitos, vienen las grandes luchas, las caídas irremediables, los desengaños helados, la duda punzadora preguntando en el dintel de la tumba: Qué es ésto? Qué es vivir? Qué es morir?

Así, en un formidable crescendo, resuena en el alma del anciano moribundo la inmensa sinfonía de la vida que comienza en oda y termina en marcha fúnebre. No reconoce lo *vivido* tal como lo vivió; las notas, las ideas, las sensaciones no son lo que fueron, han perdido su frescura y su fuerza, tiemblan de frío en la proximidad de la tumba; el mal y el bien realizado se debilitan en el recuerdo, como se debilitan en un paisaje de nieve el rayo de luz que pinta y dora, y el incendio que abrasa. Pero en ese concierto confuso é inexpressivo una nota que debiera ser la más débil, domina todas las demás, porque vibra con dulzura infinita, vencedora de todas las elocuencias; una voz argentina, insegura, hace entreabrir para el anciano el cielo con este grito delicioso y esta divina palabra: ---Abuelito!





## BAJO LA NAVAJA (1)

**M**IENTRAS sufro el suplicio de la rasuración, que para mí lo es de veras, porque mi barba es muy fuerte y mi cútis muy fino, suelo pensar en mil cosas. Entre esas cosas, pienso á veces que quizás no sería de lamentar que la navaja se desviase y rebanara á cercén esta cabeza infeliz.

La tarea de afeitarme va acompañada con música de humano organillo. Los jóvenes oficiales de peluquería hablan, razonan, opinan, discuten, aconsejan, dictaminan, á plomo, elocuentemente. Su elocuencia espontánea recuerda un poco la de nuestros más conspicuos parlamentarios. Romero Robledo debió comenzar por el manejo de la vacía y la brocha en los tiempos épicos del noble arte barberil, antes de hacernos la barba con agua tibia á todos los españoles.

Además suelen ser los oficialitos peluqueros untuosos como el jabón, pulidos y brillantes como las tijeras, gratos y bien olientes como el extracto de violeta. Con esto y con no ser chismosos ni mal inten-

---

(1) Escribo este artículo solamente por *pasar el rato*, como dijera Blasco.

cionados, en general, resultan, también en general, muy simpáticos.

Ayer, en tanto que uno de ellos me afeitaba, hablábame largamente de sus cosas. Y de golpe me dió la gran noticia. Se va á casar.

Tiene veinte años. ¿Qué ha de hacer el pobrecillo sino casarse? Lo que él dice: para eso hemos nacido. Y para fastidiarnos primero y morirnos después, agregó yo, espantándole las ilusiones que se explayan en candorosas sonrisas.

Lo comprendo. Es la hora en que suena la alegre campana pascual. Llamán de la Vicaría. Hay que celebrar, religiosa ó paganamente, la pascua del amor. Hay que echarse al cuello el lacito de seda color rosa que pronto, probablemente, se convertirá en férreo dogal que apriete y tal vez ahogue.

—Antes que te cases, Fígaro mío, mira lo que haces...

Esta noche —me contesta— iré á darle una serenata á mi novia con varios amigos. Llevaremos guitarras...

—Pero tú crees en el amor, ni en las novias, ni en los amigos, y ni siquiera en las guitarras?

Me mira disgustado.

—Es que estoy, le digo, á fin de darle la píldora, —en uno de mis temidos días *neurasténicos*. El cielo está magníficamente azul y, sin embargo, está negro para mí. Arde en mis venas un fuego extraño; parece que mis nervios van á saltar, como las cuerdas de tu guitarra. No creo en nada hoy, y á mi Schopenhauer me atengo. ¿Sabes lo que Schopenhauer piensa del amor?

—¿Quién es ese Chopanjar?

—Ladras el nombre en lugar de pronunciarlo. Así pronuncio yo los de Bjoern Bjorson y Snorro Sterlusion. Los ladro, los maullo, los rujo...

—¿Pero señor, qué gente es esa, qué nombres son esos?

—Nombres de escritores escandinavos que nos destrozan la garganta.

—¿Y qué significa *escondenao*?

—Eres curioso. Tu curiosidad extravía la navaja sobre mis mejillas, y veo los astros, es decir veo á Schopenhauer, Bjoerne Bjorson y Snorro, oscuros, muy oscuros.

—En fin, que dice Chopanjar?

—¡Ah, mi querido Figaro! Schopenhauer dice que el amor no es sino la manifestación del genio de la especie, instinto, función, pura fisiología. De psicología, ni chispa. ¿Has comprendido?

—Me esfuerzo por comprender; pero no puedo. Acaso mis amigos comprendieran mejor...

—Amigos? *Crachez dessus*... No hay tales carneros, al menos por ahora. Yo tuve muchos amigos, muchos, y casi todos me han maltratado ó me han herido; casi todos me han tirado con algo ó algo: puñaladas, estocadas, floretazos, alfilerazos. Los más benévolo, alfilerazos. Así está mi piel, de puro acribillada. ¿Sabes cómo definía la amistad Aristóteles?

—Lo primero que necesito es saber quién era Aristóteles. No conozco entre mis amistades á nadie que lleve ese nombre.

—¿Qué has de conocer?.. Tú no conoces más que Juanes y Pedros, Antonios y Domingos. Pues Aristóteles decía que la amistad podía definirse de esta suerte: una sola alma habitando en dos cuerpos. Ahora bien —fíjate en esta formulilla oratoria para que la aprendas y la apliques— ahora bien, según recientes descubrimientos científicos, no existe ninguna alma en ningún almario (1) Y yo pregunto (otra formulita oratoria que te recomiendo), yo pregunto: ¿qué vamos á hacer, mi buen Figaro, con esa definición? ¿Habrá únicamente almas de cántaro? ¿Si no tenemos una sola alma para un solo cuerpo, cómo tendremos un alma para dos cuerpos? Si nuestro cuerpo está vacío de al-

(1) Sí que la hay. ¿Pues no había de haberla? Espiritualista me confieso y buen cristiano.

Este artículo es producto de un cuarto de hora de cómico-lúgubre, no precisamente el cuarto de hora de Rabelais.

ma y vacía también la frase aristotélica, qué haremos con ellos?

—Señor, no sé de esos intriguilis. Lo que sé de buena fuente es que mi Dolores, tiene alma. Se la veo en las miradas.

—Y en algún beso hurtado y sabroso, ¿verdad? ¡Dolores! Nombre simbólico... ¿La quieres mucho?

—La adoro con frenesí, la...

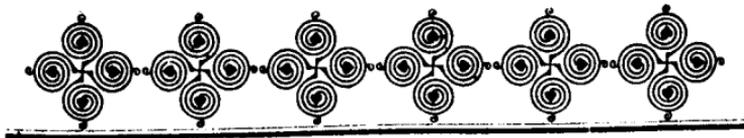
—No te pongas frenético. La navaja ha vuelto á comoverse, y me amenaza. Es mucho más elocuente que tú.

Quedamos en que no hay nada, y nadie se halla encargado de cumplir este decreto. Cásate sin mirar lo que haces, engendra muchos hijos, y muérete. Habrás cumplido la ley. No te preocupes del resto. A trabajar, y luego á dormir. El cementerio, amigo, ¡qué gran dormitorio! Los nichos, ¡qué excelentes lechos! No se necesita cambiar las sábanas.

—Descreído y lúgubre está usted hoy.

—Mañana creeré de nuevo en todo. Ahora me posee mi diablillo familiar, pues gasto el mismo lujo de Sócrates. (No me preguntes quien fué Sócrates. Una buena persona, y basta). Mi credo consiste por el momento en no creer. Soy menos creyente que Espronceda, supuesto que no creo ni en la paz de los sepulcros. Llega el día de Difuntos, y los vivos atormentan á los muertos. Finalmente, muchacho, en algo creo: creo en tu navaja y en mi barba.





## EL REY DE LOS TORTOS

**E**RA Tonticópolis, como su nombre lo dice, una ciudad habitada exclusivamente por tontos; algo semejante á lo que es Babia en los dominios ideales de la imaginación popular; ó más bien dicho, tal vez era la propia Babia bajo una denominación nueva y de sabor clásico.

Imagínense los lectores lo que, siendo eso, sería Tonticópolis. ¡Cuántas variedades de tontería y cuántos tipos de necios! Toda la lira, desde la leve declinación del juicio que tuerce el rumbo y autoriza á afirmar de quien lo ejercita á torcidas que no se halla en sus cabales, hasta el crónico y recio disparatar sin tasa ni límite que justifica este concepto: *está tonto de remate ó es tonto de capirote*. Desde el descendiente de Sancho Panza hasta el descendiente de Tartarin, desde el que procede de Mr. Homais y pedantiza con magistral empaque aturdiendo á la multitud con sus gritos de papagayo amaestrado, hasta el que en línea recta viene de Gedeón ó descende de Joaquinito Rodajas. Desde el bobo de Coria que disfruta de una bobería sin mezcla, hasta el memo un poco complicado, cuya mentecatez toca en ocasiones los linderos de la imbecilidad y otras veces, por lo extrema, da en las fronteras mismas de la maldad refinada y asoladora. Desde los tonti-locos, candidatos al manicomio, hasta los tonti-brutos, candidatos al pesebre; desde los que

al hablar dicen *mú*, como el buey, hasta los que no dicen *ni fú ni fá*; desde los que se ríen perpetuamente hasta los que no se ríen nunca y afectan, para sentar plaza de hombres de pró, la ridícula seriedad del asno. Desde aquéllos, en fin, á quienes prometió Jesucristo el reino de los cielos, hasta aquéllos otros que tienen señalado su puesto en los infiernos, porque, según ya manifesté, son un poco perversos magüer bobos.

En la ciudad imaginaria donde me he complacido en reunirlos, los choques de tantas especies de tontería llegaron á hacer el sosiego imposible, el orden inconquistable. La inocencia del Limbo se corrompía con bastantes adarmes de la perversidad del Averno, y había tontos diabólicos ó diablos tontos que á menudo lo echaban todo á perder. Empeñábase uno en andar sobre su cabeza, y como no lo lograba, quería luego que la cabeza pagase la culpa máxima de su sin razón, rompiéndosela á fuerza de sendas cabezadas. Otros, algo más cuerdos, tirábanle de los piés al loco tonto cuando los echaba para arriba, y así le arrastraban y le molían un buen trecho; pero no mucho más tarde esos mismos que habían acreditado por un momento su cordura á la par que su malicia, caían en groseras aberraciones. Hubo quien quiso vivir en los tejados por insano anhelo de encumbrarse, y quien se enterró como un topo; quien se arrojó de una azotea, como los dos mentecatos del cuento del Espíritu Santo, y quien se encaramó sobre unos zancos enormes y se juzgó personaje viendo pequeños á los otros desde la elevación de su artificio; quien se entretenió en cazar mariposas para arrancarles las matizadas alas y reducirlas á ruín polvo, y quien se solazó con sacar los ojos á los pichoncillos mansos y buenos; quien se bebió la tinta de escribir y mojó la pluma en el caldo de la sopa.

Finalmente, no hay modo de relatar cuantas tonterías y locuras cometieron los habitantes de Tonticópolis, donde, por un singular efecto de atracción, habíanse juntado y avecindado los insanos todos del

orbe. Como cada tontería, lo mismo que cada locura, es una irregularidad, y todas las tonterías con aspecto de locura y todas las locuras con aspecto de tontería, se tropezaban, allí, caballeros, no se podía vivir. Los bobos boquiabiertos se dormían en medio de la calle, y los bobos malos les metían en la boca mil porquerías. Un día vióse á un infeliz adorando de rodillas un rabo de cerdo. Había encontrado casualmente el símbolo de la colonia! Desde entonces cada tonti-loco tuvo su apéndice cerdoso correspondiente.

No se entendían los tonti-copolitanos; pero alcanzaron por último la necesidad del principio autoritario y vinieron á quedar de acuerdo en el punto y toque de que era preciso nombrar un jefe, un rey que lo encarnase. Sólo respecto á esta necesidad absoluta, por primera y única vez, se hizo entre ellos la armonía. Procedieron á designar monarca mediante el método electivo, y recayó la elección en un lejano descendiente de Cacaseno, rematado imbécil.

Diéronle un trono de cartón, una corona de papel y un cetro de confitería. Se comió el cetro, rompió la corona y se cayó del trono; con lo cual, apenas nombrado rey, se destronó á sí mismo.





## GUERRA Y PAZ

Los buitres celebraron un banquete sobre el montón de cadáveres que cubrían un campo de batalla. Su voracidad espantosa, su gula repugnante, tuvieron un gran día. Los picos penetraban en las carnes putrefactas, las destrozaban, y sacudían las piltrafas sangrientas, antes de devorarlas con sin igual apetito.

Los alados émulos de las hienas diéronse un harzago. Comieron hasta que ahitos, hinchados, hiposos, se rindieron, no á la saciedad, sino á la imposibilidad física de seguir ingiriendo. Los buitres no se sacian nunca. Podrían repetir, si hablaran, las palabras célebres de Mesalina: cansados, pero no satisfechos.

Después del festín, quisieron entonar un himno á la guerra que tan abundantemente les había provisto de alimento humano, y rompieron en rancos graznidos. Un concierto lúgubre desparramó sus notas siniestras sobre los cuerpos despedazados, algunos de los cuales aún conservaban los ojos y parecían mirar al cielo con expresión de odio ó de queja.

Un buitre corpulento, que debía ser jefe de la banda, elevaba más alto que los demás su grito seco, desolado y aterrador. Diríase que gritaba con él la Muerte, señora de aquellos campos empapados en sangre, sobre los cuales arrastraba ya la Noche

su manto desgarrado. Y siempre vencedores de las negruras que se dilataban por el espacio, los pájaros tétricos envueltos en la noche, dirigían á la Muerte el canto de la guerra, como un homenaje.

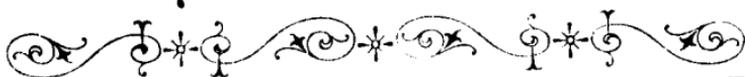
Los restos y vestigios de la carnicería inmensa, entrañas esparcidas, miembros mutilados, cabezas rotas, pechos rasgados por heridas profundas, constituían el ofrecimiento. Las tres divinidades negras, guerra, noche y muerte, confundían sus sombras en aquel lugar formando un infinito de tristeza y de espanto. Pero en medio de la negrura universal, lo más negro eran los buitres, muerte animada, noche viviente, guerra oficiante.

Parecían engendradores de las tinieblas que se espesaban en su derredor. ¿Podría haber en el mundo alguna cosa alegre, algún punto blanco?

Un punto blanco se dibujó efectivamente en la obscura extensión, y una blanca paloma cruzó muy arriba del aire. Como si la presencia augusta de Dios fuese con ella, la sombra se aclaró, y bastó aquel tránsito breve del ave santa para que todo fuese blancura. Creyérase que hasta los muertos se reanimaban un instante y la bendecían.

Era la eterna paloma viajera que pasa modulando en un arrullo la canción de la paz sobre todas las matanzas y sobre todas las guerras: la paloma del Génesis, la del Diluvio, la del Espíritu Santo...





## UNA HEROINA

**E**NTRE las varias modas del tiempo corriente débese enumerar la que nos manda tener en aborrecimiento á las asociaciones religiosas, sean cuales fueren sus fines. Es una moda que *se renueva*, como las formas de vestir de los diversos estilos, archivados y más tarde devueltos á su primitivo auge. Hoy *viste mucho* ser ciclista ó automovilista, coleccionador de tarjetas postales y detractor de cuánto cerca de la Iglesia esté.

Por estar cerca de la Iglesia, supuesto que la Iglesia protege su misión santísima, son mal queridas ciertas instituciones caritativas que deberían ser ardentemente amadas en sus agentes y en sus obras. Lo menos que se permiten los espíritus fuertes es hablar de ellas con desdén compasivo. Ciertos de esos espíritus, más fuertes todavía, las insultan. ¡Ah, valerosos adalides de un nihilismo absoluto que pretende arrancar de la tierra hasta las semillas del amor!: la caridad no entra en vuestros cálculos, pero vosotros sóis hombres, tenéis por lo tanto humanidad, sufrís, envejecéis, podéis enfermaros, caer en la miseria y... los asilos son también para vosotros.

En vez de odiar esas casas de refugio, debéis favorecerlas; en vez de maldecir á esas mujeres sublimes que las regentan y las sirven, debéis quitaros ante ellas, no digo el sombrero, sino el cráneo. Son heroínas, verdaderas heroínas.

Hace algún tiempo visité yo el Asilo de Ancianos Desamparados, y las vi en faena. Las admiré, las reverencí. Cualquiera de aquellas trabajadoras en quienes reside una fortaleza sobrehumana vale tanto como Santa Isabel curando al tiñoso. No les acobarda la tiña, ni la sarna, ni ninguna laceria, hediondez, dolencia ó contagio. Sus sentidos, en fuerza de haberse sutilizado, no perciben lo terreno. Los dolores humanos, los presentan á Dios convertidos en alegría; las humanas miserias se las ofrecen transformadas en pureza. Purificadoras de la vida, ninguna cosa ruín puede serlo en ellas ni junto á ellas.

Las Hermanitas de los Ancianos apuntalan con sus cuidados la vejez desvalida que se descompone, se pudre y se derrumba como las ruinas abandonadas. Recojen á los viejos sin amparo del centro del arroyo, y les limpian las cascarrias, les soportan las chocheces, les perdonan las malignidades, les quitan los vicios, los visten y los desnudan, los acuestan y los levantan. Yo las he visto conduciéndolos en manadas á tomar en el huerto los últimos rayos del sol de la tarde, y he advertido que ellos iban tranquilos como los pavos bajo la caña del conductor, resultado imponderable, pues la última ancianidad es más alborotadora y díscola que la infancia.

¿Concíbese nada como esto? No un viejo, sino muchos viejos; no un padre á quien por cariño y por deber se cuida, sino muchos seres caducos, completamente extraños, á quienes sólo el deber manda asistir y amparar; seres que por causa de su edad avanzada y de su extracción miserable, son repulsivos para el mundo. Y ellas, las santas mujeres, jóvenes en su mayor parte, bien educadas todas, se convierten realmente en madres de ellos. Y hacen que

nazcan rosas en medio del invierno de aquellas existencias.

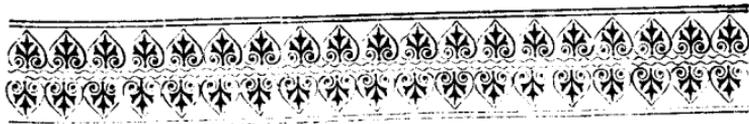
Creemos por lo menos en la caridad.

\* \* \*

Ha pocos días murió una de esas heroínas, Sor Julia del Corazón de Jesús. El miércoles la enterraron. Ví pasar su féretro blanco franjeado de azul celeste. Granizaba. Sobre el féretro caía una lluvia de finísimos diamantes. El cortejo, compuesto de sacerdotes, seminaristas y escaso número de seglares, huía bajo el azote del aguacero y del vendabal. En derredor del féretro, agitábanse los impermeables y los paraguas, una negrura inquieta y horrible. Solamente el ataúd permanecía firme, sereno, sonriendo á la tempestad, como ella, la noble mujer difunta, habia sonreído á la tormenta, á la miseria, á la enfermedad y á la muerte.

Y como seguirán sonriendo sus compañeras. Sentí una de las emociones más profundas de mi vida. Arrodilléme para despedir á la heroína que pasaba. De ella sí que puede decirse: ¡era más grande que su tiempo!





## ENTRE DOS CREPÚSCULOS

**M**i amigo Jorge encendió un cigarro, se arrellanó en la butaca cruzando una pierna sobre otra, y comenzó á hablar, primero lentamente, después con frase rápida que por grados y por segundos se caldeaba al fuego de una intensa emoción:

—El tiempo, querido amigo, no pasa de igual manera para todos; se precipita en los días felices y se arrastra, *se duerme*, en los días adversos. A veces una hora es un minuto y en otras circunstancias un minuto es una hora. El reló de la dicha marcha tan acelerado que nos produce una penetrante angustia y nos malogra el placer de las sensaciones gratas, dándonos la noción atormentadora de la extraordinaria rapidez con que pasan. En cambio, ¡cuán lentos los instantes de la desventura! En el primer caso, contamos las oscilaciones del péndulo por las palpitaciones de nuestro corazón, enloquecido; en el segundo, vemos caer, una tras otra, las gotas de agua en la clepsidra. ¿He dicho algo?

—Has dicho vulgaridades. Todo eso ha sido pensado y expresado más hondamente, con mayor eficacia de pensamiento y de expresión, por los grandes poetas. Ninguno, entre los altos pensadores, ha dejado de sentir y de formular la verdad terrible

de la impotencia humana frente al tiempo que galopa llevándonos hacia la vejez y la muerte. Recuerda á Salomón, recuerda á Rioja... y cállate; si te parece poco, medita en las palabras profundas de Zenón que definen la brevedad de nuestra vida y la magnitud de nuestra obra. No lancemos nuestro pensamiento por los rumbos en que nos ha precedido el de tantos hombres, excelsos ó vulgares; eso será como pensar por cuenta ajena, aunque pensemos también por la propia cuenta. Vivir es caminar rápidamente en pos de lo desconocido, y en un segundo cabe un universo de dolor. Estamos conformes. Vivir debería ser *deslizarse sin apoyarse*. Pero qué, lo repito; ¿vale la pena decir todo eso?

—Yo hago más que decirlo; yo lo pruebo. Yo pruebo que, en el espacio de un crepúsculo á otro, entre la dulzura del primer beso que nos da el día y la amargura del último, he vivido intensamente mucho más que en el resto de mi existencia, y que mi existencia han sido esas veinticuatro horas dramáticas. Las demás horas, comunes, pesadas, monótonas, uniformes, no han hecho sino caer como gotas de agua ó como granos de arena. Mi vida ha sido *mi drama*, y mi drama concentrado duró una jornada tan solo; tuvo tres escenas intensísimas que agotaron mi energía moral. Mi reloj, desde entonces, se ha parado; el tiempo me lleva como una corriente arrastra un cadáver.

Salí una madrugada á cazar en compañía del más íntimo y el más amado de mis amigos. Fuera me sonreía, en aquel amanecer, la naturaleza; dentro, me sonreía la felicidad. También me acompañaba mi hijo único, en quién mi amor de padre y mi amor de esposo se fundían constituyendo una pasión absorbente y única (pues aquel pobre joven era el retrato de mi mujer, de mi compañera idolatrada.) Los amaba á los dos con locura, viendo al uno en la otra; estaba como prisionero entre los dos por el cariño, ó mejor entre los tres, porque el amigo era el complemento

de mi dicha y ocupaba una parte de mi alma, llena de aquellos amores exclusivos y puros.

La desgracia hizo que un disparo de mi escopeta hiriese y matase al amigo. Desesperado, loco, me arrojé sobre el cadáver, y al registrar los bolsillos de la americana del muerto, encontré una carta reveladora que me hirió como á él la carga de mi escopeta, pero sin matarme: aquella carta era el descubrimiento de mi deshonor, de la infidelidad de mi esposa y de la ingratitud imperdonable de mi hermano adoptivo. Emprendimos la vuelta en automóvil, corriendo desenfrenadamente, como si tuviera prisa de llegar al Infierno, que sería en adelante mi casa. Ibamos dos cadáveres, mi amigo y yo, y una víctima doliente, mi hijo. Sobrevino, fatal é inevitablemente, una nueva catástrofe: desplomóse el *auto* al fondo de un barranco, murió en la caída mi hijo, y yo quedé herido de mucha gravedad. Cuando, al cabo de breve tiempo, recobré el conocimiento, mi mujer lloraba junto á mi lecho, ignorando que yo lo sabía todo; no lloraba por mí sino un poco por su hijo y mucho *por él*. Ya ves como el drama de mi vida se desarrolló entre dos crepúsculos, entre la dulzura del primer beso del día y la amargura del último. Lo mismo que el día, me había besado la pérfida al partir, y me besó al volver. Contenían el mismo veneno los dos ósculos, pero sólo el segundo me fué mortal; me inspiró la idea de que, aunque aún estaba vivo, *había cesado de vivir*.





## EL HOMBRE DE LOS EPIZAFIOS

**D**E cualquier cosa hace el hombre industria para ganarse el sustento cotidiano, bajo el aguijón de la necesidad. Recogiendo trapos viejos, levantando puntas de cigarro, paseándose con cartelones á la espalda en calidad de anuncio animado, haciendo el número catorce en las bodas ó concursos donde los reunidos suman el fatal número trece, muchos seres sin arrimo en la tierra resuelven, aunque de mal modo, el gravísimo problema de vivir.

Acicateado por el hambre, el ingenio concibe las mayores extravagancias. Nada despierta y aguza tanto la imaginación como el no comer. El que no come, piensa continuamente en los medios que podrán procurarle el pan suyo de cada día; y del mucho no yantrar y del muchísimo discurrir saca extraños arbitrios. Durante la Exposición Universal de 1878, uno de esos libérrimos inventores abrió tienda con este jamás visto ni pensado rótulo: *Mr. X..., constructeur de rossignols pour jardins de restaurant*. Y fabricó muchos ruiseñores, y ganó muchos francos.

\* \* \*

Conozco yo un poeta lacrimoso que compone

epitafios é inscripciones tumularias, con lo cual se ha asegurado tristemente—¡ay! muy tristemente, dice él --la subsistencia. Y añade: yo vivo de la muerte, y no ceso de pasear entre las tumbas,

Su historia es lamentable, pero merece ser contada.

Empezó escribiendo poemas; hizo epitalamios, fábulas, romances, hasta aleluyas. Recorrió todos los géneros sin hallar en ninguno el arraigo glorioso y la sólida fama que ambicionaba. Rompiéronsele entre las manos la trompa épica, el laud, la lira, la flauta pánica, el completo instrumental de la orquesta de la poesía.

Al cabo, se quedó con un piporro, y hoy no hace el infeliz sino llorar en verso lágrimas inagotables, por sí mismo y por los demás. Hoy confecciona epitafios aquél que en el principio llamaba—atrevido,— á Homero de tú. Paró en lo elegíaco aquel que intentó elevarse á lo heróico, lo dramático y lo lírico sublime; aquél que se creyó capaz del furor pímpleo, y sólo ha logrado sacar de su garganta el convencional sollozo de las plañideras.

Su persona ya de por sí es una elegía viviente y andante. Semeja un sauce llorón con sus barbas desmayadas y mústias. Su tintero se ha llenado de llanto. Y él, resignado, nos dice á los que tenemos la paciencia de oírle: —Vean Vds. lo que somos, ó lo que fuimos, y somos ahora. Quise ser rui señor, vedme lechuzo. Pero me gano el diario alimento, y cada vez hago mejor los epitafios.

Algunos me ha mostrado, que valen más de cuatro pesetas. Otros los tasa en tres, en dos, en peseta y media; los de clase ínfima, pareados sin ninguna pretensión literaria, los coloca muy bien á cincuenta céntimos. Clasificalos en categorías con arreglo al tamaño, tanto como á los posibles de las familias de los respectivos difuntos; los fabrica á medida para padres, hijos, hermanos, sobrinos, suegras, yernos, amigos, y *sujetos respetables*. Esta última clasificación designa aquellos austeros varones, aquellos

preeminentes ciudadanos á quienes la patria se considera en el deber de honrar. Caen pocos de tal fuste, pero cuando caen, el vate del cementerio se sale de su tarifa, y señala á sus elogios fúnebres arbitrarios precios. Lo que él dice: paga la patria, y no es bueno que sea cicatera.

¿Queréis conocer dos ó tres muestras de estos productos poético-lúgubres? Os las puedo ofrecer copiándolas fielmente, porque me las he aprendido de memoria.

(Epitafio para una viuda que se supone echa de menos á su marido:)

*Mientras tú te diviertes, en el cielo  
Piensa que yo te miro desde el suelo.*

(50 céntimos).

(Epitafio para una madre que no se resigna á la pérdida de su hijo:)

*Despierta, aunque no te cuadre;  
ven, que te llama tu madre.*

(50 céntimos.)

(Epitafio para un yerno que maldito si echa de menos á su suegra:)

*¿Estás bien allá arriba? Lo celebro.  
Yo, aunque triste, me encuentro resigadno.  
El dolor, sin embargo, no ha pasado,  
Y ni sé donde tengo mi cerebro.  
Tú lo sabrás: me lo robaste en vida  
Dándome guerra, guerra, siempre guerra,  
Mas como ya partiste de la tierra  
Te doy mi más sincera despedida.*

(2 pesetas.)

El tétrico vate gasta unas tarjetas que le reparten los empleados de la Funeraria, y dicen como sigue:

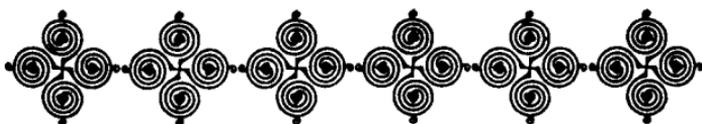
*Ciriaco de los Cipreses*

Artista en epitafios

A este poeta *non nato* que tiene que llorar sobre las tumbas para poder vivir, y que, por fallo riguroso de su destino, en vez de cantar la vida, plañe la muerte, no sé si debo mirarle y proponerle como símbolo ó como ejemplo.

De todas maneras, ejemplo ó símbolo, lo será de las vocaciones falsas en poesía lo mismo que en otro cualquier arte. No arguye nada contra los jóvenes de verdaderas aptitudes poéticas, quienes no deben desalentarse por el primer obstáculo, por la primera crítica injusta. Ellos, en el peor caso imaginable, en el caso de una suprema derrota sin desquite, romperán la pluma, pero no escribirán epitafios.





## LAS MODERNAS PLAÑIDERAS

DESDE un kilómetro de distancia se oyen los lamentos prolongados en un tono lúgubre, estridente, agudísimo, que hace daño. Las voces se inician con un *piano* dulce y triste como un gemido infantil, y van subiendo el diapasón hasta alcanzar la amplitud aturdidora de un grito frenético. Las modulaciones se hacen explosiones en las cuales las palabras se desgarran y desintegran en sílabas hiposas; el quejido acaba en vociferación cortada por crisis de llanto. Aquéllo empieza como un coro de catacumbas y acaba como un desmandado pregón de dolor. La familia, que llora con arreglo á un estilo reglamentario, saca de las gargantas un verdadero tesoro de notas furibundamente tristes, sin que el matiz tierno ó patético llegue á ablandar un instante la aspereza de aquel concierto vocal funerario. Se grita *el duelo* con una exasperación convencional que no excluye, sin embargo, la pena legítima y sincera, violentada por las imposiciones del rito.

Vocea cada uno en su cuerda propia, desde el niño que repite el lloro mecánico de sus primeros días de inconsciencia y de encunamiento, hasta el jefe de la casa, el *pater familias*, que, para mayor elocuencia, mientras se desgañita berreando, castiga con *repeti-*

dos remesones su patriarcal barba nevada. Las comadres de la vecindad, reunidas alrededor del féretro donde el difunto está inmovible, también sollozan, hipean y se plañen lúgubrementemente; pero la pauta de su gemir corresponde á su papel de *segundas partes*, un poco más que comparsas, algo menos que protagonistas. La comparsería hállase fuera del cuadro, y desde el contorno sigue el *crescendo* de la horripilante música lamentosa, poema sinfónico del dolor y la muerte.

En la cámara mortuoria, de aspecto sórdido, de techos bajos y ahumados, no impera ni un segundo el silencio durante la velada; el silencio, que es el homenaje debido á la *mors palida*, emperatriz de los mundos. Creeríase que tratan de ahuyentarla así, como se ahuyenta á la cigarra, é impedir que siga descargando por las cercanías los golpes de su hoz.

De pronto, un clamor sube, angustioso:

—¡Hi! ¡hi! ¡hi! La probecita se nos ha ido y no la veremos más! La malesa ha entrado en esta casa! Hace dos semanas se me murió la vaca y hoy se me muere la mujer! ¡Hi!... ¡hi!... ¡hi!...

El que se queja de tal suerte es el viudo, todo deshecho en lágrimas y en sollozos, pero muy asistido de la memoria para recordar el daño del establo antes que el daño de la choza.

Uno de los hijos responde, entre sobresaltos y sacudidas del cuerpo que se dobla como arbusto bajo el vendabal:

—¡Virgen María! ¿Cómo me podré consolar? Jamás hubo ninguna tan buena, ni tan amorosa, ni tan puesta en su aquél y en su obligación! ¿Quién tendrá ahora cuenta de mí? ¡Ju! ¡ju! ¡ju!

Una de las hijas toma la jeremiada en este punto y la continúa con entonación salmódica:

—¡Hace cuatro días andaba la mi madre por estos prados, y se allegaba á la fuente con su *talla* al hombro, y *albardaba* la burra para ir al mercado, y de la *suidá* me traía un refajo nuevo y unos zapatos, que pensé estrenar por San Juan! ¡Ay mis zapa-

tos! ¡ay mi refajo! ¡Ay la mi madre! ¡Mardito sea el méico que la mató!

Para estas gentes el médico es siempre una mala persona y, á veces, un asesino: no hace más que ayudar á la muerte y, cuando acierta por casualidad, según ellas, lo que sucede es que *el natural* ha dado de sí. Lo llaman *por si acaso*, pero lo temen, lo odian y lo desprecian.

Las comadres exclamian, en voz mucho más baja, casi á la sordina:

—¡Probe Mariquita del Socorro! No nos hizo caso, y *vélay* difunta, boca arriba, para toas las eternidaes. El meico la mató: el dotor de las yerbas la hubiera recompuesto con aquella mano de santo que tiene poder devino. Díganlo mi comadre Antonia, y mi comadre Pepa, y mi comadre Blasina, y el tío Santiago que estaba hecho un demonio por causa de la enfermedadá, y hoy anda más listo que un mozo y come con más apetito que un fraile, gracias á don Joaquín. ¡Probe Mariquita, qué solas nos dejás! Pero á bien que más llorada y más sentida que tú no irá otra á la sepultura.

Como para corroborar estas palabras panegíricas, allá afuera los bueyes mugen en el pesebre, las gallinas cacarean, el gato maúlla, los perros ladran, las ranas croan. La *comarsería* recoge y acompaña la última nota del canto funeral.

Se oye otra vez la quejumbre del viudo, que repite:

—¡Hace dos semanas se me murió la vaca y hoy se me muere la mujer!...





## FÉLIX, EL DE LA RUEDA

### I

**C**ERRÉ temporalmente mi galería de tipos populares porque creí agotado el repertorio. Los figurones del arroyo habían desfilado uno á uno. Sin contar al impagable Marca el Puesto, que tuvo en aquella colección de festivas semblanzas la suya trazada con verdadero *amore*, sólo quedaba vivo y en pié, como ejemplar aprochable, tfo Juan, el demandadero de las Hermanitas de los Pobres, semejante á un muñeco de trapo con humana cabeza. Hablé de él en sazón oportuna, cuando dediqué un reportazgo al santo asilo; pero he de retocar esmeradamente su fisonomía, convirtiendo el esbozo en retrato.

Ahora he descubierto *otro*, preciosísimo para mi museo. Estaba cerca de mí y no le había visto. Es Félix, el que tiene en sus manos la rueda de la fortuna del *Diario*. Mueve la máquina con la pasividad resistente de un caballo de noria. Es en la casa una verdadera personalidad, supuesto que puede parar la rueda, parar el periódico y pararnos á todos. Pero no haya cuidado de que él se fatigue mientras dura la faena, unido y como soldado al potente mecanismo, Félix conviértese en una pieza más, en otro rodaje.

Félix, sin embargo, revela su condición de ser viviente con algún mugido sordo y su cualidad de ser pensante ó remedante con alguna homilia.

Dos noches ha, oí desde el departamento de las cajas una voz plañidera y monótona que subía trayéndome ecos de lamentación confusa.

—¿Qué pasa?—pregunté.

Es Félix, que predica - me respondieron.

Bajé á oír la palabra divina.

Mas antes de seguir adelante intentaré fotografiar en pocos rasgos á Félix.

Parece labrado en un bloque de chocolate. Su color recuerda el de las aguas del Guiniguada en las grandes avenidas. De sus rasgos fisionómicos no sé cosa, porque no he podido distinguirlos ni separarlos. A primera vista se duda de que tenga ojos; tan pequeños son y, además de pequeños, esquivos y fugaces. En vez de fotografía, sólo he podido obtener una prueba borrosa.

Cuándo llegué á la sala baja, Félix predicaba un sermón de asunto enteramente profano. Hablaba mal de Martínez Campos y deploraba la pérdida de las colonias.

—Deja en paz á los muertos -le dijimos. Háblanos de algún santo de tu predilección.

Entonces subió á la mesa de empaquetar diarios y se puso á contarnos las glorias del angélico Santo Tomás. Luego habló de las deslealtades de San Pedro y de las tentaciones de San Antonio.

Su dicción era un remedo de la que gastan algunos conocidos predicadores. Recogíase un momento en meditación grave, lanzaba sus latinajos como si los escupiera, y al fin se metía heroicamente en harina.

Pero, ¡qué harina!

Lleno de unción, abordaba los lugares comunes teológicos. Sus fragmentos de frases caían sobre nosotros como una metralla. Sus manos golpeaban en el aire cual si buscaran el reborde de un púlpito. Sus

ojuelos aparecían y desaparecían por intervalos como traídos y llevados por una corriente interior.

Estaba admirable. La pequeña servidumbre de la máquina le oía embobada, dispuesta á convertirse. Pronunciaba el *carísimos hermanos* con una modulación tierna, de una propiedad absoluta. En fin, que es pasmosa la facultad imitativa de este negro del sermón.

Este Padre Félix no caerá en la heterodoxia, como el otro. Hará creyentes entre la chusma, mientras mueve con cierta resignación, no sé si bestial ó mística, la rueda de la fortuna del *Diario*.

Junto á la maquinaria que le esclaviza, semeja un gran pelele hecho de barro de la Atalaya, sin ojos; pero cuándo predica, es una semejanza de persona.

Y no necesitamos cambiarle por una *z* la *x* de su nombre para hacerle feliz. (1)

## II

El pobre Félix ha dicho su último sermón. Al irse pensaría ¿quién sabe en qué? ¿Piensan acaso las criaturas de su especie aplastadas durante toda una existencia por la pesadumbre del trabajo? Lo único que sabemos es que sufren y callan y no se rebelan. La mísera bestia de carga revienta un día, y en paz.

Pero cuándo revienta, merece un panegírico; lo merece mucho mejor, mucho más sincero, que los bribones que necesitan morirse para ser consagrados ciudadanos virtuosos y honorables por la hipocresía social. Félix no sirvió nunca para otra cosa sino para mover la rueda del *Diario*; pero cumplía su oficio concienzudamente. Tenía del ejemplar caballo de noria la perfecta inconsciencia y la mansedumbre.

No hablaba. Dijérase que su misión en el mundo era callar, con ese silencio de los hombres pasivos, sombrío é inquietante. Ignoramos si hay una aceptación ó una protesta rencorosa tras de ese mutismo

(1) 12 de Noviembre de 1902.

prolongado. Tememos que si llegan á hablar los que callan así, rompan en maldiciones y blasfemias. Pero no haya temor; siguen callando hasta que se derrumban y el sepulturero los barre hacia la fosa común. Callan porque están dormidos interiormente, y ni siquiera al punto de morir despiertan.

Seres de pena, de pasión, de martirio, lo peor es que no pueden ser otra cosa. Cumplen su función mecánica, sudan para ganar su pan amargo, y un buen día caen, sin preverlo ni sentirlo, en la eterna obscuridad. ¡Qué inmensa lástima me inspiran! ¡Con que calor de afecto humano les escribo panegíricos!

Félix soldábase á la rueda como una pieza más de la máquina de imprimir, y la volteaba, incansable é impasible, por espacio de dos horas mortales. Mudo, sufrido, inerte, al terminar su faena, solía, cuando se lo ordenaban, cobrar el uso de la palabra para hablarnos de las delicias del Paraíso y contarnos la gloria de la Virgen y de los Santos. Hacía sermones muy elocuentes; repetía sin ilación ni conciencia frases que habían llegado á él desde los púlpitos y guardaba almacenadas como retazos de ajenos discursos en su obtuso cerebro.

«Hermanos míos...» En los labios de aquel desheredado, estas dos palabras amorosas sonaban dulcemente. Pocas más dejaba oír, y esas pocas eran también suaves como la resignación, como la humildad, como la paciencia. Creo que Félix habrá muerto murmurándolas. «Hermanos míos»... ¡Qué hermoso fin para una vida atormentada!

Fonógrafo receptor de la oratoria religiosa, eco de la cátedra santa, el infeliz sólo aprendió á pronunciar nobles sentencias é invocaciones. Su baluceo de hombre inferior, impulsivo, primitivo, fué un saludo respetuoso al misterio. Llenóse de esencias divinas y no supo lo que consigo llevaba, como el vaso tosco no sabe que lo llenaron de mirra. ¿Verdad que esto es admirable, extraño y tierno?

Félix ha dicho su último sermón. Ha dejado de mover la rueda del *Diario*, pero la rueda anda por-

que la máquina dura más que el hombre. ¡Cuán triste considerar que Félix, cómo tantos otros, no servía para otra cosa!

Sin embargo, he de repetirlo. Merecía un elogio fúnebre; lo merecería mucho mejor, mucho más sincero, que los innumerables bribones que necesitan morir para que los canonicen la hipocresía social. Entrará en el cielo diciendo: «Hermanos míos»...(1)



---

(1) 13 de Julio de 1903.



## ACLIMATACIÓN

**G**NCERRADA en su gabinete como una espléndida flor de estufa, la gran señora mira á través de los cristales caer la nieve en grandes copos, y contempla con expresión de supremo aburrimiento el pálido cielo del Norte.

¡Triste panorama! San Petersburgo, helado, petrificado, pesadamente dormido bajo el manto de armiño del invierno; el Neva, convertido en inmensa plancha de acero sobre la cual corren haciendo zig-zags los patinadores parecidos á sombras vacilantes que luchan con el frío; ni asomos de sol por ninguna parte, ni un soplo de vida en toda la extensión de la metrópoli. Trineos que se deslizan silenciosamente, reverberación intensísima de aquella blancura lúgubre en cuyo seno se dibuja la Muerte, venida en alas del Bóreas, ataviada con los diamantes del Polo...

Tal era el cuadro que se ofrecía á la vista de la princesa moscovita devorada por el tedio, soñando siempre con los esplendores, con la claridad, con el ruido, con los placeres que entreviera en los magníficos países del sol. Se comprende que en medio de aquella naturaleza, tan bien descrita por Melchor de Vogüé, las mujeres pierdan la facultad de amar ó amen con una fuerza reconcentrada capaz de las más violentas explosiones.

Ella no había amado nunca. Solamente una vez, muy niña aún, sintió que su corazón comenzaba á despertarse y experimentó una emoción desconocida en medio de las vueltas de un vals, entre los brazos de un agregado de embajada, joven apuesto y oficial brillante, en un baile de una corte del Mediodía adonde fué con su padre, representante del zar; pero aquella emoción no llegó á precisarse, desvaneciéndose apenas nacida. Después, la casaron, ó se casó, como tantas otras en Rusia, no por cariño sino por capricho, por conveniencias de familia, y marchó al altar fría é impassible, pareciéndole que se habían helado las flores del ramo de azahar que entre las manos llevaba.

Más tarde la vida en común de los esposos se hizo monótona, mecánica, insoportable; veíanse á horas fijas, hablábanse ceremoniosamente, bostezaban y se separaban yéndose cada cual por su lado, el príncipe al servicio del palacio imperial ó á sus aficiones deportivas, la princesa á recorrer en trineo la perspectiva Newsky ó á tenderse como una gata perezosa entre las telas de Persia, los tibores del Japón, los jarrones de Sevres, los cuadros, los bibelots, todos los primores de ornamentación exótica que el caudal de su marido había juntado en su camarín.

A la sazón, con la cabeza pegada al vidrio de la ventana, veía amontonarse la nieve en las calles de Petersburgo. ¿En qué pensaba? En los paraísos lejanos entrevistos por ella un día, en las tierras asoleadas, en los cielos de color turquí, en los encantados vergeles de las orillas del Mediterráneo, evocación gloriosa que era para su fantasía como una aurora en medio de aquel paisaje desolado.

—¡Qué bien debe vivirse allá! —pensaba.

\* \*

—Llévame á Italia, querido mío. Llévame á res-

pirar las brisas perfumadas, á ver las maravillas de la naturaleza y del arte en aquel país predilecto del sol. Vámonos de esta horrible Rusia, donde el frío todo lo paraliza y lo adormece, donde hasta los corazones se hielan. Accede á mi deseo, y yo te prometo que allá mis besos serán más ardientes y mis brazos te estrecharán con más vigor.

Así dijo un día la princesa al príncipe, su esposo, envolviéndolo en sus caricias felinas, esforzándose por aparecer cariñosa.

El príncipe, hombre sin afecciones, verdaderamente *blasé*, no encontró inconveniente alguno al proyecto y lo aceptó en seguida, como hubiera acogido cualquiera otra idea: una carrera en trineo á través de la estepa llevando á los lobos por cortejo ó una función de knut á beneficio de un esclavo.

—Y bien—limitóse á contestar— iremos á Italia.

Al principio de la primavera, partieron para Nápoles.

\* \* \*

Su llegada coincidió con la subida de la savia, con la expansión primaveral, tan poderosa en aquellas costas mediterráneas. Todo canta allí; hasta los lazzaroni de los muelles tienen instinto musical y poético. Entre el estruendo de las calles de Nápoles, por las riberas del golfo partenopeo, por las faldas calcinadas del Vesubio, frente á aquellos horizontes luminosos surcados de velas latinas, los tristes peregrinos del Norte tuvieron la revelación de una vida nueva, cálida, animada, activa, llena de pasión y de esperanza. Suave calor penetróles hasta los huesos, y al mismo tiempo que sus miembros se desentumecían, experimentaban por vez primera la alegría de vivir y la necesidad de amar.

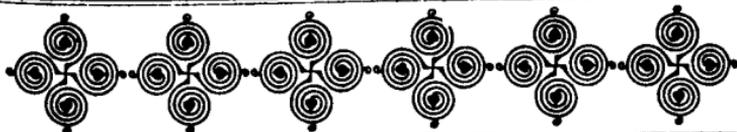
A los pocos días, formulaban así sus impresiones en sus respectivos diarios íntimos:

*La princesa*: — Soy una mujer; por fin me doy

cuenta de que tengo corazón y de que este corazón no pertenece, no pertenecerá jamás á mi marido. Es de Joacchino, un hombre que ama con todo el ímpetu avasallador de estas naturalezas meridionales, que me ha hecho la corte sin preámbulos abordándome con palabras de fuego y con miradas de verdadero enamorado en el baile del marqués Spontini. Ha sido para mí como un revelador de mundos desconocidos, ángel malo del paraíso del amor, pero ángel que brinda con el fruto sabroso de los placeres vedados, únicos que la fatalidad me permite conocer. *¡Come é galantuomo! ¡Come é bello!* (Empiezo á aprender italiano. El amor es un perfecto maestro de idiomas).

*El príncipe:* — Yo me juzgaba incapaz de pasiones serias, de verdaderas pasiones, y he aquí que en el fondo de mi alma helada brota una llama vivísima y no es precisamente mi mujer quién la enciende. Aliméntala el ardor de esta atmósfera de fuego. Me muero por la bella Laurencia. Para aprender á amar es necesario venir al Mediodía.





## EL PROSCRIPTO

**U**n conjunto fatal de circunstancias obligó á expatriarse con rumbo desconocido en el alborar de la juventud, cuándo la patria se le aparecía como un ensueño, y como otro ensueño el primer estímulo y el primer brote del amor. Ibase el mozo lejos, sin saber adonde, empujado por una fuerza poderosa é implacable que no acertaba á definir. Sentíase víctima, desconociendo, tan sólo adivinando, la razón de su desgracia.

Pero ello era que había de abandonar forzosamente aquella patria en cuyo regazo había dormido tan dulces horas de ilusión y felicidad; aquella patria de quién él no sabía sino que al dejar de pensar en su madre pensaba en ella, y que un mismo sentimiento las acercaba y las confundía en su corazón. Tenía que huir, tenía que apartarse del triple y delicioso hechizo que le aprisionaba en cadenas de flores y de caricias; tenía que despedirse ¡Dios sabía si para siempre! de su tierra, de su madre y de su prometida.

Y lo más singular era que su madre y su prometida, aunque anhelaban retenerle, aunque contaban con angustia los minutos que á los tres les separaban del momento doloroso de la despedida, decíanle una y otra vez: — Animo, no hay más remedio que

partir. Se lo repetían, donándole con ardientes besos la primera toda su maternidad, la segunda todo su amor.

Y él comenzaba á comprender al fin que sobre los tres existía y dictaba duras leyes, absolutamente inexcusables, un poder ciego y severo que exigía los mayores sacrificios.

¿Qué representación, qué nombre tenía ese poder tiránico, exclusivo? El mozo lo ignoraba, hacía esfuerzos inútiles por comprenderlo. Le habían asegurado que la patria lo llamaría pronto á servirla, y que se imponía la necesidad tremenda de esquivar este llamamiento, este servicio. Su madre había vendido su última vaca, su patrimonio entero, para prepararle el viaje á tierras lejanas y desconocidas; su novia había cortado para él la mejor rosa de su único rosal y le había dicho al entregársela fresca, lozana, pomposa, húmeda del rocío de la mañana:—Mi alma te doy.

El jóven se embarcó al otro día en un puerto del Mediterráneo, llevando en el pecho la flor ya mustia. La desprendió suavemente, sumergióla en las ondas azules y, luego de besarla, se la volvió á colocar sobre el seno palpitante. Había besado la tierra nativa antes de embarcar, como si hubiera querido que le purificara los labios y le imprimiera un sello eterno; entonces besaba la rosa marchita de su amada, como si hubiera querido inmortalizar su naciente amor. Al mismo tiempo que esto hacía, pensaba en su madre, de suerte que una sola llama de una sola pasión inmensa, sin nombre ni divisibilidad, abrasó su espíritu...

Sus amores, bautizados en las aguas del Mediterráneo con gotas de llanto que se mezclaron al tributo de las olas, le acompañarían fieles.. En el sabor de las olas amargas, paladeó la vida.

¿Pero qué fatalidad era aquélla que le obligaba á expatriarse y por boca de su madre y de su novia le comunicaba el tremendo mandato?

Había sentido la patria como un ensueño; sentía-

la ahora como un dolor, pero se hallaba lejos de sentirla como un deber...

\* \* \*

Hizo escala el vapor en otro puerto del Mediterráneo, primera estación del calvario que los proscritos habían de recorrer antes de llegar á América. El ganado humano se agitó sobre cubierta y se agolpó contra las bordas movido por el deseo ardiente de volver á ver tierra de España. La nueva visión de la patria, surgiendo de entre las aguas celestes coronada con la diadema gloriosa de los últimos rayos solares, les deslumbró. En un gran gemido, que parecía concentrar las fuerzas postreras de muchos moribundos, le enviaron otra vez sus adioses.

Entonces, mientras la contemplación de la multitud llegaba al éxtasis, unos fusiles penetraron en el buque, brillaron en el último reflejo del sol, y se movieron amenazadores. Los adolescentes comprendieron lo que aquellos fusiles buscaban y pedían, sin necesidad de que voces imperativas formularan la amenaza iniciada por las bayonetas.

Se oyó llorar á muchos padres. El mozo de mi sencilla historia adelantóse y se colocó bajo la protección de las armas, sereno, decidido, abrasado su espíritu en la inmensa llama de la pasión única é invisible.

¡Por fin, había sentido la patria como un deber!





## LA ALEGRIA DE LOS VIEJOS

**P**ASABAN de vuelta del lavatorio y la comida del Jueves Santo, en que la Caridad, descendiendo sobre ellos, les había aseado, vestido y reconfortado con apetitosas viandas de una suculenta vigilia.

Venían alegres los pobres viejecillos. En medio del silencio grave del día encapotado, melancólico, aquel triste júbilo de la vejez, aquel mortecino rayo de sol que fugitivamente atravesaba é iluminaba unos cuántos espíritus entenebrecidos por la edad, el sufrimiento y la miseria, daba una nota solemne en el universal homenaje á Cristo Sacramentado. Digna de Dios era aquella risa temblona de los ancianos, porque Dios la inspiraba. Acaso por última vez reían dichosos, mientras volvían con paso incierto al Asilo de donde habían salido para recibir el beso y el abrazo de la Caridad que, en nombre del Altísimo, el prelado les diera.

¡Conmovedor desfile!

Iban vestidos de nuevo y de largo; de largo, porque los calzones, demasiado holgados, les hacían bolsas sobre los zapatos. Pero toda la humilde vesti-

menta era flamante, luciente: un traje completo de paño negro, con sombrero negro también, de anchas alas. Los rostros arrugados mostraban la ingénua alegría de los niños cuando estrenan. Y el andar de los viejos era igualmente infantil, cortado, embarazado, como el de los pequeños cuando parecen decir con orgullo encantador: *Fastidiáos: mirad que trajecito tan mono llevo paesto.*

Iban apoyados en sus báculos, formando parejas y arrastrando á compás los pies. Animados quizá por el santo vinillo, bromeaban, prorrumpían en carcajadas que interrumpían las toses... Tío Juan, el demandero de las Hermanitas de los Pobres, que era de la partida, encogía y estiraba más que nunca su cara de conejo, y con risa verdaderamente leporédica, se reía... Debajo de su sombrero, hundido, sus orejas disformes abarquillábanse; su barbilla y su nariz se tocaban y apartaban á cada segundo.

Cerraba la lastimosa comitiva un viejo más viejo que los otros, doblado en dos, trémulo, agobiado, con los ojos por fuerza fijos en el suelo, cual si obedeciese á una irresistible atracción de la tierra. La ropa nueva que todos ellos llevaban hacía pensar en una limpia y decente mortaja con que serían pronto encerrados en misérrimos ataúdes.

Pero, ajenos á estos pensamientos fúnebres, los viejecillos reían, reían...

-- ¡Ji! ¡ji! ¡ji! decía el tío Juan, bueno estaba el bacalao; ¿verdá, compadre Mateo?

Y, al decirlo, le hundía de un papirotazo la *cachorra* al interrogado.

El compadre Mateo, siempre risueño, recogió el sombrero caído y, sin cesar de reír, se lo puso.

¡Ji! ¡ji! ¡ji!

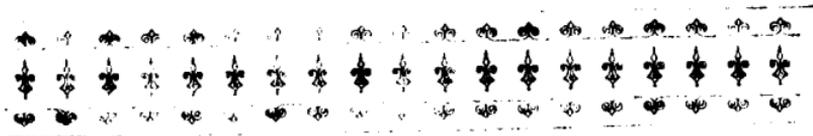
Rieron todos. Sus risitas profundas, entrecortadas, blandas como pequeños mugidos de bestias enfermas, resonaban de una manera extraña en medio del grave silencio del Jueves Santo. La alegría de los viejos, envueltos en sus mortajas, me impresionó dolorosamente.

Al alejarse dejaron llegar hasta mí esta frase truncada, de un diálogo que dos de ellos sostenían:  
—Acuérdese del año del cólera. No había padres para hijos, ni hijos para padres.

¿Qué querían decir tales palabras, fragmento de una frase al parecer amarga y desengañada, en desacuerdo con el intempestivo alborozo de los ancianos?

No he logrado saberlo. Sería que la vejez, antes de irse, lanzaba su dardo emponzoñado de ironía. Sería la afirmación, inconsciente, de que el remordimiento nacido en Jueves Santo muere en Sábado de Gloria, y de que, á pesar de la sangre redentora del Cristo, el hombre será irremediamente ruín, inhumano, traidor, cruel...





## NACIMIENTO

.....



H. Dios, tú que naces y renaces sin cesar, porque no me permites renacer un día, un solo día, aunque luego muera? Dime que sí, dime que me lo permites...

Ha nacido Jesús. Dos noches há que anunciaron el fausto acontecimiento las campanas con el clamor de su bronce sagrado y sonoro. De las torres descendió una alegría magestuosa, y el órgano tronó con sus mil tubos y trompetas, y en los aires se sentían aletazos de ángeles bajados á traernos la buena nueva. Luego les sentimos volver á subir, mientras el canto del *excelsis*, potente y dulce, subía también.

Ahora van los niños, cogidos de las manos, á ver los Nacimientos. Para nosotros, ¡que evocación, que evocación tan bella! Yo vuelvo á mirar mi Nacimiento con los mismos ojos de hace tantos años, pero ¡ay! no con el mismo espíritu. Ellos, los pequeñines, sí que le miran como yo le miraba entonces con sus pupilas tiernas, aún no empañadas por ninguna visión de maldad. Y en sus miradas sonrío la Pascua, la Pascua santísima.

El cuadro no ha cambiado, pero he cambiado yo, ¡cuánto he cambiado! La composición se reproduce: en el fondo, adornando las paredes, los lienzos de

damasco rojo; delante el retablo, la tosca armazón cargada con un lujo de miniaturas que arrebatan de codicia á los pequenuelos.

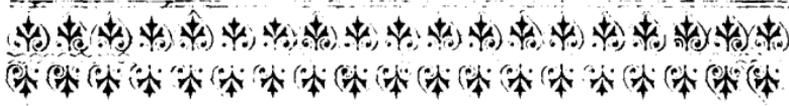
Es aquélla una Creación frágil, semejante á obra de confitería. Allá arriba las estrellitas de papel dorado, las nubes de esponjoso algodón, las montañas y las rocas de papel color chocolate: el establo con el sacro grupo, en el que hasta la mula y el buey resultan dignos; los árboles microscópicos de crudo verdor pintado; los rebaños de ovejuetas que conducen pastores de una diminuta Arcadia, unos y otros parecidos á blancas motas sobre los tonos generales verde y oscuro; los ríos, los lagos hechos con fragmentos de espejo; los labriegos y las campesinas cuasi imperceptibles triscando, bailando, comentando la venida del Mesías... Y, como último detalle pintorescamente complementario, el anacronismo de muchas figuras, trajes y costumbres... Pudiera decirse que allí la locura sonríe á la inocencia.

La pollada alegre y alborotadora bate palmas. Se fija principalmente en los reyes magos, que guiados por la luz de la misteriosa estrella, cruzan la altura, ginetes en sus fantásticos dromedarios. Los chiquillos, con todas las ansias del apetito de la adquisitividad, gritan:

—¡Quero un camelo!

—Sí, sí tomadlo todo; todo es para vosotros. Lleváos los reyes, los camellos, los pastores, las estrellas, las nubes y las rocas; lleváos hasta el niño divino, siempre que cuidéis de no quebrarlo en vuestro bolsillos. Vosotros también sois niños y sois divinos por serlo, y esa juguetería mística os pertenece..

.....  
 ¡Oh Dios, tú que naces y renaces sin cesar, porque no me permites renacer un día, sólo un día, aunque luego muera? Díme que sí, díme que me lo permites.



## LAS TRES GRACIAS DEL INFIERNO

**R**EUNIDAS la Hipocresía, la Calumnia y la Traición, acordaron dar cuenta á Satanás de sus respectivas diputaciones, con cuyo objeto encamináronse al Infierno. Iban á paso incierto y torcido, meditando nuevas maldades para el buen servicio de su señor y amo.

La Hipocresía, con los ojos bajos, miraba al suelo en su habitual actitud de humildad mentirosa. La Calumnia mostraba en el rostro encendido la expresión de una alegría infame por las honras que ha arrebatado, por los daños que ha hecho. La Traición revolvía sus ojos feroces, con relampagueos de un mirar asesino.

Las tres Gracias del Averno, las tres musas del Mal, son buenas mozas al estilo de belleza que en los profundos reinos de Satán se conoce. Lo que entre nosotros las hace horrendas, repulsivas, deformes, entre los demonios las hace hermosas. Y no bien entran en los infernales dominios, cuando diablitos y diablillos, condenados y réprobos, empiezan á echarles los más finos requiebros.

Olé por la gracia y la zandunga!— suele gritarle á la Calumnia un descomedido diablazo que fué

de tierra de Ronda. ¡Viva tu mare y tu pare y toda tu parentela!

—¡Vaya por lo modosita y lo bien mirada! Guárdete nuestro padre Lucifer...— le dice muy convencido á la Hipocresía un protervo de Madrid, condenado á causa de ruines manejos políticos.

— Mirame, mirame con esos ojos que matan,— le canta á la Traición un traidor de no sé qué país, mientras unos diablotes le frien como si fuera un buñuelo.

Y vuelan piropos en diversos idiomas. *¡Ah, les belles femmes!*, exclaman los franceses; *¡very pretties!* prorrumpen los ingleses; *¡celeste Aida!*... modulan dulcísicamente los italianos.

La ovación es completa, estruendosa. Las tres Gracias del Infierno pasan por entre los freideros levantando clamores de admiración y de entusiasmo. Los precitos interrumpen el estridor de sus quejas y el chirriar de sus dientes, para aclamarlas.

Satanás, cuándo le demandan audiencia, se las concede al momento y las recibe en su salón de honor, sentado en el más alto y lujoso de sus tronos, con su mejor corona de luces sulfúreas. Eriza el rabo en señal de placer, se acaricia los cuernos y les dice muy político:

—Salud, señora Hipocresía. Siéntese usted, señora Calumnia. Mis parabienes, señora Traición.

Dicho esto, oye atentamente el relato de los servicios prestados por las tres Gracias infernales, queda siempre satisfechísimo, les comunica nuevas instrucciones que ellas cumplen al pié de la letra, y las invita á refrescar, digo, á calentarse presenciando el achicharramiento extraordinario de algún huésped de mucha cuenta recién llegado.

---

---

## LOS NIÑOS DE AYER

.....



MARIQUITA (*niña* de quince años, extasiándose en la contemplación de un hermoso muñeco, de esos que dicen *papá* y *mamá*:)

— ¡Qué bonito es! Voy á ponerlo en la cuna y á arrullarlo para que se duerma.

Juanito (*niño* de catorce años, estudiando su lección de historia de España en verso:)

— *Libre España, feliz é independiente, se abrió al cartaginés incautamente...*

*Libre el cartaginés... se abrió á España....*

Digo, no; al contrario... Fué España quién se abrió al cartaginés incautamente.

¿Qué querrá decir incautamente? Voy á preguntárselo á Petronila, que me cuenta tan graciosos cuentos y quizá lo sepa...

Paquito (*niño* de ocho años:)— ¿Aciertas lo que he soñado anoche, papaíto? He soñado que un ángel muy guapo, pero muy guapo, con alas doradas y cabellera rubia, tan dorada como las alas, llegábase pasito á pasito junto á mi lecho y me besaba así, así... (dando un beso á su padre.)

Luisita (*niña* de diez años:)— Seré buena esta semana para que mamá me lleve á ver la función de fantoches.

¡Cómo me voy á divertir con el bueno de Cristobita!

Manolín (niño de ocho años:)— Estudiaré mucho para que los Reyes Magos me traigan una caja de soldaditos de plomo, como la que tiene mi amigo Ernesto.

Gustavo (niño de diez y seis años:)

—Iré al paseo esta noche. si papá me lo permite.

## LOS NIÑOS DE HOY

Paquita (niña de diez años, recreándose en la contemplación de su muñeco:)

—¡Cómo se parece á aquel guapísimo oficial que me llamaba *mona* la otra noche! Tiene los mismos ojos acariciadores y pícaros...

Le pondré uniforme y le enseñaré el paso militar. Verdad, rico, que tú me quieres tanto cómo *el otro?*

Ramoncillo (niño de doce años, aprendiendo historia de España en una obra crítica en cuatro tomos, y sintiéndose él á su vez crítico:)— Yo no sé para que nos sirvió descubrir la América, y cuando recuerdo todo el daño que nos hizo Colón con descubrirla, me siento anti-colombino furioso,.. Ese tío de Génova, ó de donde fuese, nos ha *jorobado* con su historia del huevo y con su nuevo continente que, entre paréntesis, ya se va volviendo viejo.

Julito (niño de ocho años, á Chanito, niño de seis:)— Adivina con quién soñé anoche... Con ella, hombre, con ella, con la rubia...

(Chanito á Julito maliciosamente:)

—Y yo con la morena...

Rosita (niña de diez años:)— Esto no puede seguir así. El domingo en la Alameda sabré al fin del mal que muero. Es preciso que Julito hable claro: ó ella ó yo, definitivamente...

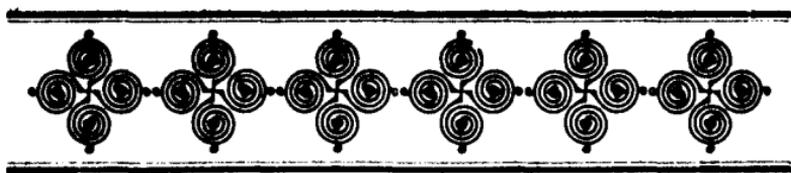
Quinito (niño de doce años, ensayando un discurso para un mitin anarquista:)—Porque nosotros, *los hombres* de ideas ultra-radicales, convencidos de que todo lo presente, inclusive la autoridad paterna y los exámenes, debe desaparecer, nos declaramos en perpétua rebeldía, y aspiramos... aspiramos. (¿á qué aspiraremos? No recuerdo bien la frase que lei últimamente en el periódico ácrata *La melinita* y que vendría aquí muy á pelo, pero buscaré ese ejemplar...)

Rafaelito (niño de siete años:)

—A mí nadie me la da de primo con esa bola de los Reyes Magos. ¡No cuela! ¡No cuela! Soy republicano y, además, no creo en la magia.

Celipe (niño de trece años, dirigiéndose á su criado:)—Dile á papá, si pregunta por mí, que nos veremos en casa de la Bella Fandanguito.





## ¡EL REY HA MUERZO, VIVA EL REY!

### I

**E**LLA (esta ella no es la eterna ella, gracias á Dios, sino una ella particular) leyendo:

«Reina mía: Ya sabe usted lo que ha ocurrido entre Aníbal y yo. El la amaba á usted, yo también la amo; pero él había afirmado su conquista con señales evidentísimas de dominio, mientras que yo, yo tan sólo había logrado acercarme á la plaza sitiada por mis anhelos amorosos y entrar en inteligencia con... ¿Para qué más explicaciones? Usted me comprende: él era monarca absoluto, yo monarca constitucional que reina y no gobierna... Quise dar un golpe de Estado para alzarme á la dictadura, y ya está hecho.

Siempre he sentido alientos de conquistador, de usurpador; hay dentro de mí un Bonaparte que, en materia de amores, no retrocede ante Vendimiaro ni ante Brumario. Hay además un paladín de torneo, dispuesto á luchar por su dama, y mejor por *la ajena*. En resúmen, nos hemos batido por usted, marquesa, como dos caballeros de los antiguos tiempos, *á la inversa*. Aníbal ha caído, pero ha caído gallardamente, al modo de un luchador romano. No se levantará; merece un recuerdo, y quizás una lágrima. ¡Pobre mártir!

No le envío á usted su cabeza, porque esto no se acostumbra; si fuese una cabeza de toro, si fuese la de su marido de usted... Pero le envío un retrato con *dedicatoria* que encontré en un bolsillo de la levita del vencido. Y ahora, dígame usted, ¿no merece premio alguno el vencedor? Fíjelo usted mismo, marquesa; usted que es infinitamente hermosa, buena y misericordiosa. ¿Merezco reinar por derecho de conquista? ¿Merezco tener la soberanía absoluta de su corazón de usted?

Mi actitud es humilde, como la del que implora, no arrogante como la del que manda; soy un menesteroso, no un invasor. No digo: *aquí estoy*, sino que suplico: *déjeme usted entrar*. Tengo las llaves de la fortaleza, pero se las entrego á usted para que me abra la puerta.

Falle usted sobre la suerte de este conquistador conquistado.

*Alejandro.*

## II

Ella, meditando después de leer:

— Dice bien; pobre mártir! Ha muerto por mí; por mí, mujer funesta que, al igual de tantas otras, vivo de la vida de los hombres. Pero ha muerto en su puesto, *gallardamente*, según la expresión de su rival. Hubiera deseado verle caer, para llorarle como se llora á los malogrados, y para entregar mi pañuelo al que le abatió y le rindió... Yo también siento dentro de mí la extraña revelación de una naturaleza caballeresca y romántica, trastrocada, invertida: el espíritu de la Edad Media mezclado con el espíritu de nuestra edad prosáica que lo desnaturaliza y pervierte; mi amor es infinito, no en extensión, pero sí en variedad... Yo también comprendo el alcance práctico y filosófico de esta gran frase: A rey muerto, rey puesto...

La monarquía no perece porque mueran los re-

yes. Las lágrimas son pasajeras y el amor, renovándose, es eterno. Se puede, por consiguiente, llorar y amar. ¡Pobre mártir! Guardaré con cariño su retrato en mi *panteón de galanes ilustres*, y cuando quiera recordar la jornada amorosa que marca con una imagen y con una fecha, me inclinaré sobre él... Esto se acabó; pero todo no puede acabarse. El vencedor espera, con humildad conmovedora, después de haberme entregado las llaves de la fortaleza conquistada. ¿Qué le diré? Le diré que entre, pero que cuide de no tropezar con el cadáver de Aníbal. Y le daré, como al otro, mi fotografía con esta expresiva dedicatoria: *A Alejandro, en prueba de eterno amor*. ¡Ah! la eternidad nuestra, la eternidad de nuestros amores, dura algunos días, algunos meses, ó algunos años, cuando dura más. Somos efímeras y constantes; efímeras, porque nos gasta la pasión; constantes por que, sin poderlo remediar, lo somos en la inconstancia.





## MONÓLOGO DE UNA SOLTERONA

. . .

**Escena:** *Una alcoba iluminada discretamente, débilmente; en el fondo, un lecho cuyas ropas de cándida blancura, extendidas con coquete-  
ría y dispuestas con estudiado esmero, convidan á soñar amores;  
en un ángulo de la pieza, un tocador coronado por amplio espejo;  
en torno, sobre las sillas, galas femeniles, flores ajadas, "despajos  
de una gran batalla reciente;" ante el espejo, una mujer que con-  
templa su imagen. Media noche.*

**L**AS doce!... media noche en el tiempo! ¡Cuarenta años!... media noche en la vida; las campanadas que acabo de oír me han estremecido al sonar con lenta vibración en el silencio, en la soledad medrosa, y esa cifra cruel: ¡cuarenta años!, se desenvuelve también en cuarenta campanadas lúgubres, tocando á muerte en mi corazón. ¿Porqué envejecemos, porqué?... (*Pausa.*) Envejecer, para nosotras, es abdicar, y abdicar es morir... El mundo, que nos adoraba, nos vuelve las espaldas, desdeñoso; los hombres, que nos aturdirían con sus lisonjas, pasan de largo dirigiéndonos miradas de compasión ó sonrisas de burla; los que acudían á nuestro encuentro llenos de solicitud, con frases apasionadas en los labios y ramilletes en las manos, retroceden delante de nosotras... Todo se va.. Los monarcas, cuando abdican, pierden tan sólo la corona; nosotras, reinas de los salones, cuando abdicamos, perdemos la corona y la

cabeza; porque. ¿de qué nos sirve la cabeza si no ostenta el nimbo de la juventud y el resplandor de la hermosura? Caemos en el montón de las cosas marchitas, olvidadas... Triste destino de la mujer que ya *no circula*.

Pertenezco al número de las que han esperado inútilmente al Mesías prometido; de las que tienen su *tipo* ideal adornado de todas las perfecciones y, al confrontarlo con el hombre real, con el hombre de barro, grosero é imperfecto, encuentran que los varones al uso no valen dos cominos... Así era yo: veía á la cabecera del lecho, á mi fantástico y vaporoso galán, Manfredo, Don Juan, Werther, Rolla, Romeo, René, Lohengrin, manifestaciones de una misma concepción romántica, héroes de novela, de drama ó de ópera, calzando coturno, ciñendo espada, vistiendo ropilla, agitando al viento su sombrero de plumas. Luego, al volver á la realidad, ¡cuán pobres y ridículos me resultaban los seres de carne y hueso, vivientes y palpables, que me perseguían con sus galanteos! Buscaba en vano entre ellos alguno que se asemejara á mi prototipo: todos eran vulgares, adocenados, prosáicos, sin aire novelesco y sin acentuación trágica.

Les hablaba de ansias indefinibles, de amores infinitos, y me respondían con torpes palabras inspiradas por la lujuria ó por la tontería; buscaba el cielo en sus ojos, y encontraba el infierno de la voluptuosidad insaciable. ¡Nada, que mi hombre no parecía! Cansada de buscarle resolví vivir con mis quimeras, casi materializadas por una prodigiosa concentración del pensamiento: en la sombra, abrazaba á Don Juan, á Werther, á Romeo... Y en la sociedad ponía mala cara á Juan, á Diego, á Antonio, á todos aquellos pobres diablos que tenían la desgracia de no parecerse á Romeo, ni á Werther ni á don Juan; despedía á éste con cajas destempladas; engañaba y burlaba á aquél; maltrataba al de más allá; despedía á esotro, porque su nariz no ofrecía un corte clásico irreprochable... andaba yo por esta

baja tierra como un hada desterrada que no encuentra su pareja. ¡Qué estupidez! Me reiría, si pudiera.

## II

(Consultando al espejo) ¡Amigo fiel é implacable! Me has dicho muchas veces que estoy vieja, que me resigne, que renuncie á los juegos de amor. ¡Ay! fuerza será seguir tu consejo: se han roto mis redes, no he sabido educar á mi ojos para el arte de la fascinación, y ya es tarde... Tocan á queda, á descanso, á muerte... He dado la última batalla: esas galas esparcidas, esas flores deshojadas, son despojos, restos del atavío de juventud, con que, ¡infeliz de mí! pretendía seducir á quién antes despreciara. Hoy, *mi* hombre apenas se llama Pedro: he renunciado al *surtido* romántico; he arrinconado en la fantasía á Manfredo, á René á Werther, á Rolla, fantasmones ridículos mandados recoger, entes de ficción sin humanidad, sin carne, teatrales y vacíos. Me da risa recordar el tiempo en que, devorada por el insomnio y alucinada por la fiebre, veía dibujarse en el techo de esta misma alcoba sus sombras fantásticas. ¡Fantasmagorías de la juventud! ¡Y cuan caras nos cuestan!

Pero *mi* hombre no vendrá: es ya tarde... En la vida no se recobra jamás el tiempo perdido para el amor: ahorcamos nuestra juventud con el hilo ténue de nuestra primera cana, y después de haber hecho las desdeñosas, después de haber paseado del brazo de los héroes de mil novelas por el país de los sueños, las mujeres de mi temperamento nos vemos condenadas al martirio indecible de esperar... de esperar eternamente... ¿A quién? ¡Dios mío! no ya á Lohengrin, ni á Romeo, ni á don Juan, sino al primero que llegue, á cualquier burgués machucho y sedudo, bien aplomado en la realidad, joven ó viejo, guapo ó feo, pero hombre al fin... Es el complemento que necesitamos, el compañero, el cariño tranquilo, pero seguro, que llenaría la soledad horrible de

una vida desierta... En el corazón de la mujer se dan dos cosechas: la primera espléndida y exuberante, compuesta de sentimientos vehementes, de ilusiones ofuscadoras y de febriles deseos; la última, fría y raquítica, formada de aspiraciones humildes, de tristes resignaciones, de anhelos desengañados que son como la voz de la naturaleza reclamando su deuda. Yo recojo ahora mi cosecha de invierno... ¡Pobre cosecha! Nadie explicará nunca por que misteriosa degradación de la imágen interna, Don Juan ó Werther vienen á tomar en nuestra imaginación, en la travesía de los veinticinco á los cuarenta años, las formas de cualquier negociante rechoncho, calvo y desgarrado.

## III

*(Metiéndose en el lecho)* ¡Siento frío en el cuerpo y en el alma! ¡No vendrá! ¡No vendrá!





## LA LOCA

**L**os que nos encontrábamos aquella mañana en la playa de Melenara, haciendo la digestión de un succulento y bien servido almuerzo rociado con buen vino y sazonado con mejor alegría, vimos de pronto avanzar por el arenal adelante un extraño grupo.

Formábanlo dos hombres y una mujer; un horriquillo, llevando el roncal arrollado al cuello, les seguía perezosamente. A la distancia no podíamos distinguir las figuras; pero observábamos que la mujer, cada pocos pasos, se resistía á continuar la marcha. Entonces uno de sus acompañantes la sujetaba fuertemente por los brazos y la obligaba á avanzar. La secuestrada, que tal nos pareció, gesticulaba, defendíase con vigor extraordinario y, venciendo á veces la presión que la paralizaba, emprendía desenfundada carrera en dirección contraria de la que los tres traían. De lejos oíamos sus gritos estridentes, y alguna que otra palabra, grosera ú obscena, llegaba distinta á nuestros oídos.

La mujer insultaba á los dos hombres, los apostrofaba y amenazaba con los puños cerrados.

¿Cómo debíamos interpretar aquella escena desarrollada en medio de la vasta playa, sin más espec-

tadores que nosotros, testigos lejanos é inmovilizados por el estupor? ¿Qué era aquéllo? ¿Un rapto en colaboración amigable? ¿El principio de un delito vulgar, de un drama en que desempeñaría importante papel la humana bestia?

No sabíamos qué pensar. Alguno de la partida, romántico por temperamento y por educación, creía en el drama á ojos cerrados, y, por si faltaba el drama, comenzó á urdir una novela caballeresca, de la cual él mismo había de ser principal agente y ornamento.

—¿Permitiremos, compañeros, que se consume esta grande iniquidad? Acudamos á rescatar á la hermosa doncella de las manos de los follones y malandrines que acá la traen á mal traer. ¡Por mis barbas, que no he de consentirlo!

Esto diciendo, enarboló su bastón y adelantóse resuelto hacia el grupo.

Le seguimos.

Al aproximarnos pudimos apreciar mejor la situación que de lejos nos parecía tan extraña. La mujer resistíase cada vez con mayor violencia á seguir á los dos hombres; pero algo anormal había en su aspecto que nos causó asombro y lástima.

Tendida en la arena, lanzaba gritos roncós, guturales, desgarradores, y mordía en las manos á sus dos compañeros cuando trataban de asirla para forzarla á andar.

—¡Demonios!—gritaba.—¿qué mal les hice, desventurada de mí, para que se empeñen en llevarme al Infierno?

Comprendimos que nos la habíamos con una loca.

El más viejo de los que nos habían parecido desvergonzados é insolentes raptores, inicuos forzadores de la doncellez desvalida, tomó la palabra y con tartajosa lengua nos habló así:

—Sosiéguese sus mercedes, que somos gente de bien y de paz, incapaces de hacer daño á una mosca, cuanto menos á una criatura humana. Esta

desdichada que aquí ven es mi hija, y este mozo que nos acompaña es su prometido esposo. Está la pobrecita tocada del juicio, y vamos á intentar con ella la cura del mar, que es el mejor médico del mundo. Consideren sus mercedes nuestra gran pena y aflicción, y déjennos pasar.

Mientras hablaba el viejo, aprovechó la loca un momento de descuido y echó á correr *locamente*, sin dejar de vociferar: —¡Demonios, no quiero ir al Infierno! ¡Mal rayo los *ajunda*!

Corrieron tras ella los dos hombres y, después de mucha brega y forcejeo, consiguieron traerla.

La infeliz fijó en nosotros un punto sus ojos errantes, con esa terrible fijeza de los locos, que miran sin ver, y nos gritó:

—¡Condenaos, sálvenme de estos malditos! ¡Si tienen madre, sálvenme!

Estaba espantosa. Revuelto el cabello, destrozado el traje, cubiertos los labios de espuma sanguinolenta, ensangrentadas las manos en la lucha, parecía una furia domada, una Euménide vencida.

—¡Sálvenme, condenaos! ¡Sálvenme, condenaos!

Y prolongó su clamorosa frase en una carcajada histérica.

El viejo lloraba. El mozo gemía.

—No seáis brutos, —les aconsejamos, —volvéos por donde habéis venido; tened paciencia, esperad á que la loca se calme, y cuando esté tranquila, embarcadla.

—Ahora mismo, —replicó el viejo;—ni puedo esperar, cuando mi hija se muere de esta ruínera perversa, de este endemoniado maleficio, ni estoy seguro de poder volver. ¿Creen sus mercedes que nos ha costado poco trabajo arrastrarla hasta la playa? Aprovecharemos la subida de la marea y la embarcaremos en aquella lancha que tenemos preparada para darle un paseo hasta aquella punta (y señalaba la de Melenara). O se cura con la medicina de la mar bienhechora, ó hay que darla por perdida, perdida para siempre!

Quitaron los dos hombres el ronزال al borrico y ataron con él las manos de la loca, que se defendía á arañazos, mordidas y coces, alzando el tono de sus alaridos. Luego, agarrándola de los pies y los brazos, la condujeron hasta la barca como una fiera herida é indefensa.

Nos consultamos sobre si debíamos disputar los derechos de aquella paternidad salvaje, inconsciente; pero bien meditado, nos abstuvimos de hacerlo. Era caso de conciencia.

Cuatro fornidos marineros auxiliaron á los dos hombres en la empresa de embarcar á la pobre joven. Esta, maniatada y oprimida, aún tenía fuerza nerviosa suficiente para rendir de fatiga á los que juzgaba sus perseguidores. No luchaba ya: se agitaba en horribles saltos, en sacudidas tremendas, con las cuales acabaron de hacerse pedazos sus miserables ropas y quedaron al descubierto sus carnes flácidas, sus carnes muertas, entre las manazas de aquellos bárbaros.

Y siempre el mismo grito desesperado, agudísimo:

—¡Sálvenme, condenaos! ¡Sálvenme! ¡No quiero irme al Infierno!

Tendiéronla en la lancha, donde sus clamores redoblaron hasta llegar á ser intolerables. Un marinero le puso la mano en el pecho, otro le tapó la boca. El viejo se desplomó alzando los brazos y exclamando: ¡al mar se la entrego! La loca, en un esfuerzo supremo, soltóse de las garras que la sujetaban, y se aferró con los dientes á una borda. Oímos el chirrido de la dentadura al hacer presa. Uno de aquellos cafres la asió por los cabellos, y de un tirón brutal, la desprendió.

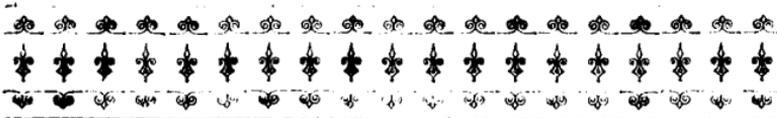
La loca nos dirigió entonces una última mirada, que no olvidaré nunca. Mirada indescriptible, mezcla de horror y de odio.

—¡Quieren *ajogarme!* ¡Sálvenme, condenaos!  
La barca se separó de la orilla, impulsada por

remeros vigorosos; pero apenas podía avanzar, porque llevaba demasiada carga: barbarie y locura.

El mar, menos repetuoso que nosotros con los derechos de la paternidad, comenzó á rugir, indignado.





## EGO SUM...

**I**NTERNÓSE por tierras de Africa un misionero católico, evangelizador de esos que llevan, no la religión sino el fanatismo á los pueblos salvajes; de esos que levantan la cruz como una gigantesca palmeta y la dejan caer sobre la cabeza de los negros neófitos; de esos, en fin, que amedrentan en nombre de un Dios iracundo y se confiesan proveedores del Infierno...

Dió el misionero con su humanidad en un reino africano donde reinaba un monarca poderoso á quién inmenso rebaño de vasallos obedecía. Era allí el poder real ilimitado, absoluto; al modo del que ejercen los reyezuelos del continente negro, sin más leyes que sus caprichos. Una simple orden verbal de Su Magestad bastaba para que siervos y soldados le rindieran vida y hacienda, ó se degollasen entre sí por serle gratos. Tenía humoradas de mónstruo, inspiraciones neronianas que le inducían á chapotear en sangre como una bestia carnicera... Su soberanía era la soberanía horripilante del matarife sobre las reses del matadero...

Y á este rey, desvanecido por el sentimiento de su omnipotencia, predicóle el benigno fraile las grandezas de un Dios que se complacía en la ven-

ganza, castigaba con rigor tremendo y podía, con quererlo tan sólo, aniquilar las mayores arrogancias y endiosamientos humanos... Frente al hombre terrible el misionero dejó entrever al dios terrible, con las evocaciones de su palabra fogosa. Y se propuso emplear el miedo como instrumento de conversión.

—Tiembla,—decía dirigiéndose al tirano,—tiembla, vil criatura, que habrás de ser reducida á polvo y á cenizas por la justicia celeste. El Infierno te espera, Satanás te llama, porque Dios te abandona. ¿Sabes lo que es el fuego de los eternos suplicios? Ni á sospecharlo alcanzas. Arderás por los siglos de los siglos como un sarmiento que se quema y no acaba de consumirse...

—No me asustan las llamas del Infierno. ¿Ignoras acaso que yo soy el soberano del fuego, pues lo enciendo cuando me place y lo apago cuando me acomoda? Vas á verlo ahora mismo.

Ordenó el déspota que su ejército acudiera en seguida, movilizado y dispuesto para una grande faena. Luego que acudieron en tropel, formando una masa agitada y rugiente, los guerreros, echó toda la voz y les gritó con insolente altanería:

—Enseñadle á ese europeo atrevido que yo reino sobre el fuego, mucho más que sobre el agua. Afirma él la existencia de un señor Satanás, más fuerte que yo porque dispone del señorío de las fraguas y de los incendios. Andad, y encended las luminarias de mi reino. Coged todas las gavillas que podáis, arrimad la mecha á los matorrales, completad la fiesta, si fuere preciso, con el número suficiente de cuerpos humanos, y que ardan los campos y los bosques en una extensión de diez mil toesas.

Pronto siguió á este mandato un ruido espantoso: el ruido de la multitud que se dispersaba. Surgieron primeramente ténues resplandores; luego, vivas llamaradas, por último deslumbradoras columnas luminosas que se elevaron en el espacio, envolvieron la aldea, inundaron el campo y llegaron hasta lamer los pies del diabólico Neroncillo. El reyezuelo

palmoteaba entusiasmado ante aquel espectáculo que juzgaba superior al del Infierno católico.

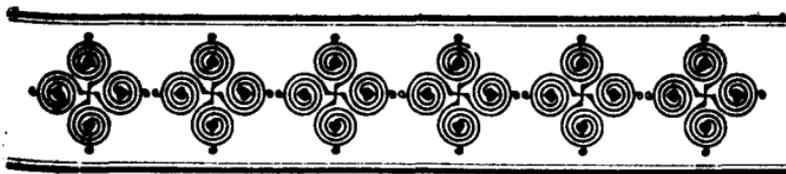
Volvióse hacia el misionero y le preguntó con orgullo:

—¿Tiene vuestro Satanás tanto fuego como yo tengo?

Mandó formar nuevamente al ejército y ordenó á los jefes:

—Ahora, haced que los soldados lo apaguen con los piés.





## LA BRUJA

**A**ODAVÍA muestran los campesinos el sitio donde existió *la bruja*, y al mostrarlo, hacen la señal de la cruz con un resto de terror. Aquellas piedras amontonadas, negras y desiguales, aquel pedazo de muro que permanece en pié por milagro, aquel pajar adyacente destechado é invadido de la maleza, eran su habitación, si habitación podía llamarse semejante conjunto de ruina y miseria. Allí vivía el ser protervo, escondido como un mal bicho; allí vivía, aislado, infamado.

Su tipo, según la tradición, acomodábase exactamente al de la leyenda infernal que en torno de las supuestas súbditas de Luzbel se condensa. Flaca de cuerpo hasta parecer un manojó de huesos envueltos en rugoso pergamino; morena y curtida de semblante; silenciosa al andar, tan silenciosa que su marcha, más bien que marcha, era como deslizamiento; fosca y huraña, desabrida y áspera. Por ojos tenía dos ojuelos extraños, de color cambiante, ora grisáceos, ora leonados, ora sanguíneos, siempre de mirada incierta bajo la claridad diurna, como si estuvieran conformados para ver entre las sombras. Su nariz tocábase con su barbilla temblona, erizada de pelillos tiesos, duros como espinas. Y no sólo le temblaba la barba, temblábale toda la desvencijada

máquina, vencida al peso de los años, cuya cifra ignorábase.

Llamábanla la tía Nastasia. Era un misterio diabólico que vivía y andaba, aunque torpemente, pero que apenas hablaba. En su forzosa incomunicación, había llegado á olvidar las fórmulas corrientes del lenguaje humano, y el grito animal era su único medio expresivo. Mirábanla como á una bestia más, que mugía ó rugía en la soledad del campo. Cuando caía el velo negro del crepúsculo, bordado de los últimos reflejos del sol, la vieja abandonaba su casuca para envolverse en él, rompiendo en alaridos salvajes, que parecían una salutación á la noche.

\* \* \*

Al pasar por aquel sitio, de regreso á sus hogares, los mozos de labor, los arrieros, los peones de las granjas cercanas, se persignaban devotamente y se decían:

—Está llamando al diablo.

Todavía osaban, en aquella hora indecisa, coger algún guijarro y arrojárselo con violento ademán de amenaza. A veces, daban en el blanco; los alaridos de la vieja redoblaban; y la sangre corría por su rostro, ó se la veía arrastrarse lentamente hacia su vivienda miserable como una fiera herida.

En cierta ocasión, una mano diestra, de buen pulso, hizo certera puntería, la dió con una piedra en mitad de la frente y la derribó al suelo. Levantóse ensangrentada, ganó á rastras su guarida y desde el umbral púsose á gritar con más fuerza que nunca. Sonidos roncós, inarticulados, salían en tropel de sus labios; pero entre aquella algarabía discorde pudo percibirse una palabra, una tan sólo, clara, vibrante, como una campanada de misericordia:

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

\* \* \*

¡Dios! La bruja nombraba á Dios. Los campesinos se asombraron. Hubo quien juzgó que no debía de ser criatura satánica aquella criatura, pues dada la incompatibilidad natural entre Dios y el diablo, imposible que tomase en boca el divino nombre sin enojar y ahuyentar al príncipe de las tinieblas. Otros opinaron que invocaba á Dios para injurarlo. Prevaleció este dictámen. *Pacto* existía, indudablemente, ¿Cómo, si no, explicarse el poder misterioso de que para hacer el mal, disponía la tía Nastasia?

Pero debieron agregar que asimismo tenía para hacer el bien. En muchas ocasiones lo había hecho. Los que más la denostaban y maldecían, solicitaban su no aprendida ciencia curativa en casos extremos, desesperados. Le reconocían *mano de santa* á los efectos de curar achaques y dolencias de la mísera carne humana. Aún no paraba ahí su acción benéfica; además curaba las hondas afecciones morales con igual facilidad que las producía.

Si la llamaban para estos menesteres graves, iba diligente, cuanto se lo permitía la debilidad de sus piernas, callada, impasible; llegaba á casa del necesitado, prestaba sus servicios y se tornaba sin hablar con nadie. En el camino solía encontrarse, por toda recompensa, una pedrada.

De varias leguas á la redonda la mandaban á buscar, no obstante su brujería. Inspiraba fé su conocimiento de la virtud medicinal de las plantas silvestres; pero no le agradecían sus beneficios, todo lo contrario. El odio contra ella aumentaba á medida de sus éxitos. La mala gente campesina no le perdonaba el tener que aceptar algo del diablo por mediación de una hechura suya. Porque lo que ella hiciera, adverso ó propicio, indudablemente obra del diablo había de ser. Y después de aprovecharse de las artes demoníacas, era necesario castigar y humillar en ella al Malo.

Hacía la cura del *pomo* (1); salvaba enfermos des-

(1) Este vocablo expresa una superstición muy generalizada entre los campesinos canarios.

ahuciados por medio de saluciones cabalísticas que sus *clientes* juzgaban conjuros infernales. Nada de esto se le tomaba en cuenta; pero en cambio todo daño, toda desventura, toda ruina que en los contornos ocurriera, poníasele en el pasivo de sus ruindades.

Si enfermaba y moría una vaca de fin natural, porque las vacas también se mueren, el dueño se enfurecía y clamaba irridadísimo, amenazando con los puños la mansión maldita:

—¡Perra!.. ¡Mil veces perra! ¡Me la ha matado!

Sobre *la casa del crimen* llovían entonces maldiciones y peladillas.

Y la bruja salía á la puerta: destacaba los perfiles siniestros de su figura en el fondo ahumado del casuco, semejante á un cubil; levantaba al cielo los gárfios temblorosos de sus manos y prorrumpía en gruñidos indescifrables, por encima de los cuales, clara, distinta, angustiosa y triste como una campanada de auxilio, percibiáse la solemne palabra:

¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!...

\*  
\* \* \*

Tenía un perro que la defendía; tenía una cabra que la alimentaba. Sus enemigos veían en la cabra y en el perro encarnaciones del diablo, y quisieron destruirlos. Un malvado mató al can de una cuchillada; otro malvado mató á la cabra de varios garrotazos.

La bruja lloró, gimió y gritó en tono más alto que nunca, lanzando á los espacios la campanada de socorro:

¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

\*  
\* \* \*

Los seres débiles é indefensos se buscan por ley

de necesidad. Había en las inmediaciones un desvalido, un desheredado, un jorobado, un mónstruo, que, lo mismo que la bruja, se nutría de injurias y se abrevaba de ignominias. Vivía en el estercolero de Job, como Job humillado, como Job miserable, como Job paciente. La mujer embrujada buscó al hombre deforme, y juntaron su miseria, sus dolores y su hambre. La comunidad de penas les hizo hermano.

La hembra excomulgada se apoyó en la joroba de su compañero como en un báculo. Quasimodo prestó su jiba á cambio de un poco de amor.

Los campesinos vieron en el jorobado una nueva encarnación del diablo, y quisieron matarle. Cierta día fué el infeliz al mar, y no volvió.

La bruja salió á la puerta, extendió los brazos en dirección de la inmensidad azul, los alzó luego hacia las estrellas, que empezaban á salir titilantes y risueñas, y arrojó su grito, su gran grito de ave herida, la campanada de imploración, alta, desolada, apremiante:

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

\* \* \*

Otro día llegó á la choza un hombre, el primero que osara romper el entredicho entrando en ella. Aquel hombre traía una carta; cuando se fué, sonaron dentro por largo rato lamentos y gemidos desgarradores.

La curiosidad campesina se aproximó astuta como una zorra, feroz como un tigre, y logró averiguar que la bruja, aquella sierva de Satanás, aquella podrida fruta del infierno, tenía un hijo —cosa inaudita!—y que lo había perdido allá en tierras lejanas donde la guerra acababa de devorarlo.

—¡El diablo se lleva lo suyo!. vociferó desde lejos un jayán con vocación de verdugo.

La bruja salió á la puerta, y apuntando con sus

dedos sarmentosos á la enemiga turba de sayones, sollozó por tres veces con sollozo que terminaba en clamor de campanada, altísima, pero fúnebre cual toque de agonía:

—¡Dios! ¡Dios! Dios!..

\*  
\* \*

Ya no mugía como una bestia, lloraba como una madre.

La hermosura trágica del martirio brillaba hasta en sus redondos ojuelos de lechuza, que cambiaron la desagradable fosforescencia en resplandor celeste. El pelambre de su barbilla semejaba más que nunca un puñado de espinas, y espinas también parecían haberle brotado en torno de la enmarañada selva de sus cabellos.

—Acabemos con la obra del diablo,—propuso un mozo, descendiente del sayón que dió á beber hiel y vinagre al Cristo.

Tomó una piedra y apuntó. La bruja cayó para siempre de cara á la tierra, con los brazos abiertos, como quién se abraza á la cruz, gimiendo con su último aliento su eterno grito, ahora campanada de muerte:

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

La noche tomó voz y repitió sordamente: «¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..»





## EL CABALLO BLANCO



QUELLA noche, el sueño no acudía á besar y cerrar los rosados párpados de Luisito, quien, con los ojos muy abiertos, miraba al techo y en el techo veía el cielo. Su imaginación engrandecíalo, dándole magnitud desmesurada, poniendo en el fondo el azul infinito en que vuelan las quimeras. Todo un mundo fantástico de encantadoras figuras y todo un futuro mundo de vagos presentimientos y adivinaciones surgían allá en lo alto, sin llegar á definirse, informes y brillantes, como fantasmas de luz nacidos de la sombra.

Luisito no dormía, porque esperaba una solemne visita: la visita de los Reyes Magos, esos bondadosos monarcas, amigos de la infancia, que vienen puntualmente todos los años á verter sus dones en los zapatitos que los niños, ó las madres de los niños, sacan al balcón. Por allí, por el balcón que se alcanzaba á ver desde su cama, prometíase verlos aparecer, ó cuando menos entreverlos. No era posible que faltasen á la cita, pues jamás, en lo que abarcaba su memoria, —Luisito tenía ocho años— dejaron de acudir exactos y solícitos, con las alforjas bien repletas, al llamamiento de su infantil parroquia. Vendrían, vendrían, sin falta, y había que esperarlos! Inspirábanle una curiosidad tan viva, unos deseos tan grandes de conocerles, de pedirles infor-

mes acerca de su procedencia, historia, antecedentes y familia!

El año anterior, había formado igual propósito, pero al cabo, cansado de esperar, rindió el sueño.

Soñando, vió como entraban en su habitación, con camellos y todo, sin saber por donde, los tres bonísimos soberanos, y como se aproximaban á su lecho, y se estaban mirándole una buena pieza, hasta que, siempre silenciosos, pero al parecer muy satisfechos, apeábanse quedamente uno tras otro de sus descomunales cabalgaduras que allí permanecieron sin moverse, cual si encantadas estuvieran, mientras los regios viajeros venían paso entre paso hasta la cabecera, y por turno daban á Luisito, sin decir palabra, muchos, muchísimos besos en las frescas mejillas.

Hecho esto, procedían á sacar de las alforjas gran número de preciosas chucherías, juguetes de mil formas y tamaños, dulces escurriendo almibar, como salidos de las mismas manos de las hadas, el establo entero de maese Pedro, las caperuzas de Sancho, muchedumbre de cosas, en fin, por todo extremo apetecibles y bonitas. Ibanlas poniendo en grupos, en rimeros, apartándolas con sumo cuidado, para luego distribuir las entre los niños todos del universo mundo, según pensaba Luisito, que aunque dormido, á todo aquel trabajo estaba atento. ¡Y con cuanta ansiedad, con cuanta emoción! Sin duda van á empezar por aquí el reparto, —decíase— y podrá ser que me toque lo mejor del surtido.

Uno de los tres personajes, negro como la pez, pero de aventajada talla y ojos vivísimos, guapote y simpático no obstante la color de su rostro más que moreno, extraía con mucho tiento los innumerables regalos del seno de un saco que, á juzgar por la lentitud con que iba disminuyendo de volumen, inagotable parecía; otro, blanco y rubio, de larga cabellera y distinguida estampa, muy risueño, los tomaba en sus manos, y un tercero, tosco de aspecto, vulgar de semblante, pero envuelto en vestidura no menos lujosa

que la de sus compañeros, depositábalos sobre el piso de la alcoba, donde tanta magnificencia, tanto esplendor y colorines fingían la ilusión de un encantamiento, y los montones no cesaban de extenderse, y el saco nunca se vaciaba.

Luisito seguía con la intensa doble vista del sueño el teje maneje de los Reyes Magos. ¡Dios, qué preciosidades! ¡qué cúmulo de pequeñas maravillas! ¡que número incalculable de pequeñas menudencia! Si le dieran á escoger, no acertaría á fijar su elección, porque estaba viendo prodigios.... Vamos, que no podría. Bien quisiera tener unos brazos enormes para quedarse con todo ello entre los brazos. Al fin y al cabo, qué les había de importar á aquellos señores tan ricos?

Renovarían el repuesto, y si algún niño se encontraba sin su correspondiente parte, que se fastidiara y esperase á otro año.

De pronto reparó Luisito en un hermosísimo caballo, blanco y arrogante como el corcel de Santiago apóstol, que muchas veces había visto, en místicos cuadros, entre nubes, orgulloso de llevar el peso de su santo batallador caballero. Erguido sobre un montoncillo de juguetes, con las opulentas crines tendidas, la amplia cola rozando las figurillas que le servían de sustentáculo, el ojo encendido en ardor bélico, las narices dilatadas, todo el esbelto cuerpo dibujándose níveo en la penumbra poblada de otras cien formas indecisas, parecía decirle: Móntame, móntame.... Al niño figurábasele que se movía, que iba por momentos á piafar, á relinchar, á emprender un medio trote en derredor de la estancia.

Y fué precisamente en este instante cuando uno de los tres magos, el más rubio, el más guapo, el más fino, el más amable, se apartó de sus colegas, cogió á bulto de entre el hacinamiento de los regalos unos cuantos juguetillos, un polichinela, dos pastores, un borriquin, lo que en el hueco de la mano pudo caberle, aproximóse á la cama de Luisito y después de darle un último y prolongado beso, díjole: —Para tí...

chiquillo, para tí.... Luisito, despechado, quiso juntar todas sus fuerzas para gritar.-«Quero el caballo,» «dáme el caballo».... Mas al mismo tiempo que abría los labios, abrió los ojos: despertóse mirando á todas partes, apretando los puños como si en ellos guardara la realidad de un sueño desvanecido.

El día, que había hecho irrupción en la estancia, ahuyentó las hermosas, adorables visiones.

Su madre se le acercó sonriente y le entregó de parte de los Reyes Magos un mico muy feo y muy antipático.

El niño rompió el menguado juguete, y lloró de rabia.

\* \* \*

Esta vez Luisito había decidido permanecer despierto hasta que los Reyes vinieran. Quería á toda costa verlos, pedirles, de entre lo mucho bueno que trajesen, lo que más le solicitase el gusto. Dirigírase á aquel señor, rubio como unas candelas, el más buen mozo, el más amigo suyo, según las muestras de cariño que le diera. Seguro estaba de que le traería algún presente espléndido, un caballo, blanco ó negro, pero no menos hermoso y arrogante que el de marras.

Luisito, sintiéndose ginete, ambicionaba con grandísimas ansias un caballo.

Al través de los cristales del balcón filtrábase un rayo de luna, pálido y frío, que llegaba moribundo á la cama del niño, después de arrastrarse perezosamente sobre los muebles de la pieza contigua donde su escasa claridad deshacíase en ténues fosforescencias. Allí clavaba el pequeñuelo su mirada inquieta, esperando la misteriosa aparición. Por su cuenta, no tardarían en llegar. Había contado varias horas, y las 12 debían estar al caer.

De vez en cuando, una mujer, joven y bien parecida, viniendo de la inmediata estancia, se aproximaba de puntillas al lecho, inclinábase y observaba

atentamente al niño con marcada expresión de inquietud en los brillantes ojos. Era la madre—¿Cómo es eso?— exclamaba. ¿Despierto todavía?... Mientras no te duermas, no vendrán los Reyes, y si vienen volverán á irse, sin entrar.... Duérmete, hijo mío.

Luisito sospechó que le engañaban, y sospechó más, en su infantil malicia: sospechó que el año anterior, también le habían engañado, que aquel mico horrible que le ofreciera su mamá en nombre de los Magos, no podía ser el regalo de los buenos monarcas. A su sueño se atenía. Aquel mico no era para él. Para él serían los juguetes que vió en manos del Rey rubio y guapo. ¡Y bien seguro estaba de haberlos visto!

En consecuencia, determinó dormirse y no dormirse, engañar á su madre como su madre lo había engañado: propúsose, el picarillo, hacerse el muerto, hacerse el dormido. Firme en su propósito, cerró los ojos y se estuvo quietecito, sin mover pie ni mano: pero á través de los mal cerrados párpados lo veía todo. Cayó la madre en el lazo, y disipóse por encanto la inquietud que hasta entonces mostrara en su rostro.

Ella también parecía esperar, como el niño. Iba y venía de una á otra estancia, del balcón al lecho diminuto. Y esperando ambos, á deshora se abrieron las puertas de cristales, el rayo de luna se convirtió en raudal de claridad pálida y, junto con la luna, entró un hombre: rubio, apuesto, risueño. Luisito estuvo á punto de dar un grito que le comprometiera. Había abierto los ojos, y le había reconocido: era él, su Rey Mago! No le cabía la menor duda. Pero lo más extraño, lo que el niño no pudo comprender, fué que el Mago abrazaba y besaba á su madre en la vecina habitación! Sonaban muchos besos, y muy repiqueteados! Luisito experimentó un sentimiento amargo que no supo explicarse, ni era natural que supiera: algo así como celos. Y luego, observando que los dos se acercaban cogidos del brazo, tornó maliciosamente á fingirse dormido.

Avanzaron hasta la cabecera del pequeño lecho, y permanecieron largo rato en contemplación extática.

—¡Mírale que hermoso! dijo ella.

—¡Pobre ángel! murmuró él.

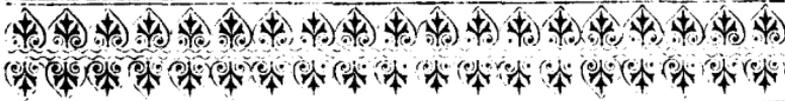
Se encorvó y, después de cubrirlo de besos, que á Luisito le parecieron glaciales, colocó suavemente bajo la almohada, junto á la cabecera del niño, un juguete precioso, un bonítisimo caballo blanco.

.....  
Luisito amaneció abrazado al caballo.

Y cuando su madre, llena de solicitud, acudió á felicitarle por el magnífico regalo que los Reyes le habían hecho, díjole con toda la picardía del mundo:

—¡Te fastidié, mamáita! Anoche, yo no estaba dormido cuando entró el Mago; fingía dormir para que no me engañaras. No vino más que uno, sin camello. Por cierto que debe de quererte mucho, porque te besaba y abrazaba de muy buena gana!





## EL SUICIDIO

---

**E**N un grupo de contertulios del café de la Regencia se comentaba vivamente el suicidio del conde de las Aguilas, antiguo y asiduo concurrente á aquella reunión, que era un ruidoso cenáculo donde se enredaban y emborrascaban frecuentes disputas.

Nadie sabía, ni podía conjeturar siquiera, porque se había matado el conde. Joven, rico, bien quisto de la sociedad, casado con una mujer encantadora que le adoraba, en posesión de cuantas satisfacciones brinda la existencia á los privilegiados, teníaese por hombre dichoso y solía presentársele como modelo de una ventura sin alternativas y sin límites. Sus amigos acostumbraban decirle cuando le veían aproximarse:—Ahí viene el afortunado. Y cuando se marchaba, decíanle:—Adiós, niño mimado de la fortuna. Todo lo cual no evitó que un buen día el niño mimado de la fortuna renunciara á seguir siendo feliz. Un disparo certero le libró del peso de tanta dicha. No dejó nada escrito, y el caso de su muerte voluntaria aparecía obscuro, indescifrable, aún para sus íntimos, quienes se devanaban los sesos en indagación de las causas ocultas de *medida tan extrema*.

Suicidios como ese, sin motivos aparentes que los expliquen, se dan muchos. Creeríase que unos hacen por exceso lo que otros hacen por defecto.

\*  
\* \* \*

Los tertulianos del café de la Regencia, después de haber comentado el hecho reciente, se enfrascaron en consideraciones morales y filosóficas sobre el suicidio en general. De la realidad inmediata se elevaron á la teoría, y repitieron los eternos argumentos con que el vulgo condena al suicida. Varios de los presentes emitieron opiniones radicales é inflexibles—El suicida—dijo uno,—es un cobarde. Retrocede ante la desgracia, el dolor y el desencanto: por eso se mata. Suelta la carga que lleva, que abrumba sus hombros, y huye. Lleno de miedo se refugia en el cementerio.

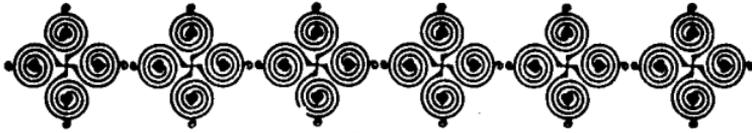
—No, replicó otro,—no es cobarde. Es un valiente, un héroe. Fijáos en que el valor se mide por el desprecio de la muerte: aquél que en fuerza de despreciarla, la desafía, la llama, la persigue, se le entrega, agota la capacidad del valor humano.—Es un loco;—opinó el de más allá;—sólo en un raptó de locura se concibe que pueda el hombre hacer renuncia de la vida, su único bien positivo, que hasta las bestias defienden. Prescindo del criterio religioso: basta sentir en sí mismo la dictadura natural y universal del instinto de conservación, para comprender cuan irresponsable, cuan insano es el suicida.—Pues yo, señores, le diputo por tonto,—declaró otro de los circunstantes. Cuando me pesa demasiado el fardo de las penas, lo sacudo, lo descargo; siempre sostendré que, aún en lucha perpétua con el mal, es bueno vivir.

—Es un desgraciado,—asentó el más anciano con tono que no admitía réplica. Cabe dudar de su valor, de su cobardía, de su locura, de su necesidad; lo que no admite duda es su desdicha. Esto sí que

resulta cierto de toda certidumbre. El conde, á quien conceptuábamos muy dichoso, se ha suicidado porque llegó un momento en que hubo de juzgarse en extremo infeliz, y, loco ó cuerdo, atentó contra sí mismo. Está sola consideración le recomienda á la misericordia divina y al respeto de los hombres.

Yo me he visto también á dos dedos del suicidio y conozco un poco la psicología del suicida. Un detalle inesperado hizo que la sentencia no se consumara ni el drama se cumpliera. Iba á matarme, porque me sentía horriblemente desgraciado á causa de una serie de circunstancias adversas con cuyo relato no he de afligiros. Básteos saber que mi resolución era irrevocable, y que todo estaba preparado para el desenlace fatal: escritas las cartas de despedida, la pistola cargada al alcance de mi mano sobre la mesa de mi gabinete. ¿Qué faltaba? Una inestimable fracción de tiempo en la cual se consumaría la catástrofe. Precisamente en ese segundo supremo, ví descorrerse el cortinón que separaba mi despacho de la pieza contigua, y aparecer una mujer, la mía. Silenciosa, lívida, rápida como el pensamiento, cogió el arma, se asomó á una ventana que daba al jardín, y la descargó. Sonaron varias detonaciones, un pájaro que tenía su nido en un árbol próximo cayó muerto, y ella, mi esposa, me dijo con acento de dulce reconvencción:—¡Mira el daño que he hecho! ¡Calcula ahora el que hubieras hecho tú matándote! Si te vuelve la idea, acuérdate de mí, de nuestros hijos, *de nuestros pájaros!*

Desde entonces cesé de ser desgraciado y, por consiguiente, de pensar en el suicidio. Vivo para mi esposa y para mis hijos: si ellos me faltaran viviría para la humanidad.



## EL MAL DE TODOS

.....

(Cuento filosófico)

**E**l azar determinó que se reuniesen en un sitio, no nos importa donde ni tenemos para que averiguarlo, un ciego, un sordo-mudo y un mutilado de todas las extremidades.

Arrastrábase este último sobre los muñones desgastados y lívidos, horrorosos de ver. Semejaba un reptil con rostro humano. Cuando sentía fatiga de arrastrarse recogiendo en su cuerpo informe las miserias todas del suelo, se sentaba apoyado en los restos de sus piernas y extendía los restos de sus brazos, y luego los cruzaba y los oprimía contra el pecho, cual si quisiera imprimir en la carne la señal de una cruz de San Andrés.

Miraba fijamente delante de sí un punto para los demás invisible. Con los que fueron brazos y ya no eran sino trozos de cortados miembros, lo señalaba, y á cuantos hallaba á su paso, les decía:—¡Allí, allí!

De esta manera trabajosísima, á rastras siempre, llegó donde el ciego y el sordo-mudo habían

llegado antes que él. El ciego se llevaba las manos á las vacías cuencas y repetía, afanoso, el grito del inválido:—¡Allí, allí...!

*¡Allí, allí!..* expresaba por señas el sordo-mudo.

*Allí*, ¿qué era? Era la fórmula del anhelo de los tres. El ciego ansiaba la vista, el sordo-mudo la palabra, el inválido el movimiento libre de sus remos para poder andar por el ancho mundo sin tener que rozar la tierra con su tronco desmembrado.

\* \* \*

Los tres no formaban un hombre completo. Reunidas sus imperfecciones, no daban una integridad. Cada uno significaba la ausencia de un órgano importante, de una función capital de la vida. Hubiera sido necesario que uno recibiera de los otros lo que le hacía falta para la integración de su persona física, y entonces los otros dos seguirían siendo imperfectos.

*Soñaba el ciego que veía...* Al despertar de su ilusión gritaba, desesperado: ¡para vivir de esta suerte prefiero morir! Imaginábase el sordo-mudo el valor del lenguaje hablado ó escrito, y con gestos elocuentes daba á entender la tortura que sufría por no poder escribir y, sobre todo, hablar. El inválido, cada vez que emprendía su marcha reptílica, lanzaba una blasfemia. Los tres desgraciados eran presa de la más negra desesperación.

Resolvieron suprimirse. La casualidad, no..., la Providencia, hizo que se encontraran en el puente de los suicidios (ahora recuerdo que fué en aquel lugar donde se encontraron). El ciego dió con el puente por instinto, sin lazarillo que le guiara. Lo conocía, lo había cruzado muchas veces, y otras tantas había pensado arrojarse desde el parapeto, sin atreverse á cumplir su propósito. El sordo-mudo ya estaba allí, y, poco más tarde, los dos vieron llegar (es decir el

ciego no lo vió, *lo sintió*), al inválido que comparecía fatigadísimo después de haberse arrastrado una hora por entre polvo y guijarros.

Pasó junto á ellos un hombre, *un filósofo*, que les adivinó la intención pecaminosa en la cara y les preguntó compasivo:—¿Qué vais á hacer?

—Ser humano que disfrutas de la plenitud de tí mismo, —respondióle el inválido, —vamos á matarnos porque la vida, con la privación de sus mejores goces, nos pesa demasiado. Sigue tu camino, y no estorbes el cumplimiento de nuestro deseo. No impidas nuestro rescate; déjanos extinguir nuestra humillación y nuestra pena extinguiéndonos.

—¡Matarse por no tener expedito el uso de los sentidos, por ser deforme ó por ser imperfecto? ¡Qué locura! El mal se ha extendido sobre la tierra como un nuevo diluvio universal. Tú no lo ves, ciego, aunque lo adivinas; tú no lo oyes, sordo, y tú no puedes, inválido, cooperar á él con tus energías físicas, porque eres tan sólo la lastimosa ruína de un organismo; pero yo, físicamente íntegro, estoy moralmente cogido en sus redes, soy su cooperador y su víctima. Aquello en que vosotros colocáis la felicidad, á mí me hace infortunado; el revés de vosotros, me placen la mutilación y la imperfección. ¡Sáquenme los ojos, obstrúyanme los oídos, extirpenme la lengua, desmiémbrenme los brazos y las piernas!





## LA PAZ DEL EDÉN

**C**IERTO monarca fué una vez á visitar uno de sus más lejanos y más hermosos dominios. Era una tierra plácida y placentera, besada cariñosamente por el mar, acariciada por el cielo con suave luz, oreada por unos aires sanos y puros, favorecida con profusión de espléndidos dones. Su clima dulcísimo invitaba á vivir largo y bien. Su natural riqueza manifestada en frutos mil de jugosa substancia, hacía la vida fácil. Al través de sus campos las flores sonreían en toda estación, y en todo tiempo los pájaros cantaban. Los sepulcros se abrían en medio de jardines, y en los cementerios la Naturaleza triunfaba sobre los despojos de la muerte, renaciendo sin cesar, desplegando, á los rayos de un providente sol, sus galas.

La fama de aquella región excepcionalmente bella, habíase extendido muy lejos. Gentes curiosas, enfermos desahuciados, turistas ricos y ociosos, paseantes del mal del hastío que roe implacable en el seno de tantos hombres de nuestra época, iban allá en continuo peregrinaje para reposar, para vivir tranquilos, para restaurar los bríos exhaustos, para reconquistar la creencia en la felicidad humana, perdi-

da durante las bregas de la lucha universal, cada día más dura. Y, con efecto, allá se ponían la efímera corona de la felicidad. Aun cuándo estuvieran á punto de morir, sentían el placer de vivir, que subía de las cosas á las almas...

—Deben ser muy felices aquellos moradores de un suelo edénico bajo la dulzura de un ambiente tibio y caricioso,—pensaban los que, rendidos por la pesada ley de la existencia moderna, gemían y suspiraban en países inclementes, esclavos de la desgracia, siervos de la enfermedad. Deben ser muy pacíficos, puesto que la paz de la naturaleza les rodea.

Y aspiraban á visitar el nuevo Paraíso, como el condenado aspira á la gloria. Pero los que lo visitaban, volvían desencantados, diciendo:

—No, no está allí el reinado de la paz. Allí la discordia, los rencores y las pasiones sin freno, estorban, como en todas partes, la dicha de los hombres. Los que de fuera van á buscarla, la encuentran; pero los de dentro, por torpes y por apasionados, no la encontrarán jamás. Pasan junto á ella sin verla, y, bajo la paternal mirada del sol, se hostilizan y se odian. Aquellas hormigas, enemistadas y enfurecidas, se han empeñado en destruir su hormiguero. Su rencoroso afán esteriliza su virtud laboriosa. Les falta el sentido doméstico, el espíritu solidario. Hábiles en el acarreo, son incapaces de concebir y realizar la armonía moral.

Esto decían los viajeros imparciales que habían hecho estancia en el Eden nuevo. Y el Rey entró en ganas de ver por sus propios ojos las bellezas que el Eden contenía.

\* \* \*

Penetró en el país bajo arcos de triunfo fabricados con flores, pisando alfombras de flores formadas... Las pompas regias en que marchaba envuelto,

se eclipsaron; se eclipsaron ante las pompas de aquella naturaleza... En las campiñas, Ceres le ofreció su henchido cuerno, Flora le deshojó las primeras margaritas y las primeras amapolas. De las ondas y de los boscajes, un himno se elevó que el Soberano tradujo libremente en fervor monárquico. El sol le puso una diadema de oro, y las mansas auras le besaron con sumiso acatamiento los reales pies...

El rey, joven, risueño, cautivo en el idilio del primer amor, hubo de sentir el gozo pleno de los simples mortales cuándo se abandonan á la posesión y á las caricias de la madre Natura.

Y hubo de pensar lo que otros habían pensado antes:

—¡Cuán dichosos, cuán apacibles, serán los que aquí moran!

Pero sus ojos se fijaron cuidadosos y sus oídos se abrieron atentos. Y vió y oyó lo que no había adivinado.

Vió señales de la honda turbación, del crónico malestar, de la enemiga sañuda que á aquellas gentes tenían agitadas. Oyó que de los grupos en que estaban divididas partían voces que exclamaban en doliente tono de irritación y recelo:

—Callad vosotros. Es necesario que á nosotros tan sólo nos escuche. Señor, dignáos mirar hacia esta parte, y advertid que la Verdad únicamente entre nosotros se halla.

El Rey, que era discreto y avisado, aunque todavía muy mozo, comprendió lo que veía y lo que oía.

—Yo no sé --pensó,--donde estará aquí la Verdad; pero lo que es la Paz, no está en ninguna parte.



## LOS REYES MAGOS

**N**o hay placer comparable al placer melancólico de evocar las visiones de la infancia, cuando se ha convertido en rocío de lágrimas toda la poesía de la vida. Es como recordar por la tarde, cercano ya el crepúsculo que pone triste á la naturaleza y hace llorar á las cosas, la alegre sinfonía de la mañana. Es como oír desde la montaña, rodeados de la gravedad de la altura, el delicioso y lejano concierto que sube del valle.

Miramos lejos, lejos, salvando inmensas distancias imaginarias, y percibimos envueltas en girones de dorada niebla imágenes, formas, figuras celestialmente ideales. De ese remotísimo mundo entrevisto desde la cumbre, donde reina el frío y donde empieza á condensarse la noche, llega hasta nosotros una música confusa pero divina. Allá cantan nuestros recuerdos como pájaros que extienden gozosos sus alas bajo la caricia del rayo de sol. Allá los ensueños se tiñen de rosa, y las ideas, puras y serenas, tienen brillo de alborada. Encanto indefinible de lo que amanece, sublime candidez de lo que nace.

A veces se da en nosotros un milagro por virtud

del cual vemos amanecer de nuevo. El milagro lo realizan la imaginación y la memoria, facultades dotadas de un poder mágico; su conjuro omnipotente hace revivir la niñez en escenas idílicas que amenizan con una evocación de grata melancolía, por un momento, nuestras luchas civiles, nuestras luchas dramáticas. La edad dichosa se muestra en la última lejanía del pensamiento, y recordándola, reconstruyéndola, exclamamos como Otelo ante sus venturas muertas: *addio, sante memorie*.

Digámosles adiós, sí, pero saludémoslas. Detengámonos á mirar como brotan y viven un día, y mueren rápidamente, marchitas á la primera helada, esas flores del corazón. Yo me deleito en recordar el tiempo—;cuán lejano, ay de mí, y cuán fugaz también!— en que toda mi felicidad estuvo encerrada en un *zapato*: en el zapato de los Reyes Magos. Ese zapatito puesto al balcón por las manos de las madres para que los dadivosos monarcas viajeros lo llenasen de ofrendas, constituye y es, en su prosáica bajeza, el más bello de los símbolos.

A pesar de su pequeñez, puede guardar todo lo que anhelan y todo lo que atesoran las imaginaciones infantiles: deseos vagos, codicias sencillas, aspiraciones indeterminadas á algo que por lo pronto se cifra en un juguete, en una golosina, en un muñeco, en un gracioso é inofensivo capricho satisfecho; pero que aumentará en capacidad conforme aumente la ambición en gérmen, cuya medida ha colmado. El zapato crecerá, llegará á tomar proporciones monstruosas. Más tarde no bastarán á llenarlo todos los presentes de la suerte, todas las dádivas de la fortuna, todos los frutos de la conquista del mundo que el niño, hecho hombre, afanoso perseguirá.

Para algunos el zapato de los Reyes Magos se transmuta con el tiempo en cuerno de la abundancia; para otros, los más desdichados, ni se llena durante la noche clásica de la venida de los andariegos soberanos, ni después, ni nunca. No encuentran en su peregrinación por la tierra el zapato de sus ambiciones.

Otros, que empezaron á andar descalzos y no tuvieron ni unos malos chanclos que ofrecer á la liberalidad bondadosa de Gaspar, Baltasar y Melchor, luego se calzan á medida de su deseo, pónense botas desmesuradas.

El símbolo cambia, pero sin destruirse; el zapatillo de pie infantil, nido de candorosas ilusiones, colgado del balcón por la desvelada solicitud materna para que lleven en él los dones propios de la infancia, viene á convertirse en receptáculo insondable de los despojos del botín humano. Se ensancha infinitamente, y en su seno, donde se arrullaron palomas, escóndense víboras.

¡Pobre niño el niño que carece de zapato en que poner su pensamiento y su esperanza la víspera de Reyes! ¡Pobre niño el niño que se duerme aguardando la llegada de los generosos monarcas y al despertarse encuentra vacío su zapato roto, desierto y helado su hogar! Más infeliz todavía que aquél que ni siquiera tiene en qué fundar el inocente anhelo porque duerme con los pies desnudos, cual bestezuela abandonada á la intemperie.

Tan grande como la credulidad es la potencia imaginativa de los niños en su espontánea fuerza creadora. Encarnan, materializan las ideas que les sugerimos, prestándoles formas familiares. No sólo creen en los Reyes Magos, sino que los ven, jinetes en sus camellos, desfilando magestuosamente por la línea del horizonte ideal. Todos los hemos visto así, todos los hemos implorado, y la impresión de su advenimiento entre fantásticas claridades aún dura en nosotros.

¿Quién no recuerda la *féerie* mística de la misa del gallo y el cuadro patriarcal de la cena de familia allá en los tiempos primeros y venturosos en que la Nochebuena era de verdad una buena noche? ¿Quién no recuerda como el tránsito rápido por un paraíso el paso de aquellos años en que los Reyes Magos acudían á la cita de nuestra niñez sencillamente códiciosa y nos dejaban llenos de regalos nuestros zapatito?

Las primeras impresiones de la existencia cambian, los símbolos se transforman, pero no perecen; seguimos esperando nuestra nochebuena, seguimos esperando nuestros Reyes Magos...

Lo que hay es que ya no existe medida para el deseo; las ansias vagas se han concretado en ardientes apetitos, queremos el dinero, el amor, la fortuna, la gloria, sabemos lo que queremos. Y los Reyes Magos no se nos ofrecen como creaciones de la fantasía, sino que se nos esquivan como realidades inasequibles. De niños, cuando los concebíamos idealmente, acertábamos á darles humana apariencia; de hombres, cuando los concretamos en fines humanos, no sabemos llamarlos más que con estos nombres: gloria, fortuna, felicidad, amor...

Antes tenían para nosotros rostros conocidos y benévolo, vestíamos de galas orientales á tres individuos de nuestra mayor familiaridad, y éstos eran los Magos que venían á custodiar nuestro sueño la noche de Reyes y á llenar nuestro zapatito. Ahora, son indefinibles é ilimitados como el deseo...

No pueden llenar nuestro zapato.





## UN HÉROE (1)

**G**N ambas orillas del Plata se conserva vivísimo el recuerdo del naufragio del vapor *América*, á pesar de haber transcurrido cuarenta años desde que ocurrió. Las familias que entonces vistieron luto por consecuencia de la catástrofe, al llegar la fecha del fúnebre aniversario, anualmente lo renuevan durante un día.

El *América* era uno de esos vapores fluviales que hacen viaje entre Buenos Aires y Montevideo, viaje por lo común rápido y feliz. Construídos á propósito para la navegación de río, con espaciosos salones sobre cubierta, comedores espléndidos, cámaras lujosísimas, servicio inmejorable, tales buques representan el summum del confort. Viajar en ellos es hacer una excursión de recreo. Se come á los sonos de una buena orquesta, se duerme sobre blanduras voluptuosas, y se despierta teniendo á la vista la soberbia capital de la Argentina ó la bella capital del Uruguay.

El *América* había salido de Buenos Aires con gran número de pasajeros; llenos estaban sus camarotes, y mucha gente tendría que dormir sobre los bancos de popa. El pasaje componíase en su ma-

(1) El hecho sublime que refiero es histórico.

yor parte de séres dichosos que viajaban por placer: capitalistas, estancieros, familias patricias, parejas de recién casados que paseaban á través de las ondas tranquilas del estuario su apenas principiado idilio. Iban á las fiestas de Montevideo con ánsias de divertirse, libres de preocupaciones, de temores y cuidados.

El Plata justificaba aquella noche plenamente su nombre opulento. Sierpes de luz bailaban en su superficie, enroscándose á las grandes ruedas del vapor que parecia un gigantesco carro triunfal empujado por las brisas. Bajo el beso de la luna la suave corriente brillantábase y era como de plata en fusión. A bordo se cantaba, se bailaba y se conversaba de cosas alegres, mientras la nave, no corría, volaba río abajo.

Poco á poco fueron apagándose los rumores, calló el piano, cesaron las canciones placenteras, y reinó el silencio, un gran silencio lleno de confianza. Los últimos rezagados se ausentaron, en demanda de la litera. El capitán dejó su observatorio, muy satisfecho.

Y el vapor prosiguió su ruta, como un inmenso carro triunfal.

\* \* \*

De pronto, 'un grito, grito horrible, el más horrible que en circunstancias tales puede lanzar la lengua humana, despertó á los que dormían y espantó á los que velaban. ¡Fuego á bordo!

¡Fuego! ¡fuego! ¡fuego! Cien voces repitieron el clamor angustioso que crecía en intensidad al propagarse, como las mismas llamas, dueñas ya del barco. Era éste una pesada construcción de madera, con varios pisos sobre la línea de flotación, por lo cual ardió prontamente. Las ondas del Plata se enroje-

cieron y alborotaron en torno del *América*; las sierpes luminosas trocáronse en regueros sangrientos, el pobre barco crujía, próximo á deshacerse en llamaradas. Más allá de aquel círculo encendido la luz purísima de la luna seguía jugando con las aguas dormidas, bordándolas de brilladoras lentejuelas.

El incendio, cuyo origen nadie sospechaba, propagóse con rapidez increíble. Empezó el tremendo *sálvese el que pueda*, la lucha cuerpo á cuerpo, las atrocidades de la bestia humana privada de razón y entregada por completo al instinto animal, el drama innoble de los supremos egoísmos. Cada uno aferrábase lo que podía hallar á mano, y se lanzaba con ello al río. Los salva-vidas desaparecieron, disputados á mordiscos, á puñadas, á navajazos, á tiros. Y en la confusión, muchos que pudieron salvarse perecieron, víctimas de su propio atolondramiento, como suele ocurrir en los naufragios.

Pero en medio de tanta pequeñez *humana*, hubo un héroe sobrehumano.

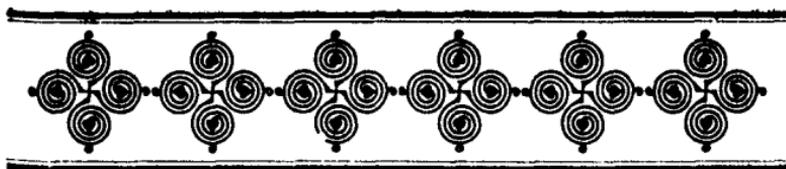
Provisto de un salva-vidas que había cogido desde los primeros momentos iba á echarse por una borda, cuando reparó en una conmovedora escena que le detuvo. Una joven bellísima, poseedora de otro salva-vidas, resistíase á abandonar á su marido que la apremiaba para que le dejase y se salvara.

—No, no—gritaba la desdichada,—los dos ó ninguno.

Aquel hombre no vaciló un instante. Acercóse al grupo, desciñóse el cinturón de seguridad, y lo ofreció al desconocido, diciéndole sencillamente:

—Sálvese Vd.; la juventud ama la vida, y es natural que la ame. Yo he vivido ya demasiado para tener empeño en conservarla.

Y se arrojó al río, sin esperar la respuesta.



## LAS MUJERES SABIAS

(Arreglado del francés)

**I**NTERIOR burgués. Mobiliario rico y elegante, pero mal cuidado.)

*El caballero (lleno de impaciencia, rebusca en los cajones de su cómoda.)—¡Por vida de...! Lo de siempre, cuando me urge salir! ¡A la camisa le falta un botón!... ¡Lucía! ¡Lucía!.... Pero ¿donde diablos se ha metido esa criada? Vaya, iré á que mi mujer me saque de apuros.*

\* \* \*

*La mujer, en su biblioteca, rodeada de infolios, trabaja en una obra monumental. Redacta para la Academia una gran Memoria sobre este tema peliagudo: «De las diferentes formas de la liga en tiempo de Semíramis.»*

*El caballero, muy amable, llevando la camisa en la mano.—Vamos á ver, amiga mía, ¿tendrás la amabilidad de pegarme un botón?*

*La señora.*—¿Qué dice usted?

*El caballero.*—Te preguntaba si...

*La señora con mucho énfasis.*—Caballero, no olvide usted que soy doctor en letras...

*El caballero.*—¡Ay de mí, harto lo sé!...

*La señora.*—... antigua alumna de la Universidad Central, laureada, miembro de varias sociedades científicas, autora de...

*El caballero.*—Estoy en ello!.. Estoy en ello!

*La señora.*—Y pretendería usted que... (en tono de desprecio soberano) no sabe V. con quien habla.

*El caballero, tímidamente.*—Bueno, pues díme al menos donde está la muchacha.

*La señora.*—En la Universidad.

*El caballero.*—¡En la Universidad!

*La señora.*—¿De qué se extraña usted? Hoy debe presentar la tesis.

*El caballero, espantado.*—Entonces, mi camisa?...

*La señora, ya nerviosa.*—¡Ea, déjeme V. en paz!

*El caballero, resignándose.*—Bien mirado, para todo hay remedio. La cocinera ha de saber pegar un botón.

(Sale.)

\* \* \*

*En la cocina.*—Los hornillos, encendidos. A un lado una cacerola que despide olor infecto; al otro, retortas y alambiques.

*La cocinera, examinando el contenido de una probeta.*—100 H 05, sin embargo estoy segura de que esta es la fórmula!... Acido nitro-cianídrico, protoxido de hidrógeno...

*El caballero, entrando.*—Eufrasia, pégueme V. este botón.

*La cocinera, mientras agita su probeta.*—Vea V. como la combinación se lleva á cabo... No falta más que el reactivo... Dónde estará?

*El caballero, presentándole la camisa.*—¡Tome usted!

*La cocinera.*—No... mi sulfidrato de amoniaco... Ah! ya recuerdo.. Sin duda lo hube de echar en el asado.

*El caballero, con terror.*—Pero V. se ha propuesto envenenarnos á todos!

*La cocinera.*—Eso no vale nada. Lo que me contraría es que he debido echar las zanahorias en el alambique. ¡Válgame Dios! otra experiencia fracasada!

*El caballero, disparándose.*—Palabra de honor! Me parece á mí que que todas las mujeres del día han perdido el seso.

(Se va.)

\* \* \*

*Cuarto de los niños.*—*Las criaturas gritan hasta enronquecerse y se tiran recíprocamente de los pelos. Indiferente á todo, la nodriza, como en éxtasis, con los ojos extraviados, inspirada, transfigurada, compone una elegía.*

*La nodriza, declamando:*

Oh, noche! oh noche! esplendores firmamentales!

Luna! astros errantes! estrellados cielos!...

*El caballero.*—Tampoco V., Juana, sabrá coserme un botón?

*La nodriza.*—¿Qué botón ni que garambainas?... eso no puede rimar con *tales* (continúa).

«Luna! astros errantes!...

Necesito absolutamente una palabra que concierte con *tales*.

*El caballero, alzando los brazos desesperado.*-- ¡Hasta la nodriza!... El diablo cargue con todos!

\* \* \*

*Sale furioso y corre a casa del director de una agencia de publicidad.*

*El caballero, muy excitado.*—Esto no puede seguir así!... Haga V. poner en todos los diarios un anuncio que diga, poco más ó menos:

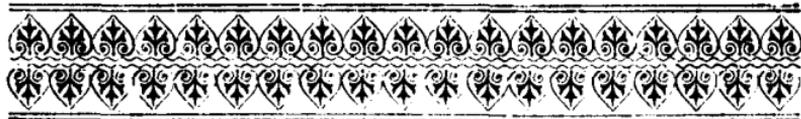
«Se solicita, para casa burguesa, una niñera que no sepa leer ni escribir, 500 francos mensuales y buenos gajes.»

*El Director.*—Qué no sepa leer ni escribir? Pues no es nada lo que usted me pide... Como si pidiera un mirlo blanco...

*El caballero, insistiendo.*—Pero si...

*El Director.*—Pero si hubiese una como V. la pide, una siquiera... Pierda V. cuidado, no se la habla de ofrecer á V. ni á nadie... ¡Me casaría con ella!





## ¡MASCARAS! (1)

**N**o se equivocó *Figaro* al decir: *Todo el año es Carnaval*. Sí; todo el año hay máscaras, porque es farsa toda la vida. El histrionismo universal ha hecho inútil el uso de la careta; ¿á qué taparse el rostro cuando verdaderamente en él no puede leerse sino lo que nosotros permitimos que se lea?

Y lo que nosotros dejamos leer es bien poco. Cada vez se esconde más el alma y adquiere mayor movilidad el semblante, que lo expresa todo sin expresar nada. El exceso de expresión viene á significar la falta de *sinceridad* expresiva. No sentimos lo que expresamos, y en cambio—la cosa me parece clara—expresamos lo que no sentimos. Las pasiones humanas intérnanse, haciéndose más intensas; el mar interior deja de subir á nuestros labios en amargas espumas, pero nos sofoca y nos mata. ¡Ah, si hubiera unos rayos X que exteriorizaran el fondo misterioso del hombre!

Mirad arriba ó abajo, donde queráis. En cualquier parte habréis de ver caras que os presentan una apariencia engañosa, disfraces variadísimos fingidores de la virtud, de la bondad, de la rectitud, del

(1) Publicado en *Nuevo Mundo*, con ilustraciones de Enciso.

sentimiento religioso, del valor, del honor; hasta la belleza se falsifica con el auxilio de la química.

Tenemos mujeres hermosas que brillan á la luz artificial como magnificas obras de arte y se deshacen á la luz del día como creaciones fantásticas del sueño. La alquimia moderna las ha rehecho, *prestándoles* lozanas y verdores juveniles, seductor colorido, tersuras deslumbradoras, aires de diosas, encantos de sirenas. Cuando cumple el *préstamo* y la Naturaleza recobra lo suyo, la fascinación truécase en espanto. Aquí yo pediría al artista encargado de ilustrar esta pobre página, por servir las tendencias gráficas del periodismo contemporáneo, que ensayase la reproducción de ambos tipos femeninos.

¡La mujer *plástica*, producto del arte, y la mujer *real*, como Natura, inclemente, formóla! ¡Buen tema para un dibujante, buena ocasión de mostrar por modo práctico como el arte puede, en casos especiales, vencer á la Naturaleza y superarla. En cuanto á lo moral femenino, ¿quién podría desentrañar sus arcanos profundos, quién podría decirnos lo que en realidad vale la sonrisa de la mujer, lo que significan sus enojos y sus caricias y sus promesas? Cuando ella se cubre la faz es cuando verdaderamente se descubre; cuando se pone la careta es cuando se la quita. Ponédsela á la segunda de las dos figuras esbozadas más arriba con cuatro rasgos, y tendréis una verdad. No he menester decir que trato tan sólo de una clase de mujeres, de las que fingen amor y no aman más que á sí mismas.

El curandero político, anunciador y propagandista de panaceas infalibles para curar la patria, lleva también careta. Es un actor en perpétua *actuación* en el teatro del mundo. Como mente sin tregua, sólo puede taparse la cara para ser sincero, contra su costumbre; de modo que, si alguna vez se disfraza, deja en realidad su disfraz permanente y se reconoce, se confiesa. Puesto que habla á cada momento de ideales de libertad, de justicia, de regeneración, de todas esas cosas grandes, ausentes de su pensamien-

to y de su espíritu, en frases sonoras que nadie cree y que apenas nadie escucha, enmascarado va por todas partes.

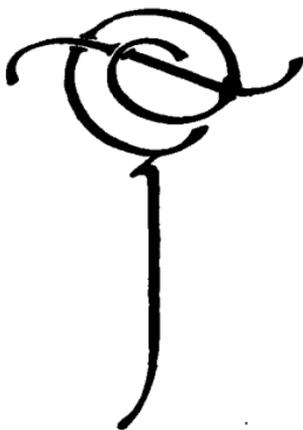
Al enmascararse materialmente, si quiere darnos un bromazo, deberá decirnos todo lo contrario; entonces le creeremos. Deberá decirnos que toma la política como un negocio y la practica como una farsa, que sólo mira á lo alto para hacer creer al inocente vulgo que su inspiración está en la altura, cuando está en las bajezas del egoísmo.

¿Queréis, amigo artista, compañero dibujante, delinear este tipo conocido de todos y de todos anatematizado? Pues fijadlo en trazos groseros, en unas cuantas pinceladas. Entre los histriones del escenario social, él es el más enamorado de su ridículo arte, el más fácil de fotografiar. Corresponde á una clasificación que contiene grandísima variedad interna. Elegid cualquier tablado, la tribuna de un club, el centro de un corro callejero, el hemiciclo de un Parlamento, y colocadle en actitud de ofrecer al pueblo, al eterno niño, las bienaventuranzas de la tierra. Pero cuidad de que no podamos confundirle con el sacamuelas de plaza ó con el saltimbanquis de feria.

A todo lo largo de la existencia vamos encontrando máscaras. El primer enmascarado fué Luzbel, que se disfrazó de serpiente para engañar á Eva; después, la humanidad se ha aficionado al enmascaramiento hasta el extremo de convertir la cara en careta. Se comprende, pues, que rechacemos por inútil ese chocarrero adorno. Somos habilísimos en dar gato por liebre. Tenemos, no una inmutable fisonomía diabólica, como *El hombre que ríe*, sino muchas fisonomías, infinitas faces.

Asistimos al desfile carnavalesco de este final de siglo sin saber lo que se oculta bajo las carátulas que la hipocresía compone y la ficción graba en los rostros. ¿Quién es usted, querido prójimo? No se sabe. ¿Y quién soy yo? Apenas lo sé tampoco, pues en medio del universal histrionismo los sinceros dudamos de nuestra sinceridad.

Fiesta de la sinceridad, no del engaño, es el Carnaval, digase lo que se quiera. Entonces se interrumpe con un paréntesis de franqueza el otro Carnaval, el verdadero, el eterno. Como los dos ejemplares de enmascarados perpétuos que más arriba intenté pintar, hay muchos, muchísimos. A todo lo largo de la existencia vamos encontrando máscaras.





## EL HOMBRE DE LAS EQUIVOCACIONES

**S**E ha dicho que la vida es una serie lastimosa de equivocaciones. Ciertísimo. Vivir es equivocarse; en la primera página de cada personal historia podríamos escribir *errare humanum est*, frase latina que manifiesta la universalidad y la fatalidad del error humano continuado.

Si además de continuado lo encontramos rectificado en los otros y lo rectificamos en nosotros mismos, probaremos nuestra discreción. Únicamente los tontos hacen consistir su vanagloria en no rectificarse. Y tan sólo se justifica la censura de las rectificaciones de juicio ó procedimiento cuando esas rectificaciones son absurdas ó inmotivadas, cuando se verifican al revés.

Conjugamos á la continúa el verbo por excelencia. Yo me equivoco, tú te equivocas, él se equivoca, nosotros nos equivocamos, vosotros os equivocáis, ellos se equivocan. Se equivoca todo el mundo.

Pero yo conozco, ó me figuro haber conocido no sé donde, acaso en sueños, al hombre de las equivocaciones, es decir, al hombre que personifica como un supremo símbolo el humano é invencible achaque de caer siempre en error, porque Natura lo manda.

¿Quién es? No es nadie, sino solamente un símbolo, una de esas abstracciones intelectuales en que condensamos aspectos de la humanidad.

Comenzó á equivocarse desde la ante-vida, desde el materno claustro, desde los limbos de la existencia intra-uterina, pues aunque parezca extravagancia afirmarlo, pensó antes de nacer, ¿y sabéis lo que pensó? Pensó nacer de pié, sucediéndole lo contrario, que nació sentado, ó torcido, ignoro en que forma, pero de seguro no la que él había elegido por más cómoda y de mejor augurio.

Fué aquella la primera equivocación. Después ha seguido equivocándose con una consecuencia maravillosa. Se equivocó de estudios, se equivocó de mujer, se equivocó de suegra, se equivocó de amigos, se equivocó de sistema filosófico y de escuela literaria, se equivocó de ideas. A menudo se equivocó también de traje, de camisa y de corbata, de horas de trabajar, de comer y de dormir. Quiso rezar y blasfemó, quiso blasfemar y rezó. Quiso pegar y le pegaron, quiso morirse, una vez que estuvo gravemente enfermo, y vivió.

Por el contrario, deseó más tarde, en un caso de dolencia comprometida, vivir. Se equivocó, en vez de tomar una medicina, tomó un veneno, y espichó. Confundió la puerta; y en lugar de entrar en el cielo, que tenía de sobra ganado por los méritos de su constante equivocarse, se metió en el Infierno.





## “SU MERCÉ”

.....



ÚN resta en las costumbres canarias, en las relaciones de criados con amos, una fórmula respetuosa, castiza, noblemente castellana, que persiste á despecho de las sustanciales modificaciones traídas por la invasión del espíritu igualitario de los tiempos.

No es servil; es reverenciadora y suena en los labios de nuestros campesinos con un dejo especial que mezcla el respeto al cariño. Dicen ellos «su mercé», los que todavía lo dicen, como si quisieran reconocer en ese tratamiento clásico el principio patriarcal de la autoridad. Y ni por un instante, al oír el sencillo y ceremonioso título, piensa el que lo escucha, que el que lo pronuncia se rebaja.

Porque no envuelve intención de adular ó conato de definir la servidumbre en contraste con el señorío. Implica un giro de urbanidad rural, un dicho cortés, un modo plebeyamente cortesano de honrar á los superiores. Fáltale el movimiento instintivo de prostración que en los viejos siervos, doblados por el hábito de vivir bajo el yugo, acompañaba á la palabra de salutación lisonjera.

Aquí no ha quedado ningún rastro de feudalismo, porque realmente no lo hubo jamás; pero, en cambio, había permanecido hasta hace poco intacto en las costumbres un legado de elemental y tosca cortesía que no dejaba de ser graciosa. Hoy se va perdiendo, sin que yo acabe de comprender lo que ganaremos con que se pierda.

Esas formas verbales y esas manifestaciones externas de un rezago espiritual legendario, se conservan muy particularmente entre la población de las campiñas. Cuando el rey Alfonso XIII vino á Canarias, pocos años ha, los aldeanos que se aproximaron á su augusta persona, le saludaron llamándole «su mercé..» «Dios guarde á su mercé muchos años;» «qué guapito que es su mercé!...»

No sabían decirle otra cosa. Le aplicaban el mismo trato que aplican por tradición á sus patronos; creían sin duda que era un patrón más, el primero, colocado sobre todos á la mayor altura. Y en los oídos del rey debió sonar bien la frase, que no significaba el anonadamiento del servilismo, sino el ingenuo homenaje de las buenas gentes para quienes el monarca era el primer señor, apartado de los atributos de la realeza, «patriarcalizado.» Así le rindieron un respeto sin cohibiciones, hermoso y emocionante en su espontaneidad.

Ha quedado, repito, en el fondo de nuestro pueblo un resíduo de cosas añejas y castizas que no ha borrado la inundación cosmopolita, pero que lleva, por desgracia, camino de borrarlas. En nuestro lenguaje popular se conservan vocablos que ya en la lengua española han perdido el significado y, consiguientemente, el uso. Algunas de esas voces sólo están en boca de pobres labriegos que en su ignorancia y en su rusticidad las guardan desconociendo su abolengo.

Ocurre otro tanto con ciertas prácticas que ellos aún mantienen. La prosopopeya señorial se perpetúa, simplificada, entre nuestra gente del campo. Cuando dos patriarcas campiñeses se encuentran, ocurre que

se saludan y complimentan sombrero en mano, sombrero hasta el suelo. Uno de ellos le dice al otro:

—Tóquese, compadre (quiere decir «cúbrase,») y el otro responde:

—Después de usted.

Insisten, ruegan, cada uno por su parte. La porfía no concluye hasta que uno exclama:

—A la par y á un tiempo.

Y se cubren los dos.

¿No es verdad que hay belleza, belleza primitiva, en este no rebuscado ni aprendido rendimiento?

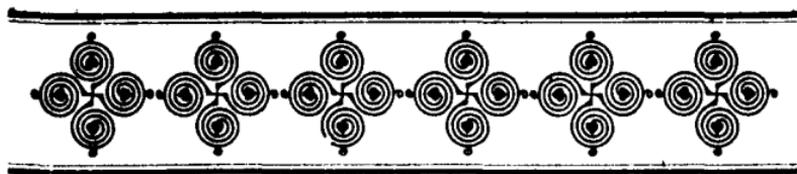
Lo mismo que en el «su mercé», que recuerda los coloquios de Don Quijote y Sancho, la sana bonhomía escuderil...

Y lo mismo, y más, en la palabra bella, bellísima, con que todavía resumimos la sencillez de nuestra vida... pasada.

Cuando alguien llama con palmadas recias á la puerta de nuestras casas y desde dentro interrogan: «¿quién?», el visitante responde: «¡paz!...»

¡Paz! La palabra que en todos los idiomas tiene un sonido divino y parece haber sido creada para que la tierra se entienda con el cielo.





## MIRANDO AL RIO

---

**H**ACÍA muchos años, muchos, que el hombre aquél miraba correr impasible el río del tiempo. De pie en la orilla, contemplaba el paso de la corriente, cada vez más rápida, sin advertir que con ella se habían ido los días buenos y hermosos y habían venido los días malos y oscuros.

Las aguas pasaban, pasaban; claras ahora, luego turbias, precipitadas siempre, siempre frías cómo el semblante del contemplador. Nada menos expresivo ni más elocuente al propio tiempo que el agua que huye. No nos dice cosa ninguna concreta en su abrumadora monotonía, pero nos recuerda el carácter fugaz de todo lo creado y nos sugiere el pensamiento de que nos vamos aprisa, con las ondas que se atropellan, no se sabe adonde...

El contemplador, plantado impávidamente en la ribera, ni aún había sabido tomar las aguas como espejo para ver y seguir su propia *fuga*.

Había visto alargarse sobre el río las sombras de los crepúsculos y caer miles de veces el misterio negro de las nocturnidades; había visto subir luchando las barcas entre los claros del naciente y bajar,

inertes, vencidos, los restos de los naufragios entre la vanguardia de las nubes del poniente; había oído el canto de triunfo de las tripulaciones que iban esperanzadas hacia arriba, y el canto de derrota, de duelo, de las tripulaciones que iban desesperadas hacia abajo...

Pero, viendo y oyendo distintamente, ni sus ojos ni sus oídos le dijeron que era la vida lo que pasaba. Cansado de mirar sin comprender, sentóse al cabo para seguir en su estúpido faquirismo. Más inmóvil á cada minuto, más ciego, más sordo, más impenetrable á la elocuencia de las cosas, ni siquiera se le ocurrió lo que á tantos predecesores suyos se les había ocurrido: trocarse de contemplador en pescador, tender la caña...

Continuó así, como sugestionado por la corriente que se aceleraba. Yo no distinguía el crepúsculo matinal del crepúsculo vespertino; ya no sabía si las aguas bajaban o subían, ya no sentía bajo sus pies la firmeza y la dureza del suelo de la margen. Poseyó-le la idea vaga de una liquefacción universal. Cansóse de estar sentado, y se tendió de espaldas. Entonces llegó la Muerte sobre una onda negra, entre las tinieblas crepusculares, y le dijo:—¡Despierta!





## HUYENDO DEL DOLOR

---

**S**UBÍA, subía sin descanso, resbalando aquí, agarrándose allá con fuerza á los salientes de la montaña para no caer... Llevaba consigo un poder de resistencia física enorme, cual si formara su energía la debilidad de todos los cobardes que huyen del dolor... El también huía ciego, tenaz, infatigable, convencido de que bastaba cerrar los ojos, poner distancia y altura entre él y los hombres, entre el mundo y su persona martirizada, para esquivar la tremenda servidumbre...

Empujábale el egoísmo, ese elemento humano que engrandece á los fuertes y desorganiza á los débiles; esa afirmación activa de la personalidad que exalta el triunfo de las voluntades omnipotentes sobre la derrota pasajera de los grandes espíritus altruistas, desconocidos y sacrificados hoy, victoriosos mañana, en todo momento capaces de disiparse y permanecer en una expansión humanitaria...

Huía, huía, ansioso de llegar á una región tan encumbrada y tranquila, tan extra terrena, que antes de alcanzarla muriera definitivamente bajo sus pies el último eco del dolor universal. Y el dolor, sin embargo, le perseguía encarnado en mil formas, exterior y real, vivo y prolífico. ¿Qué era aquéello que

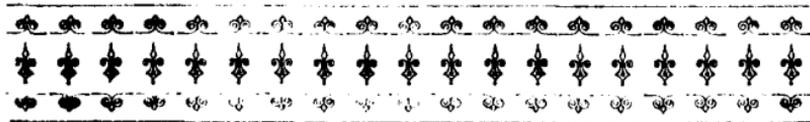
veían sus ojos, aquéllo que percibían sus oídos? Sensillamente un drama en los aires, una manifestación nueva de la eterna lucha, un nuevo aspecto del *eterno dolore*. Entre las garras ensangrentadas de un ave de presa, un pobre pájaro sucumbía lanzando gemidos penetrantes. Y el cobarde fugitivo recibía una sensación dolorosa que despertaba su sensibilidad, nunca del todo dormida. ¿Qué era aquella columna de humo que allá lejos se levantaba y se extendía obscureciendo el cielo? Señal de un incendio atroz, anuncio de ruínas y muertes, advertencia y llamamiento del dolor sin remedio ni fin.

Subía, huía siempre el fugitivo empujado por la cobardía de su egoísmo. La humanidad quedábase á sus espaldas, lejana, perdida, desvanecida en una niebla fantástica; pero la imaginación del solitario, obsesionada por el dolor, presente en todas partes aunque invisible, estaba dolorida y cansada. El eco de las humanas tribulaciones no se apagaba, llegaba á las alturas y á las lejanías, claro y distinto, más intenso cada vez.

Y, en su fuga, el apóstata de la religión del dolor no se cansaba de ascender. Caía, se alzaba, y seguía su marcha insegura sostenido por la esperanza de llegar á un espacio excelso en donde no le atormentara el eco de ningún gemido ni el choque de ninguna pena. Anhelaba tocar un punto eminentísimo desde el cual pudiera decir que el dolor *le quedaba debajo*, como las nubes.

Y al cabo, cayendo, levantándose, destrozándose pies y manos, llegó á la altura suprema. Vió la inmensidad á sus plantas y sobre su cabeza. Soberano en la magnífica soledad, se creyó finalmente libre del agobiador tributo que soporta, sin excepción, la prole malhadada de Adán.

Dilató la mirada, tendió el oído... ¿Qué era aquéllo, Dios santo? El dolor había subido tan alto como él; estaba á su lado, le poseía una vez más y para siempre... El eco del Dolor no se apagaba...



## RENOVANDO IMPRESIONES

**N**o es lo peor hacer el camino con incertidumbres que crecen sin cesar: lo peor es irse descargando en cada estación de la carga ligera que en vez de abrumar alegraba la vida, y trocárla por aquella otra carga de males y penas que la abruman á la tarde, cuando llega en girones la sombra miedosa.

Somos viandantes en marcha continua, desterrados en destierro perpétuo, condenados en condena sin posible remisión. Al empezar á vivir, mil sugestiones de la naturaleza nos engañan, y hechizan nuestra fantasía, que finge delicias donde sólo hay horrores: pero, á no mucho andar, caen uno tras otro los velos sucesivos que ocultan el mundo real y lo desfiguran; los placeres se hacen dolores, las sensaciones pierden frescura, pureza, nitidez, y, á medida que avanzamos hacia el término, aumenta el tumulto interior de lo vivo.

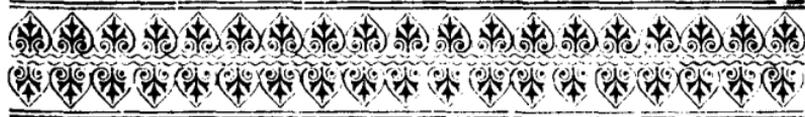
Oír las voces de lo que fué, descifrarlas, traducirlas, constituye nuestro tormento. Ellas nos dicen cosas que no tienen sentido para las gentes que nos rodean y para nosotros no tienen el mismo que tuvieron. Una impresión placentera de la niñez, renovada,

se convierte en dolorosa. Yo leía, niño, los cuentos de Perrault saboreándolos como una golosina, y ahora los vuelvo á leer y me saben amargos, porque me dan la noción del tiempo transcurrido, de los cambios operados, de las catástrofes sobrevenidas en mí. Yo veía los viejos campanarios con ojos muy distintos de estos mis ojos; yo oía el canto de las aves canoras con oídos muy distintos de estos mis oídos. La vida ha pasado, con todas sus consecuencias.

Y esto, sin duda, es envejecer. No las canas ni las arrugas, ni los achaques, ni las chochees caracterizan la ancianidad: lo que la caracteriza, principalmente, es sentir que ninguna parte del pasado está ya insepulta en la tumba inmensa y misteriosa del corazón. Es evocar las cosas muertas, y advertir que no renacen, que no renacerán. Es sacudir *dentro* las hojas caídas, y percibir la música llorosa de los recuerdos que, al ser renovados, se plañen y se esquivan.

Sobre todo, reparar en como cambian los *colores* de unas mismas sensaciones repetidas á distancia muy larga en el tiempo. Se torna negro lo que era azul celeste ó rosa. Lo claro vuélvese opaco, y el grito de entusiasmo truécase en gemido. Lo que meció la cuna, mece anticipadamente el ataúd.

He querido leer otra vez aquellos libros que arrullaron los sueños de mi infancia y de mi adolescencia, las inocentes y gozosas fábulas, las tiernas novelas idílicas en cuyas páginas mis lágrimas de muchacho ingénuo borraron un tiempo muchas letras... Ya no me interesan, ya no me enternecen. Y, para mayor desercanto, no conmueven tampoco á estas jóvenes generaciones prematuramente envejecidas, que no gozan primavera. En las fuentes de la intelectualida contempotánea no se abre la flor de loto del idilio. Las sensaciones juveniles toman hoy el color negro sin haberse teñido de rosa ó de azul celeste... ¡Desgraciados los que no tuvieron mañana, ni plumas blancas de cisne, ni se bañaron en la aurora!



## PROGRAMA DE AÑO NUEVO

---

**D**ON Homobono ha formado un excelente programa para el año 1913. Apenas difiere del que le sirvió de guía en 1912: es igual, sólo que en este nuevo año, el afortunado bandido á quien la sociedad tributa honores de persona honrada y digna, se propone ser más escrupuloso en el cumplimiento de todos y cada uno de los capítulos ó *mandatos* que su decálogo al revés contiene.

Matará Don Homobono, sin aprensión alguna, pero con muchísimas precauciones: matará empleando el arma vil y segura de la calumnia, no el puñal del asesino, que delata y compromete. Matará sin dejar huellas de sangre ni vestigios de violencia, suavemente, á mansalva, en sordas continuas acometidas de insecto ponzoñoso que se desliza entre la ropa y la piel. Si fuere necesario, también será reptil que se arrastra ó que trepa, en busca de una víctima, y no descansará hasta aniquilarla después de haberla atraído y fascinado. *A fuerza de arrastrarse*, seguro está de llegar al éxito, suavemente, mansamente, como siempre llegó, esquivando el peligro, fundando en el daño ajeno el propio beneficio...

Robará Don Homobono, pero no con asalto, estrépito ni fractura, sino con seguridad plena de evitar el castigo, de burlar la ley. En semejante arte es, de

antiguo, desde su juventud, consumado maestro. Robará por el mismo procedimiento que emplea para matar en forma tan discreta que no se le vea nunca la mano ocupada con el robo, como no se le vé nunca la mano ensangrentada. Nada le importa á él que se sepa que roba ó mata, lo que le importaría sería que se supiera como mata ó como roba, y que las pruebas morales se convirtieran en pruebas materiales. Mientras esto no suceda, —y esto no sucederá jamás,—Don Homobono se ríe de la justicia, garantizado por la infame complicidad de su conciencia.

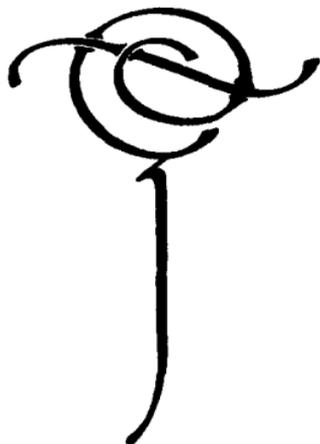
Mentirá Don Homobono magistralmente, divinamente, (en este ejercicio sí que no reconoce competidor), cada vez que la mentira le resulte útil, y aunque no le resulte. Mentirá por la mañana, por la tarde y por la noche; le mentirá hasta á Dios, su rezar será el mentir. Sembrará de mentiras su camino, y si tropieza con la verdad, y la verdad es hermosa ó redundante en provecho del prójimo, la insultará negándola.

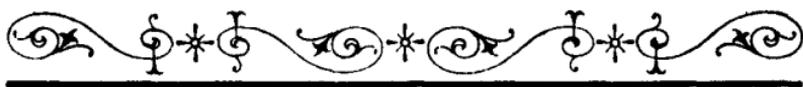
Así sucesivamente cumplirá los demás preceptos negativos de su decálogo canallesco. Entrará en la iglesia para pedir cédula de sacramento como quién pide salvo-conducto de pillería; jurará mil y mil veces el santo nombre del Señor en vano; no respetará á sus padres ni á Cristo padre; no sólo codiciará los ajenos bienes, sino que se los apropiará, á ser ello posible, mediante atroces falsificaciones ó diabólicas maniobras; no sólo deseará la mujer ajena, sino que procurará por todos los medios poseerla, seducirla y deshonrarla.

Entre horas, como labor complementaria, adulará al superior en presencia y le infamará en ausencia, venderá al amigo, engañará al cliente, maltratará al inferior y humillará al subordinado... Al pobre no le dará ni siquiera consejos y para el humilde no tendrá más que burlas. Pero todo discretamente, suavemente, mansamente, en tal forma que su conducta no le llegue á comprometer con un escándalo ruidoso. Se envolverá en el manto de la hipocresía, y será hiena

con difraz de cordero, pillo con palabras de justo y recto varón.

¡Magnífico programa! Don Homobono espera que seguirá valiéndole en 1913 aplausos, parabienes y elogios, y para lograrlos mayores que en 1912, se promete observarlo é interpretarlo mejor. El animal maléfico, hombre-reptil, hombre-insecto, ponzoña y lodo, inteligencia é infamia, no teme encontrar un pié indignado que le aplaste...





## HISTORIA DE UN "SEVILLANO" (1)

**N**o nací; *me nacieron* contra mi voluntad, cosa muy diferente. Para un duro, lo mismo que para un hombre, *el mayor delito es haber nacido*. Nací, pues, de esa manera *involuntaria* en Sevilla, una bella mañana calurosa en que *Guadalquivir guerrero* echaba chispas. Nací hecho y derecho, redondo y orondo, sin pasar por crisis de crecimiento ni por fases de desarrollo; todo de una pieza, desde el primer día. Vine con no sé que mancha original, en que yo no tuve arte ni parte; ignoro quienes fueron mis progenitores, no me importa saberlo, no quiero saberlo. Dios les perdone, como les perdono yo.

Me pusieron en el mundo para que rodara, y comencé á rodar. He rodado locamente, hoy acá, mañana allá, hasta que caí en el cautiverio de un avaro; cautiverio peor mil veces que el de Babilonia. Un israelita hizo conmigo lo que Nabucodonosor con el pueblo hebreo. Metióme en un saco y dejó que me ennohciera y me patinara hasta el corriente momento histórico. Hoy me ha extraído del fondo de mi negrísima prisión, y se dispone á llevarme al cambio. El usurero tiembla entre dos sentimientos que le asaltan: el temor de perderme canjeándome y el mie-

---

(1) Escrito en 1908, con ocasión de la retirada de los *duros sevillanos*.

do de perderme también conservándome. No sabe qué hacer; yo no sé que desear. En rigor nada deseo, cansado de esta triste vida; pero voy á relataros, por si pudiera servir de ejemplo, mi edificante historia.

Nací *marcado*; marcado con las insignias monárquicas y con los símbolos nacionales. El tatuaje del cuño impuso en el noble metal de mi cuerpo las sagradas rúbricas mayestáticas. *He sentido el peso de la corona*. Arrojáronme á la circulación y desde el principio sedujo á las gentes el poético brillo lunar de la plata nueva en que me forjaron. Fui buscado, perseguido, capturado, encerrado, acariciado, mimado, bendecido y anatematizado. Unos me dijeron que era rey del orbe; otros que era instrumento de corrupción universal, y otros, en fin, que era á la vez divina y diabólica mi naturaleza. Yo oía y callaba, abrumado bajo el peso de mis responsabilidades. Si tanto podía, si tanto representaba siendo ilegal ó adúlterino, ¿cómo colocarme á la altura de mi situación? Pobre duro sin paternidad declarada, sin personería jurídica, sin estado civil, sentíame lleno de congoja.

El primero en atraparme fué un jóven calavera y derrochador que *me gastó* inmediatamente. Después tanto me gastaron que ya me maravillo de que al tocarme me encuentren valor y ruido metálico. Pasando de mano en mano y de bolsa en bolsa, he llegado á pensar que soy eterno. Mi substancia preciosa resiste todos los tocamientos y todas las contrastaciones. Mi primer dueño ha dicho con frecuencia acordándose de como me había derrochado:

—Aquel *duro* me *duró* lo que *dura* un relámpago.

Otros muchos me han dicho lo mismo, y yo circulé y corrí, rodé y no paré hasta el día aciago en que me aferraron las garras del viejo prestamista; última etapa de mi existencia errabunda. Me han trocado por viles montones de calderilla roñosa. He viajado, he estado en tierra de moros, he vuelto á España maltratado y escarnecido. Un devoto me intro-

dujo en el cepillo de las ánimas y un cura me sacó como quién saca un ánima del Purgatorio. Pagó con mi menguada redondez el aceite de las lámparas votivas y la cera de los cirios benditos, y fui á dar no recuerdo en que lugares protervos é impuros. Más vale no recordarlo.

Pero sí recuerdo que en cierta ocasión me robaron. ¡Horrible escena! Los ladrones me cogieron nerviosa y rudamente en compañía de gran número de camaradas, tan infelices como yo. De repente me encontré sobre la mesa de una taberna, entre una copa medio vacía y un cabo de cigarro apestoso. Junto á mí sonaban voces embronquecidas por el alcohol, disputas, golpes, disparos. ¿Dónde estuve después? No hago memoria. Creo que en una comisaría, en un hospital y en una plaza de toros...

Más tarde alcancé un período de ennoblecimiento que me pareció definitivo. Vagamente creo recordar que viví unas horas en el bolsillo de un alto personaje político, quizás don Antonio Maura, y que me incorporé á la momia de Ramsés II, por otro nombre Sánchez Bustillo, el propio ministro de Hacienda que ha decretado la extinción de mi raza. No sé como me escapé y seguí corriendo.

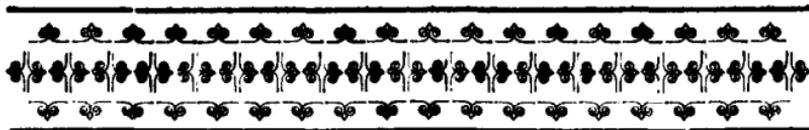
Víme luego en la *escarcela romántica* de un gran poeta, tan pobre como manirroto, y el vate, en pago parcial de un préstamo usurario, entregóme á mi último señor, el hijo de Israel bajo cuyo dominio he pasado los peores días de mi vida. Los peores, porque nada más terrible que el amor de un usurero á su tesoro. He servido para fomentar los éxtasis imbéciles de la avaricia. El vampiro me miraba como si quisiera comerme con los ojos; me adoraba, me raspaba suavemente, me apretaba contra su pecho empedernido, colmábame de besos apasionados en el silencio de la alta noche. Me llamaba su hijito, su divinidad, su encanto, su delicia, y yo sentía tal cólera que lamentaba no tener brazos, manos para abofetearle.

Por último, héme aquí condenado á muerte in-

quisitorial. Venga la muerte, no la temo; sólo me aflige y desespera que me la den acompañada de ignominia. *Un bel morir tutta una vita honora* (no he olvidado á mis clásicos). Querría morir como un santo ó como un héroe en rescate de mi vivir desastrado y ambulatorio; pero no me dejan. Moriré como un perro judío, como morirá mi actual poseedor. He seguido el camino de Ahasverus: gracias al menos que va á tener término, siquier sea afrentoso, mi tragi-cómica ambulación.

*¡Ay de mí! ¿Qué culpa tengo de haber nacido en pecado?*





## EL SABIO

---

**E**RASE que se era en una rica ciudad un sabio pobre; tan pobre como sabio. Distingúfase de los demás cultivadores y poseedores de la ciencia en que la suya nunca se había manifestado, sino que permanecía oculta, cuidadosamente oculta en su prestigioso magin.

Tan oculta estaba que nadie la había visto; pero todos, sin embargo, creían en ella, porque mi hombre pertenecía al número de esos omni-sapientes en quienes el vulgo supone reunidos y concentrados los mejores frutos del humano saber.

Hay muchos pozos de sabiduría así, cerrados y obstruidos. Hay así muchos sabihondos que no abren la boca para decir tus ni mus y que, á despecho de su mutismo, pasan plaza de doctores *in omne re*. Mientras más callan cree la gente que saben más; y que lo mucho que saben no quieren comunicarlo ahora, interesados en guardar la revelación de sus conocimientos para después de la muerte. Yo he conocido, vosotros conocísteis sin duda, algunos portentos cuya fama de tales se debió á haber sabido cumplir esmeradamente los que se pavonearon con tan alto

calificativo el consejo de «en boca cerrada no entran moscas».

No entraban en las del sabio de mi cuento. Ya he dicho que era de esos filósofos calladitos que viven metidos en sí, inasequibles é impenetrables; que se encierran para pensar, según sospechan las gentes sencillas, y luego de haber pensado cosas hondas é infusas, siguen callando, como si hubieran hecho formal promesa de no despegar los labios. Bastante será si llegan á decir en sumarisimo lenguaje:—¡Oh, que maravilla! ¡Ah, que estupefacción! ¡las mónadas de Leibnitz! el "devenir" de Hegel, ¡oh! ¡ah!...

Esto, caso de darles por la filosofía; que bien pudiera ser que les diese por algo peor. Y en todos los casos, se ampararán de los monosílabos admirativos, socorridas formas de dicción en que el sabio y el tonto se igualan.

\* \* \*

¡Oh! ¡Ah!

El sabio de mi relato había monosilabeado en el curso de su existencia lo suficiente para que sus convecinos le tuvieran y le confirmaran por varón sapientísimo.

—¡Ah!—decían aquéllos monosilabeando á su vez con gallarda limpieza--tiene entendimiento arc superior. No hay oro en el mundo para pagar el contenido de aquella cabeza. ¡Ah! ¡Oh!

El pueblo entero deseaba que el prodigio de talento y erudición finiquitase, á fin de recoger y aprovechar entonces libremente el colmado depósito de su ciencia. Daban por seguro que habia de dejar un legado de muchos libros voluminosos y buenos, llenos de substancia.

Murió al cabo de largos años el sér enigmático, portentoso y sesudo, y acudió la multitud á oír la lectura del testamento, en el cual sólo se contenía esta disposición digna de ser largamente meditada:

Dejo doscientos cuadernos, proyectos de otros tantos libros que pensé escribir y no escribí, por que entiendo que los libros mejores son los que no se escriben.

Item. Dejo además, como resúmen de mis estudios y de las investigaciones de toda la humanidad, estas dos máximas ó sentencias, consignadas en su propia lengua de origen, en la augusta é inmortal lengua madre del Lacio: "Nosce te ipsum. «Memento homo quia pulvis est...»"

—¡Ah! ¡oh!—exclamaba la muchedumbre, desencantada pero todavía dudosa,—¿sería un necio ó un sabio?

Y enterró al filósofo monosilábico en medio de furiosos, anhelantes monosílabos.





## LA PEREGRINACION (1)

**S** IEMPRE son hermosos, aún considerados por su lado humano, los espectáculos de la fé. Yo no los analizo; pero los admiro. Atar lo que las pasiones y los intereses desatan, hacer que se vuelvan al cielo los ojos distraídos y los corazones desalentados, abrir de repente ante las grandes tribulaciones las perspectivas de lo infinito donde aletea el ave celestial de la esperanza, esto seduce hasta al incrédulo.

Creyentes y no creyentes han de reconocer que hay en el seno de los pueblos una fuerza reconcentrada, la cual, cuándo hace explosión, todo lo purifica y regenera. Buscando en la realidad material los medios prácticos de salvación, las voluntades se fortifican; y buscando fuera de la realidad, el divino auxilio, las almas, lanzadas por las sendas místicas que conducen á Dios, se ennoblecen.

Resultado de espasmo semejante es el engrandecimiento del ser moral, capaz de dar cima á las mayores empresas bajo la sugestión de lo alto. Las fuerzas psicológicas, como las fuerzas físicas, nunca se pierden. El fuego central del espíritu al exteriorizarse, no produce catástrofes, sino maravillosas reconstrucciones. La fé es *útil*, además de bella; la fé

---

(1) Escrito hace muchos años, con motivo de una peregrinación á Teror.

divina se completa con la fé humana, y en estos momentos en que España padece todas las agonías, mientras la primera clama: «¡Señor, salva á nuestra madre!», la segunda grita: «¡Madre, sálvate!»

Las dos tienen razón, porque las dos afirman la esencia de la vida, que se compone de realidad y de ensueño, que ama la verdad, aunque sea en apariencia, y siente horror al vacío de la duda.

\* \* \*

Viendo pasar á los peregrinos, he experimentado una impresión nueva y profunda, por mí buscada inútilmente hacía mucho tiempo: la impresión del romanticismo religioso de la Edad Media.

¡Extraño cuadro! A la luz indecisa del amanecer ofrecía no sé qué de fantástico, solemne y lúgubre al mismo tiempo, como una procesión de sombras salidas del fondo de una catacumba. Para que la semejanza fuese perfecta, las blancas mantillas de las mujeres de la comitiva, tendidas á lo largo de los cuerpos, levemente agitadas, parecían sudarios, y la gran masa blanca sembrada de manchones negros, oscilaba confusamente alzando una salmodia lenta y grave, en medio del alegre despertar de la naturaleza, en medio de los regocijados trinos de los pájaros..

El rezo triste que demandaba á los cielos misericordia confundíase con los rumores del trabajo y de la actividad renacientes, é iba á perderse allá en los campos como una nota más, pero nota dominante, en la inmensa armonía... La tristeza del otoño, que ya se siente con sólo mirar los árboles despojados, las tierras desnudas, los cielos cenicientos, debía pesar en todos los ánimos cual una prolongación al exterior de la propia melancolía, que llenaba el ambiente...

Y así marchaba aquella multitud en demanda de Teror, nuestra ciudad monástica, levítica, medioeval,

con sus campiñas oliendo á tomillo y sus iglesias y monasterios oliendo á incienso, así marchaba afirmando su fé en medio del descreimiento del siglo, buscando un refugio intacto, un santuario immaculado donde la disipación del mundo no profane las oraciones, donde suban libres al cielo los votos y las súplicas del creyente, por la intercesión de una imagen milagrosa...

Así marchaba detrás del Cristo que, como un guión, marcando el rumbo, extendía sus brazos sobre el cielo pálido de la mañana, rayado de oro por los primeros rayos del sol...

¡Singular espectáculo! Aún visto á través de los anteojos ahumados del escepticismo, no es posible dejar de admirarlo.





## LA MUÑECA DE LA ABUELA



H, pobre viejecita que en medio de tus nietos eres como una niña arrugada, pálida y enferma, entre niños vivaces y lozanos! ¡Ah, pobre viejecita!

No queda en tí ni siquiera lo que fué amor, lo que fué desinterés y sacrificio; lo que fué tu alma, grande como el mar, hermosa como el cielo. Has vuelto lentamente á la infancia entre tus nietos que juegan, cantan y ríen; pero tú no ríes ni cantas ni juegas. Les ves jugar, cantar y reír; y acaso hoy que no recuerdas nada, recuerdas que tu vida fué una amarga vida de lágrimas; acaso las lágrimas que de tarde en tarde *vuelven* á tus ojos sean un último resto de aquel llanto vertido sobre tu sublime dolor de viuda heroica. Mucho lloraste por nosotros mientras, luchando y venciendo, nos enderezabas amorosa hacia el destino y nos guiabas severa hacia el deber. Mucho lloraste por nosotros. ¡Fuíste la Madre sin igual, fuíste la dulce Providencia, fuíste la Virgen María vestida de azul y blanco; hoy eres la abuela que llora, juega y ríe sin saber porque ríe ni porque juega ni porque llora! Tu juego, tu risa, tu llanto, mecánicos, inconscientes, no te salen del corazón; del corazón divino donde nos llevabas á todos, donde tus hijos nacieron, vivieron y querrían morir. Porque en el co-

razón de la Madre—¡ninguna maternidad superó á la tuya!—los hijos tienen nacimiento, desarrollo, integración, y deberían tener sepulcro; porque en él se forman, crecen, viven, y deberían morir; porque en él encuentran paz y felicidad, la única paz y la única felicidad posibles.

Hoy la madre es abuela, y le rodean ángeles. Hoy juega, llora, ríe á veces entre los nietos, entre los ángeles, sin saber porque juega, llora ó ríe, ni porque juegan, ríen ó lloran ellos.

Pero yo me imagino que ella sigue sabiéndolo y pudiéndolo todo. ¡Ah, pobre viejecita, viejecita mía! ¡Eres una niña arrugada, pálida y enferma! Pudo más que tú la adversidad, pudo más que tú el dolor...

\* \* \*

A veces juegas con los juguetes de tus nietos. Mientras ellos se cogen revoltosos á tus faldas, tú les quitas una de sus muñecas, y la tomas en tus brazos como me tomabas á mí cuando era bebé, y la meces y la arrullas, como me meciste y arrullaste, ¡Ah, pobre viejecita!

Pero no sabes, ¡Dios santo!, lo que haces. ¿Sentirás volver al pasado, no en lo mucho que tuvo de doloroso, sino en lo poco que tuvo de amable y risueño?

Si Dios me oye, han de tornar á tí, renovadas en tu espíritu para consolarte, las horas que fueron bellas, y tu espíritu resucitará, y se esclarecerá, y tendrá luz sin sombras. Sólo verás lo que debes ver en lo que pasó; sólo tornará lo que debe tornar. Mira en tus nietos á los ángeles y confúndelos con sus muñecas; he ahí tu descendencia alegre, madre y abuela dolorosa. Participa de su alegría, pero sabiendo, conociendo. Tu santa ancianidad es la santificación, la bendición de tus nietos y de sus muñecas, los angelitos que tú ves, que yo quiero que veas.

Yo lo quiero y, como es justo, también lo querrá

Dios. ¡Ah, pobre viejecita que eres una niña arrugada, pálida y enferma entre niños vivaces y lozanos!

\* \* \*

Cuando hace poco tiempo enfermaste, nadie podía calmar la inquietud de tu inconsciencia; eras, más que nunca, entonces una niña rebelde. Rechazabas al médico, y á las medicinas. Mirabas sin ver, y á veces llorabas y á veces reías... Y yo buscaba en vano en tus ojos tu alma gigantesca de heroína, en tus labios tu antigua sonrisa de mártir *que comprende*.

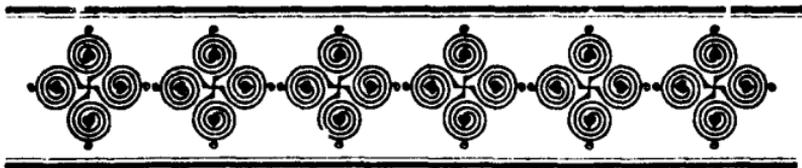
Ausente estabas, viejecita mía; pero yo te buscaba, yo te busco siempre. ¿Cómo puedes ausentarte para mí?

Puse en tus manos la muñeca del más pequeño de tus nietos, y la besaste, la acariciaste y arrullaste como besaste, acariciaste y arrullaste á tus hijos en la cuna.

¡La muñeca de la abuelita!

Entre las brumas de tu cerebro, yo *ví* hacerse la luz... ¡Y caí de rodillas ante la madre y ante la abuela; ante la doble, ante la inmensa, ante la inmortal maternidad!





## UN PUEBLO SILBADOR (1)

**L**os lectores de *Nuevo Mundo* se sorprenderán sin duda al saber que hay en Canarias un pueblo de silbantes, no en el sentido extensivo y ofensivo del vocablo, sino en el sentido propio y directo. Un pueblo que en vez de hablar á distancia, silba, y silbando se entiende.

Este pueblo es el pueblo de la Gomera, isla por varios conceptos famosa. Los gomeros tienen una aptitud especial para emitir silbidos que expresan ideas, y con los silbidos han formado tradicionalmente un singular idioma rudimentario. Desde muy lejos, dos labriegos ó dos pastores sostienen por semejante medio una larga conversación, de montaña á montaña; cambian impresiones, órdenes, cumplimientos, insultos, lo que caiga como tema de su extraño diálogo; se citan, se advierten, se llaman, se aconsejan y hasta se desafían. Aquella jerga silbada, aquel argó inarticulado, forma una especie de habla ornitológica para la cual no poseemos clave los que somos extraños al secreto de su origen.

Pero los canarios de la Gomera dominan su lengua peculiarísima en totalidad y con desembarazo.

(1) Publicado en la revista *Nuevo Mundo*.

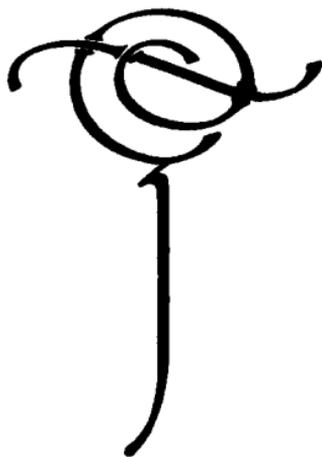
Silban sus penas, sus necesidades, sus afectos, sus odios, con notas ásperas de mirlos enronquecidos; usan un simple *volapuk* sin articulaciones, un convencionalismo de expresión libre y de constitución misteriosa que brotó, sin llegar nunca á complicarse, de las entrañas de la naturaleza. Es un instrumento humano grosero é incorruptible, sencillo con la sencillez intacta de las cosas primitivas; enérgico, con la energía de las creaciones que quedan fijas é inmóviles en el primer arranque. No ha variado, no se ha desarrollado, ni puede variar ni desarrollarse. La isla abrupta, brava, esquiva en su atormentada formación geológica, está como la parla sibilante de sus hijos. Todo aparece en ella elemental, informe, estacionario y duro. Los ecos se prolongan indefinidamente en medio del amontonamiento de las masas basálticas; diríase que es el mar quién silba por entre el dédalo de los peñascos y los montes, y que la tierra le da la réplica silbando también como una loca. Perdidos en las fragosidades solitarias de las alturas, los fantásticos interlocutores parecen, en efecto, llevar la voz de la tierra, una voz burlona, inquietante y diabólica, una voz que dolorosamente ríe...

Cuando Don Alfonso XIII visitó el Archipiélago, en Marzo de 1906, le ofrecieron en Santa Cruz de Tenerife como espectáculo de gran novedad, el de dos campesinos gomeros que hablaron ante el monarca largo y tendido en su peregrina lengua. Nadie, naturalmente, comprendió lo que decían; pero ellos iban traduciendo al lenguaje vulgar español las frases silbadas. Y una charla extensa, animada y curiosa, llenó el ambiente de sonoridad salvaje. A gritos de pájaros silvestres se asemejaba su tosca emisión, y un efecio profundo de *animalismo humano*, --si cabe unir, para el caso, estas dos palabras,-- penetró en los oídos y en los ánimos de los espectadores; una impresión de selva milenaria les conquistó.

Lo que haya de científico en este fenómeno (nada habrá, rigurosamente, porque se reduce á plena naturaleza), casi no ha sido estudiado. El Dr. Ver-

neau, sabio antropólogo y geólogo francés que visitó las islas hace muchos años, recogió de pasada informes sobre esta interesante peculiaridad, les adicionó sus observaciones personales y, con todo ello, redactó una Memoria explicativa, presentada poco después á la Academia de Ciencias de París. Desconozco la obra del hombre de ciencia citado; pero la menciono como antecedente digno de tomarse en cuenta.

A mí los silbidos gomeros sólo me sugieren consideraciones humorísticas. Los pueblos que silban no me interesan tanto como los pueblos que cantan; los hombres que hablan de tal suerte se propinan á sí propios silba tras silba. Son una *claque insurreccionada* que cumple al revés su cometido. ¿Hablan? No lo dudo; pero se me figura que silban estrepitosamente la comedia humana.





## LA TALAÿERA

**G**N su rudeza selvática y en su enriscamiento montaraz, este tipo del país canario que os presento, lectores, merece ser conocido, como lo merecen las figuras desencuadradas, desalojadas, que se están retirando en medio del himno triunfal del progreso, pero que todavía viven. Viven aparte, guarecidas de la inundación en las alturas, mientras las aguas suben y ellas las ven subir con creciente espanto.

Hay un rincón salvaje de esta isla de Gran Canaria donde habitan mis heroínas con sus familias, al modo de tribu en aduar. Se llega á la aldehuela mísera de su refugio, luego de vencer agrias pendientes, por caminos que se desarrollan entre vergeles, en subida rápida y agradable que á cada momento ofrece una sorpresa á los ojos, cegados por el exceso de luz tropical. La majestuosa perspectiva de las montañas envuelve al viajero, quién no puede mirar á cualquier parte que sea sin que le abrumen con su grandeza las cumbres sucediéndose como gigantesca escalinata para ganar el cielo y apareciendo, por fingimientos del espejismo, más grandes aún de lo que

son en verdad. Además, también por efecto óptico, dijérase que cada vez más se alejan y que mágicamente realizan un movimiento de traslación.

Arriba, arriba, que el ascencimiento es hermoso y el camino, aunque empinado, se hace suave por los goces que al ánimo brinda el paisaje encantador. Desde Las Palmas, á través de la serpeante carretera, no cesan de sucederse los campos labrados, los diversos cultivos. Las palmeras, con su pomposa elegancia, nos saludan al paso, triste como desterradas, y nos envían, desde las cúpulas de sus copas cimbreantes, rocíos de perladas notas; orquestas de pájaros variopintos ocultos entre las palmas nos dan música divina. Los pájaros aquí compiten en número y belleza con las flores; por eso, por la copia de flores y de pájaros, ha recibido nuestro país el nombre delicioso de paraíso. Arriba, arriba. Ya se recorrió el velo blanco que ocultaba el perfil de los últimos picos, erguidos y aguzados como flechas, como flechas de nieve, porque en aquella altitud la nieve cuaja en diamantes deslumbradores; el azul cerúleo mezcla su pureza con la cándida blancura de los copos, semejantes á plumas de cisne llevadas por el viento. Caído el *velum*, parece la lejana sierra del fondo, con su resplandeciente crestería, una catedral ciclópica.

Arriba, arriba. Subimos sin cesar, por entre cercados y jardines. A cada revuelta nos volvemos para ver el mar que de todos los puntos se percibe ciñendo amoroso la isla y orlándola con el armiño de sus espumas. A veces nos lo esconden por un momento las montañas que se cierran y se abren ante nosotros en las alternativas de la ascensión; pero pronto reaparece, destellando su azul purísimo, más intenso por el contraste de las masas violáceas que le mandan su sombra desvanecida. El ronco grito del viejo Atlante va con nosotros; también él nos dice que subamos, que subamos.

A ambos lados de la vía las rosas silvestres abren sus incensarios y envían á la tarde moribunda

sus perfumes, toda su esencia, de la cual beben hasta embriagarse las mariposas blancas. La vid extiende sus miembros retorcidos arrastrándose sobre la tierra negra en una zona de imponente hermosura, desolada y trágica, con sus volcanes extintos y su aspecto petrificado; pero esto no es sino un accidente, un término del cuadro inmenso; y más allá vuelven á mostrarse los vallecillos rientes, las verdes cañadas, los románticos barrancos, los picachos elevadísimos, las altiplanicies, las mesetas cubiertas de vegetación lozana, los blancos caseríos diseminados, asomándose por entre verduras... La paleta entera, todas las notas de color sucédense á la vista fascinada en aquella inmensa gradería que va hasta el mar, de la misma manera que se suceden los más variados cultivos y zonas vegetales.

Por fin llegamos á la Atalaya, el rincón salvaje adonde quería conducirnos, habitáculo de una tribu sórdida y bizarra cuya fisonomía no ha perdido aún ninguno de sus singulares rasgos característicos. Hasta allí no ha llegado la civilización con su rasero implacable. Como aquél hay muchos escondrijos de miseria en Gran Canaria; pero ninguno tan original. Allí se ha refugiado lo pintoresco de nuestra raza, barrido y borrado de todas partes. Allí está el curiosísimo animal de altura llamado la *talayera* por corrupción de su verdadero nombre, que se ha encaramado á un risco y se ha encerrado en cuevas casi inaccesibles, llevándose consigo una tradición de bárbara altivez é intransigencia.

Las habitaciones, abiertas en la roca, parecen cubiles; tienen algo de la caverna primitiva. Amparan una raza indomable en cierto modo, refractaria, impenetrable á la cultura. La *talayera*, la hembra, es todo; el macho, nada ó casi nada. Como en ciertos países americanos, el Paraguay señaladamente, los hombres en la Atalaya gozan el privilegios de no trabajar; su misión hállase reducida á tomar el sol cuando lo hay. Y la cumplen á conciencia, por la mayor parte, estándose manos quedas, mientras ellas se

mueven y se afanan. Las costumbres de la isla de San Balandrán imperan en aquella reconditez selvática, donde un feminismo avasallante anula al hombre al propio tiempo que lo endiosa.

También suele reinar por aquellos encumbramientos el amor libre, el amor con alas, pero sin venda, sin solemnidades y sin sonrojos; Luisa Michel se quedaría en éxtasis si alcanzara á contemplar en tan impensado sitio una tan completa realización de su bello ideal. Aquellos campesinos viven perdidos en el seno de la maternidad sin límites de la Naturaleza. Nacen, crecen, vegetan y mueren confundidos con el terruño ingrato, limitadísimo, donde encuentran cuna, casa y sepultura. Puede decirse que forman con sus viviendas, incrustaciones de la montaña. Las raras veces que baja la *talayera* á la ciudad para vender en el mercado público los productos de su rudimentaria industria, creyérase que algo esencial de la montaña misma baja con ella; no solamente se trae tierra de la altura en sus piés desnudos que desafían los guijarros y abrojos de los senderos, sino toda una visión de las cimas excelsas y toda una pasión de la soledad, odio instintivo al progreso, resistencia inconsciente á dejarse penetrar de las claridades que vienen de abajo y que la ciegan y la mortifican. Experimenta sensaciones dolorosas en la imposibilidad de la acomodación, en el choque de su alma vírgen con las refinadas impurezas de la vida culta. Pasa sin ver y, apenas terminados sus tratos, tórnase á su atrincheramiento mucho más de prisa que descendió.

A mí me parece descubrir un sentido oculto, un sentido simbólico, en esta pasiva lucha. La montaña se rebela contra la ciudad; la ciudad no ha podido conquistar á la montaña. La *talayera*, indudablemente, es un símbolo.

La viérais venirse para Las Palmas los días de mercado, á más que regular andadura, desgastando los caminos con su durísimo pié descalzo, un pié que ha adquirido consistencia pétrea y grandor exagera-

do, un pié fenomenal sin forma, semejante á la pata de un dromedario. Recorre kilómetros y más kilómetros, á grandes zancadas, resistente y ágil, sin dejarse vencer de la fatiga. Arremangada la enagua de percal sobre el refajo encarnado, cogida con una mano la cesta que carga á la cabeza y con la otra los zapatos *resolaos* que lleva por puro lujo, pues no se los pone nunca por temor de echarlos á perder, así atraviesa nuestra *talayera* los pueblos del tránsito y así entra, arisca y desenfadada, en la ciudad.

Lo común es que vengan por grupos más ó menos numerosos, cual si instintivamente se juntasen para defenderse de un peligro imaginario. Algunas traen á la gitana sus cachorros, y con ellos y con todo lo demás, menos los zapatos, hacen la jornada. Ni el sol ni la lluvia las acobardan. Hechas están á las mayores inclemencias, como á las miserias mayores.

Se encuentran entre estas campesinas tipos de cierta belleza rústica no exenta de atractivos, belleza que resulta de la alianza feliz de la salud con la fortaleza. Líneas duras, pero correctas, de estatuas labradas en granito; macizas construcciones sin gracia, pero vistosas. Formas opulentas, colores sanos, recia musculatura, busto erguido, un escultor podría tomarlas de modelos para representar la fecundidad y la fuerza triunfantes. Fuertes y fecundas son, en efecto, como muy pocas mujeres. La Atalaya es nuestro valle de Pas.

Cultivan, conforme he dicho, una industria elemental, cerámica incipiente, alfarería simplicísima: fabrican utensilios de barro que en el lenguaje del país lleno de reminiscencias guanches llámanse *tallas*, *gánigos*, *tostadores*, *vernegales*. Hablan un castellano corrompido, degenerado, hasta venir á parar en una bárbara algarabía que pronuncian ásperamente, en gritos guturales y en articulaciones violentas. El habitante de Castilla que las oyese hablar por vez primera no encontraría semejanza alguna entre aquella jerga endiablada y el hermoso idioma

nacional. Son varoniles, bravas, resueltas, acometedoras. Cuando surge entre ellas, por cuestión de pantalones ó por incompatibilidad de caracteres, algún conflicto, lo dirimen como verdaderas heroínas á puñadas y á mordiscos. sin permitir—eso nunca— que los hombres intervengan en su defensa.

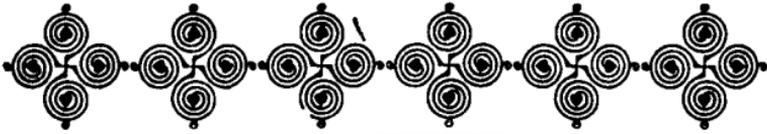
En tales casos desátanse sus lenguas venenosas y se ponen cual digan *talayeras*, que es mucho peor que cual digan dueñas; vomitan por sus bocazas, en su habla enrevesada y bestial, injurias á borbotes, concluyendo por asirse de los moños y zarrandearse furiosamente hasta que el cansancio las rinde ó queda el campo por una de las luchadoras.

Hánse familiarizado con *el inglés*, á quien miran como un ser superior por lo maniabierto y dadivoso. Cuando algún turista británico aporta por aquellas eminencias, todo el pueblo se solivianta y pone en movimiento. Los habitantes comienzan á salir de sus cuevas como ratas de sus agujeros; nubes de chiquillos sucios, desarrapados, famélicos, que parecen brotar de entre las piedras, siguen al viajero, le acosan con este grito angustioso repetido sin descanso: ¡*Un cuartito!* ¡*Un cuartito!*

Y el gran clamor de miseria sale de todos lados. Lánzanlo también los padres á la sordina; dijérase que las gallinas mismas lo cacarean y que los cerdos lo gruñen: ¡*Un cuartito!* ¡*Un cuartito!* Si el inglés no abre la mano, corre el riesgo de que le apedreen, y para aquella gente es inglés, por extensión, todo extranjero y aun todo forastero, todo *caballero*.

El espíritu de la civilización moderna no ha soplado todavía sobre aquel recóndito campamento de bárbaros donde reina la *talayera*, magnífico animal de altura. Difícilmente se aclimata ésta en la ciudad: cuando se cree tenerla domesticada, escapa y se vuelve al monte á grandes trancos, tan zahareña como salió y siempre descalza, porque los zapatos le estorban. (1)

(1) Publicado en Julio de 1900.



## LOS NUEVOS "PIONNIERS"

**G**N TRE los obreros de nuestro progreso material se ha formado, por perversión de ciertas cualidades originalmente buenas, una clase de hombres singular y odiosa. Reconocida la obra, examinaremos los operarios á que me refiero.

Tienen por cabeza una banana y por corazón una libra esterlina. Son en nuestras pequeñas Californias lo que en la grande de las fantásticas aventuras aquellos *pionniers* con tan enérgicos trazos descritos por Fenimore Cooper. La misma brutalidad, el mismo ímpetu salvaje, la misma preocupación única y ciega, el mismo desdén instintivo hacia todo lo que represente una chispa de inteligencia, un reflejo del espíritu sobre las cosas groseras que nos circuyen.

Estos hombres serían capaces de ver el vientre de París que comunica con los albañales; pero no verían nunca el cerebro de París, que comunica con el cielo. En los tiempos de la Venecia mercantil, hubieran dormido su torpe ignorancia, sobresaltada de sueños de lucro, sobre los fardos, sobre las mercancías con que se alimentaba el comercio de Oriente. En los tiempos de la Grecia artística, hubieran emporcado las columnas portentosas del Parthenon de

Atenas con las cifras de sus adiciones y sus multiplicaciones. En los tiempos de Roma conquistadora, hubieran ido detrás de los ejércitos llevando á cuestas sus surtidos comerciales para venderlos en los pueblos conquistados. En nuestros tiempos, no ven nada más allá del plátano, como en las citadas épocas no hubieran visto más allá del negocio las maravillas del arte ni las ventajas de la guerra.

El desdén que sienten por los intelectuales confirma la superioridad de éstos. Es una prueba negativa, si cabe decirlo. Negando afirman, honran despreciando. Las sociedades no se desarrollan en una sola dirección, y el progreso, como el mundo, es armonía. Dentro de esta armonía, las relaciones superiores no son seguramente las que se determinan en el orden físico, sino las que en el orden moral é intelectual se determinan.

Por consecuencia, ese desprecio es bestial, como todo en semejantes hombres con cabeza de banana y corazón de libra esterlina. No aciertan á percibir el empuje que, desde fuera y desde lo alto, reciben. No comprenden que no está en ellos el principio de su movimiento. No echan de ver que, en su mayor parte, sólo tienen *poder ejecutivo*.

Asemejânse á los *pionniers* de Fenimore Cooper; pero en las filas de los *pionniers*, rudos violadores del seno vírgen de la vírgen América, se abrió paso Edgardo Poë, gigantesco cerebro roto y destrozado, aplastado—permítaseme la paradoja—por la barbarie de la civilización norteamericana, y surgió Longfellow con su *Evangelina*.

En resumidas cuentas, hallo justificadísimas las siguientes preguntas:

—¿Acaso los intelectuales *deben* ser comerciantes y labradores? ¿*Podrían* serlo? ¿Dejarán de serlo porque les falte aptitud, ó porque les falte la fuerza motora de esa pasión secundaria que mantiene la fiebre del tráfico y del negocio? Mejor aún: si lo fuesen, ¿no se habría de romper la armonía de las cosas hu-

manas, en la cual encarnan ellos las relaciones superiores del espíritu y de la inteligencia?

Todo esto es verdad; pero no lo comprenderán jamás los hombres que tienen por cabeza una banana y por corazón una libra esterlina.

Conste, sin embargo, que nosotros, en lo poco que tenemos de intelectuales, no los despreciamos.





## EL INDIO

.....

**E**l *indio* es en nuestra sociedad un personaje curioso. Representa la esplendidez del lujo oriental. Mercader de suntuosidades, vendedor de baratijas preciosas, llama á la vanidad, á la presunción y á la coquetería con insinuantes voces. Figura entre los seductores más terribles é irresistibles. Desde el cajón del buhonero al bazar magnífico repleto de chucherías raras y caras, el indio va tejiendo una red de tentaciones...

Si se tiene un poco de sentido artístico ó de gusto suntuario, no se pasa con indiferencia frente á ésas tiendas deslumbradoras, en las cuales se ven figuras de hombres bronceados que parecen estatuas en exposición, guardianes impávidos de un bizarro surtido donde las telas finísimas se confunden con los marfiles labrados admirablemente y la filigrana de los encajes mágicos se mezcla con la filigrana de los dijes de plata. Allí está la luz del Oriente.

Al momento recordamos todo lo que leímos en libros cautivadores acerca de la riqueza y la pomposidad de los viejos países indostánicos. Vemos desfi-

lar los elefantes cargando torres ebúrneas, exhibiendo gualdrapas de púrpura, transportando séquitos maravillosos de rajahs y princesas miliunanochescas. Oímos el rumor de los ríos sagrados que arrastran cadáveres y el clamor de las muchedumbres que se mueren de hambre en sus orillas. Sentimos la pesadumbre de la selva indiana, llena de horrores y de sortilegios; el pánico de las enormes cacerías iluminadas por las esmeraldas siniestras de los tigres en acecho. Contemplamos á los faquires en sus posturas hieráticas, insensibles al dolor físico, petrificados, emancipados de la humanidad...

Si somos un poco letrados, evocamos las selvas literarias del *Ramayana* y del *Mahabarata*, colosales, henchidas también de todas las energías de la naturaleza, espantosas en su solitaria magnificencia. Y nos impresionamos con la vista mental de las pagodas, de los ídolos que semejan escultóricas montañas, de los torreones de la muerte, de los cementerios tan extensos como ciudades, de los solios cubiertos de pedrería y las túnicas resplandecientes en que se envuelven aquellos nabas, aquellos monarcas subalternos que, bajo el suave cetro inglés, apalean el oro...

La visión nos enceguece. La India tradicional brilla demasiado. Desde los orígenes históricos, se nos muestra como una caja insondable de tesoros quiméricos y como un enigma de dos faces, donde por un lado se lee *vida*; y por otro: *muerte*.

La Vida es allí portentosa en intensidad, desarrolla energías titánicas y corre en inundaciones, cae en diluvios. La Muerte es equivalentemente fuerte y grande, devora los pueblos, los cosecha y los vendimia con una rapidez que no tiene igual en ningún otro país. Para trabajar mejor se concentra y fortifica en las epidemias, *razzias* fenomenales. Un día de vida en la India vale por un año de vida normal en otras tierras menos privilegiadas.

Las multitudes perecen de hambre, como ejércitos que no llegan á combatir; en los aires se amonto-

nan las aves carniceras estrechando sus círculos fatídicos, graznando muy alto, ébrias ante la perspectiva del siempre seguro banquete. Los ríos arrastran cadáveres. Los cementerios se ensanchan y parecen correr hacia las poblaciones de los vivos en son de conquista. Mientras tanto, la vida triunfa en los campos, en los bosques, y la savia estalla en explosiones formidables. Sobre la Vida y sobre la Muerte, el lujo oriental, el lujo asiático, extiende sus brocados y sus púrpuras.

Todos estos gigantescos contrastes se perciben mentalmente desde el fondo de un bazar en que hombres atezados parecen estatuas guardando estatuas.





## EL CURANDERO

**A** sí como la «yerbera» tiene contornos de «sacerdotisa», el «curandero» tiene perfiles de mago; mago á la moderna, despojado de la magestad cuasi litúrgica que antaño tuvo, pero rodeado de un gran misterio que le crea la credulidad campesina.

Se le atribuye poder taumatúrgico, se le juzga capaz de curarlo todo, y la atribución de estas facultades constituye también un testimonio colectivo de excepticismo radical contra la medicina y contra la ciencia.

Las supersticiones se transforman, sin desaparecer. Pierden el carácter religioso y adquieren el aspecto de una de tantas creencias sustentadas por la ignorancia popular.

El vulgo necesita creer. Cree el absurdo, ya que no puede prestar crédito á la verdad y á la razón. Le es más fácil aceptar como dogma de fé una preocupación cualquiera que reconocer la incomprendida eficacia de los métodos curativos con base científica.

Entre la gente de los campos, el médico es el representante de una farsa transcendental, mientras el curandero, prestigioso farsante, logra unánime tributo de aquiescencia. La sencillez aldeana, desconfiada y recelosa para la cátedra, acepta sin vacilar

las burdas mentiras del mercantilismo explotador que usurpa funciones tradicionales.

Por eso los médicos espontáneos, sin más ceremonia que la apostólica imposición de manos, realizan prodigios. Y el secreto del milagro, el secreto taumatúrgico, estriba únicamente en la disposición crédula de los espíritus.

Las curaciones son en este caso auto— sugerencias ó alucinaciones. Se repite un fenómeno eterno. El poder imaginativo y adhesivo se levanta sobre la realidad fingiendo maravillas.

\* \* \*

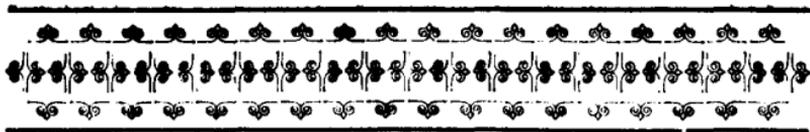
La ciencia de esos embaucadores fortificados por la fé ajena se reduce á dos ó tres fórmulas empíricas y rutinarias. Parten de la naturaleza, la toman como cómplice de sus juegos... prohibidos, y en nombre de ella hablan siempre.

Pero la facilidad con que maniobran en un campo de acción tan libre, les lleva á delictuosos abusos. La carta blanca que les otorgan *los creyentes*, llénanla con las extralimitaciones de una audacia sin límites que suele llegar hasta el crimen impune.

Los curanderos matan; matan sin responsabilidad, porque se mueven fuera del alcance de las leyes, amparados por la estulticia de los mismos á quienes daña y explota su osada barbarie.

Hay en nuestro campo, en los villorrios, en los poblachos recónditos perdidos en las montañas, muchos morabitos y santones de la civilización cristiana que tienen una fanática clientela. Los que en ellos creen, creen de un modo absoluto. No admiten pruebas en contrario: retroceden ante la verdad y la lógica, é instintivamente ven el enemigo allí donde debieran ver la tutela social y la cultura.

*Los doctores rurales* son tuertos que trabajan en medio de ciegos. Para curar á estos ciegos se necesita iluminarles la mente con la instrucción y aleccionarles castigando duramente las proezas de la curandería organizada.



## EL GAUCHO

**M**UCHAS veces se ha sentido tentada mi pluma á escribir algo de lo que yo creo que es el *gaucho*, personaje de una realidad americana que se parece á la leyenda por varios rasgos aparentemente fabulosos, y que en ocasiones con ella se confunde.

El *gaucho*, rey salvaje de la Pampa argentina, todavfa vive: pero la civilizaci3n, al extenderse por aquellos inmensos territorios, le ha hecho retroceder, huir á todo el galope de su veloz é ind3mito caballo, como un fantasma de medrosa conseja, formado de niebla indecisa en la mente popular y ahuyentado por una irrupci3n de luz. Esta luz que le mata apeándole de su corcel, desnudándole de su heter3clita vestidura, urbanizándole, es el progreso nivelador é implacable, el cosmopolitismo victorioso é igualitario. Lo pintoresco se va, en Am3rica como en todas partes, cuando la cultura impone sus h3bitos uniformes, la universal librea, compuesta de elementos morales y de materiales formas.

Luch3 el *gaucho* por no vestírse la durante mucho tiempo, con la caracterfstica tenacidad de su

índole brava. Hizo resistencia á la ley, y se alzó contra ella en un reto soberbio, en una afirmación desesperada de soberanía, cual si comprendiese que empezar á vivir como ciudadano sería para él morir como tipo. Fuera de los alcances de la autoridad regular, siguió sus excursiones locas á través de la llanura, armado siempre de su guitarra, asistido del poder poético que le daba su existencia emancipada, vagabunda y azarosa. Paró á las puertas de las rancharías, improvisó sus últimas coplas, dijo sus últimos donaires, cazó á lazo sus últimos potros, y gastó la última pólvora ó melló el último cuchillo en las últimas aventuras...

No pudo resistir más. Hoy el tipo no existe; sólo quedan rezagados ejemplares que han perdido el cuño bárbaro para tomar un civilizado barniz bajo cuya adherencia la primitiva fisonomía se borra... El gaucho entra en las ciudades, se mezcla á la muchedumbre urbana, acepta la disciplina y la obediencia, forma un número entre la masa de los súbditos de la República. Su rebelión sistemática ha acabado, porque tenía un fondo adaptable á las condiciones de la vida moderna, de la vida culta, y se le pudo conquistar y domesticar. Si no se hubiera podido conquistarlo ni domesticarlo, habría sido preciso destruirlo como destruyó el general Roca á los indios patagones ó como en los Estados Unidos han sido eliminados casi por completo los Pielas Rojas.

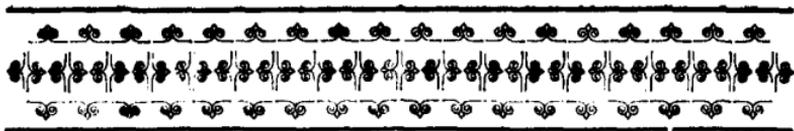
Pero el *gaucho* queda en la galería histórica romancesca. Santos Vega, Juan Moreira, Martín Fierro, encarnan para el argentino castizo los prestigios de una época heroica. Son la *cavallería rusticana* de la Pampa, los trovadores de la soledad, los centauros del desierto. Tienen la guapeza, la melancolía y el bello gesto hidalgo del tradicional bandido andaluz, la fibra durísima del cosaco, la gracia desenfadada y picaresca de los viejos juglares castellanos, resultando de esta suma de cualidades raras una complejidad misteriosa que cautiva la imaginación del pueblo. Tienen, he dicho, por que aunque la clase desapa-

rezca totalmente, y en vías de desaparición se halla, una segunda existencia, duradera, arraigada, le dará el Arte que la ha hecho suya.

La misma que ha dado al bandido andaluz, á quien el *gaucho* sólo se asemeja por algunos rasgos exteriores; la misma que gozan los troveros legendarios en los romances. Estos *spécimens* sociales condensan una poesía romántica que no muere con ellos, sino que se dilata con la suavidad de un ocaso prolongado, infinito...

.....





## EL "INDIANO"

**G**L «indiano», ó sea el hombre que fué á Cuba y ha vuelto, lo encontramos aquí por todas partes. Es tipo resaltante y pintoresco: no se asemeja al que en la montaña de Santander, por las mismas causas lleva el mismo nombre, habiendo merecido de Pereda y otros escritores insignes una fotografía literaria que lo ha inmortalizado; pero tiene carácter propio, lo cual, ciertamente, ya es mucho tener.

Hay en su persona un sello inconfundible que lo señala. ¿De qué se compone ese sello? Difícil precizarlo porque lo integran elementos modificativos psicológicos tanto como físicos, cuya naturaleza escapa á nuestro análisis. El canario-cubano restituído á la tierra de origen, sigue viviendo con el pensamiento en Cuba y también con el amor, aunque no por ello su patriotismo mengua. Caben en su corazón, partícipes y hermanos, los dos amores: para Cuba culto apasionado de recuerdos, para su región y para su patria afecto vivo, desvelado y amoroso. No se le caen de la boca los relatos de sus aventuras en la

lejana Antilla ni de la memoria las impresiones profundamente impresas de lo que allá vió, gozó, sufrió y aprendió.

Si alabáis alguna cosa en su presencia, sea la que fuere, al instante exclama:—¡Desengañese usted, Cuba se lleva la palma en eso y en todo! Sus términos de comparación los establece siempre partiendo de Cuba como del término mayor y más alto. No admite que pueda haber otro, que pueda reconocerse sin escándalo la existencia de una superioridad sobre lo que, de suyo, aparece superior sólo con ser cubano. Hasta en asuntos mezquinos, pueriles, muchas veces he visto á estos fanáticos cubanizados proclamar respecto de Cuba este principio absoluto que imposibilita el debate y espanta el espíritu crítico: Allí, únicamente allí, está lo bueno. Lo bueno, cuando de Cuba se trata, es todo: el danzón, la guayaba, el mismo calor tórrido. Un amigo mío, apasionado por la perla de las Antillas, donde pasó sus verdes años, asegura que jamás en la Habana ha sudado tanto como aquí. Y dice verdad: en la Habana vivió holgado, y aquí suda la goia gorda para poder vivir.

Esta conquista suave ó penetración pacífica de Cuba en las almas de nuestros emigrantes, la refiero yo á varias causas. La mayor parte de ellos emigran en plena juventud, en la risueña adolescencia acaso; y se adhieren al suelo cubano con los lazos fortísimos que anuda el entusiasmo juvenil en la edad de los felices sueños, y que nada rompe ni desata sino la muerte. El suelo cubano, cuando se alejan, desde lejos les atrae, como en la lejanía del tiempo nos solicitan y nos seducen las gratas memorias muertas pero no disipadas en el olvido. Conforme crece la distancia que nos separa de los días bellos en que plenamente vivimos, más y más nos tienta el espejismo de su hermosura, y anhelamos aproximarlos á nosotros, ya que nosotros no podemos—¡tristes viajeros, condenados á avanzar sin tregua!—renovar sus horas llenas de fé y alegría.

Por otro lado, los canarios que van á Cuba raras

veces pierden el viaje. Encuentran trabajo y realizan ahorros, principalmente en las labores agrícolas, que constituyen una de sus especialidades. Son muchos los que efectúan numerosos viajes de ida y vuelta durante su existencia, llevando su energía trabajadora y trayendo, en cambio, en pequeñas allegaciones un capital más ó menos modesto que les permite, al término del vivir, radicarse definitivamente en la tierra nativa con el carácter de terratenientes. Se ha operado en ellos una transformación que ha hecho del colono un propietario y, mediante el desarrollo continuo de su actividad peculiar, han contribuído á acrecer la riqueza en Cuba y en Canarias.

Este doble movimiento de emigración y de repatriación alternativas, cuyo último resultado es, con frecuencia, la conquista de la fortuna personal y el establecimiento permanente en el país originario, modifica el tipo del emigrante sin falsearlo en sus condiciones esenciales é indestructibles: nuestro artesano, nuestro agricultor, nuestro obrero, se americaniza, de suerte que cuando retorna á su antiguo hogar ó se construye uno nuevo si perdió el primitivo, guarda en él confundidos, como en un santuario, sus amores viejos y sus nuevos amores. Cuba y Canarias se abrazan en su persona y hasta la sepultura le acompañan fieles; sin perjuicio de que ellos sigan siendo, sobre todo y ardorosamente, españoles.

Un fenómeno análogo ofrece la corriente emigratoria que de la Italia meridional parte hacia la República Argentina y refluye sobre sí misma hasta el punto de arranque para volver á ponerse en marcha y á regresar de nuevo, en una renovación aparente que varía apenas sus elementos. Napolitanos, sicilianos, calabreses, beben en la Argentina á pequeños sorbos la prosperidad y poco á poco amasan un peculio humilde con el que al cabo se retiran, felices de poder asentarse otra vez en el terruño nunca olvidado para vivir en calma sus postreros días. Pero es raro que ninguno de estos mantenedores forzosos de la deambulacion de la miseria se llegue á apasionar

por la República del Plata á tanto grado como nuestros comprovincianos se apasionan por Cuba.

Aquí, de regreso, la sombra de la Gran Antilla les envuelve, y ellos quieren echarla sobre todos nosotros como un manto protector. Las magníficas estrellas de los trópicos siguen iluminándolos; sigue cantándoles su canción amorosa el mar Caribe... Y, aunque aman mucho la patria, ansían «volver allá» antes de morir.

La última y más fuerte razón, pues, de los ardientes afectos con que á Cuba están para siempre vinculados, es la magnificencia de aquella naturaleza tropical, deslumbradora y gigantesca. Cuba los conquistó con sus ardores, sus esplendores y sus colores. Desde el primer beso de fuego que les dió, los hizo suyos.





## LA "ULTIMA"

**M**ARÍA Pepa no pensaba desde hacía una semana en otra cosa que en *la última*, y éste era de por sí un hecho importante, pues suponía en la joven sirvienta la capacidad de pensar; capacidad que le era negada por muchos.

Pensaba en *la última* constantemente y hacía sus preparativos para presentarse en el baile con propopeya digna de su jerarquía. Allá había de ir adornada con sus galas mejores: calzada con los zapatos recién comprados que esperaban impacientes la hora del estreno; peinada al estilo de la señorita, para lo cual hizo innumerables esfuerzos de larga observación y de imitación laboriosa queriendo asimilarse enteramente el arte sumo de componer la cabeza según el gusto clásico y griego que ha impuesto la moda; vestida con su traje más flamante y más hermoso, una túnica ceñida, de artísticos pliegues, recuerdo también de la indumentaria señorial, obra de una modista barata. Y en las orejas, como accesorio disonante, que había de romper la armonía severa del conjunto, llevaría las viejas arracadas de oro con piedras bastas, regalo de su primer novio; y en el cuello un collarín de perlas contrahechas, y en las manos

muchos anillos de similor, y en las muñecas unos brazaletes anchos y pesados como collares de perro, que resplandecían lo mismo que si fuesen de ley purísima. En las manos, sin ponérselos, sólo por el bien parecer —pues aquellas extremidades suyas, voluminosas y encallecidas, no admitían prisiones,— luciría unos guantes de deshecho que le había regalado *el ama*. Y alternando con los guantes, en un movimiento y manejo que hartos estudiados tenía, un abanico—pantalla, de esos que se compran por cuatro cuartos en los bazares.

Con todo esto María Pepa pensaba *dar golpe*; pero esto no era todo. Fiaba la seguridad del triunfo, principalmente, en otro género de yuxtaposición, difícil y trabajoso como ninguno. ¡Cuántos desvelos, cuántos ensayos, cuántas pruebas y rectificaciones le había costado apropiarse el gesto, la sonrisa, la actitud, la manera de andar y de mirar de la señorita! Para comenzar el aprendizaje se puso una falda de doña Micaela (así se llamaba la señora) y delante del espejo del *boudoir* en que madre é hija hacían su *toilette*, la muchacha, al hacer la limpieza, se pasaba los grandes ratos ejercitándose en adquirir los hábitos y los modos del *señorio*.

Daba dos ó tres vueltas circulares recogiendo pulcramente con la punta de los dedos la faldamenta, y se decía:

Me parece que ansina mesmo es como ellas se arremangan. No, un poquito más bajo, y con más modosidad y más requilorio...

Ponía luego los ojos en blanco, y murmuraba:

—Luterio no podrá aguantar una mirada como esta, si se la dejo caer encima desimuladamente. Ansina mira la señorita á su galán, mientras él le dice unos primores y le canta unos romances que mi Luterio no aprenderá nunca. Luterio es mú bruto.

Y deseosa de hacer sus experiencias por todo lo alto, en *el ensayo general* María Pepa se empolvó con los polvos de las señoras su cara morena. Y se pavoneó frente al espejo dueña ya de su papel, en

tanto que doña Micaela, sobrevenida por sugestión del diablo en tal momento psicológico, le enderezó una dura reprimenda y la amenazó con ponerla de patitas en la calle.

\*  
\*  
\*

Ha llegado la anhelada noche de *la última*.

Las mozas, sentadas á lo largo de las paredes de una anchurosa pieza casi desnuda, mantiéñense muy serias, con semblante de velorio más que de festejo. Sobre *la cómoda* se ostenta la batería del modesto *buffet*, el vinillo aldeano, el aguardiente infernal, los huevos duros, los bollos y los roscos para obsequiar á las damas en cada rueda. Entre los brazos del tocador, la destemplada guitarra empieza á quejarse como una mujer celosa y enferma de amores. Es *la reina*, dentro del recinto; reina casquivana que se entrega á todos y con todos coquetea y á todos trae al retortero.

Se inicia la danza con timidez, con desmayo. Las parejas, escasas al principio, aumentan en número y en buen humor y atrevimiento, conforme van sucediéndose las rondas. Suenan las *isas* y las *folias*, febriles, violentas, nostálgicas. El espíritu del baile regional, reminiscente de bizarrías primitivas, agita los cuerpos como el viento á los árboles del bosque.

Los mozucos se acercan á las jóvenes y, sin preámbulos, les presentan el brazo, del cual se prenden ellas vigorosamente, como si en punto de naufragio se agarraran á un mástil.

En los giros las parejas chocan, se atropellan y se confunden, oyéndose voces femeninas que gritan: *¡arreniego del demonio!*, ó voces hombrunas que apostrofan: *¡animal, mire donde pisa!*

Cuando la fiesta está en su pleno, María Pepa entra triunfalmente. Aparece esplendorosa con sus dijes y abalorios, como una salvaje embadurnada de civilización. La estrechez del vestido apenas le per-

mite moverse; lleva los guantes en la cintura y esgrime el abanico con furor mientras avanza replegándose, contoneándose, mirando á derecha é izquierda con singular maestría imitativa. Aquel fantasmón pide que le aticen un par de palos.

Obtiene un éxito de jolgorio y de hilaridad. El baile se interrumpe en homenaje suyo, y las danzarinas se acercan á felicitarla. Después, sigue el meneo cada vez más vivo. Los comentarios, en voz baja, acompañan á María Pepa, que se ha lanzado al torbellino danzante con un entusiasmo loco.

—Miren la fachendosa,—dice una cocinera endomingada,—parece mesmamente una mona vestida de seda. ¡Á ver, que le toquen el tambor!

—¡Que se lo toquen! ¡Y que le pongan un rabo! —apunta, entre contenidas risas, una doncella acerca de cuya doncellez hay mucho que decir. ¡Vaya una fantasía de principesa!

—En el cine ví la otra noche una fegurona de diversión que tenía la misma facha. Pero esta desvanecía no sabe donde poner el pié ni la mano. En un escarapate estaría bien, ó en el campo como espantajo redículo.

—Doña Pretensiones, ¿de donde ha sacáo usted esos colgajos? Qué traigan la alfombra y el sillón para su majestá.,.

Luterio, el novio de turno de María Pepa, acude á hacerle los honores y, tartamudeante, la dice:

—Encandiláo estoy de verte. Desde que tú entraste se clisó la luz del quinqué.

Pero casi al mismo tiempo ha acudido el novio de la señorita que se encuentra en la zambra por exceso de aburrimiento y que ha abusado un poco del vinillo traicionero del ambigú.

—Chica,—le propone,—vénte conmigo y deja á ese patán. Mi palabra de caballero, estás hecha un sol con sus correspondientes manchas. Vamos á bailar la isa.

Por el magín obscuro de María Pepa, al verse cortejada tan finamente, cruza la idea de una orgu-

llosa suplantación. Poseída en absoluto de su papel, siéntese transmutada y cree que no es élla, la pobre sirvienta, sino la propia señorita, quién recibe los chicoleos.

El baile se aviva hasta el frenesí. Las parejas se entrechocan en el furioso entrevero y algunas caen desordenadamente y son arrolladas por las que llegan detrás. Hay un olor de establo, un pataleo de rebaño que emprende la fuga. El infeliz Luterio se ha evaporado entre los vapores de la vanidad, para María Pepa, la cual alza la voz y canta con lamentable desentono:

*Quieres que cante la isa,  
Yo la isa no la sé;  
Por darle gusto á mi amante  
Yo la isa cantaré.*

Cantando de esta suerte, deja caer con disimulo su mirada sobre el señorito y vuelve á pensar lo que días atrás pensó cuando se ensayaba ante el espejo de la señora:

—No podrá aguantar una mirada como ésta si se la dejo caer encima.

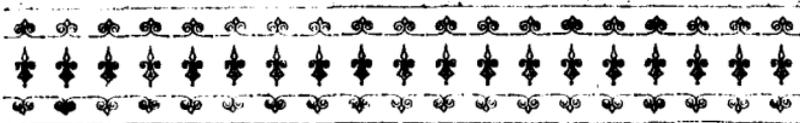
Sólo que había cambiado el sujeto, y en vez de Luterio era *el otro* el blanco de sus artes visuales de imitación.

El señorito hace, al descuido, correr sus manos exploradoras por el cuerpo de María Pepa. Le aprieta el talle, le cosquillea en la nuca, le pellizca un brazo y, por último, con heróico esfuerzo, le estampa un beso en una mejilla.

Al rumor sospechoso, Luterio, que se reconcome en su rincón, se aproxima de un brinco á la pareja y la mira fijamente, sin saber que partido tomar.

Quiere hacerse el bravo, pedir explicaciones, increpar, castigar, armar un escándalo. Pero al fin el secular instinto de servilismo y sometimiento se impone. Luterio se limita á decirle al caballero, con forzada sonrisa:

—¡Qué cosas tiene su mercé!



## EL FEMINISMO... FEO

**D**ECIDIDAMENTE, cunde el feminismo. Bajan los pantalones y suben las faldas: el impulso que hace bajar á los unos, hace subir á las otras. No hay que darle vueltas. Si las mujeres se van á la cátedra, al foro, al Parlamento, al ejército, al consultorio, habrán de irse los hombres al cuarto de costura, al estrado, á la cocina, al fregadero. Si ellas se encargan de defender los pleitos, nosotros nos hemos de encargar del cuidado de los chicos; si ellas votan, nosotros nos quedamos sin voto y sin voz; si ellas curan, nosotros nos enfermamos; si ellas se emancipan de la ley doméstica y de la tiranía conyugal, nosotros nos apretamos el doble yugo; si ellas se echan á la calle, nosotros nos quedamos en casa. Creedlo, hermanos míos, la subida de las enaguas tiene que corresponderse con la caída de los calzones.

Ya lo he dicho en reciente ocasión. Esto de las desenfrenadas aspiraciones feministas que ahora privan, me parece la más disparatada locura. No se puede destruir la incompatibilidad *fundamental* de los sexos, y caso de que pudiera destruirse, por sí misma se restablecería. No habría sino una invasión de términos. La Naturaleza ha hecho sabiamente el

reparto de papeles. Cabe invertirlos, pero sólo en el teatro, en las funciones del día de Inocente; en la sociedad, no. El orden natural, base de todos los restantes órdenes, es incommovible. Sin embargo, la eterna utopia se ha robustecido tanto en los últimos tiempos, que después de hacernos reir á los hombres, ha llegado á hacernos temblar por la integridad de nuestras *funciones* y por la conservación de nuestros privilegios.

Donde menos se piensa salta una médica, una abogada, una ingeniera, una oradora aspirante á los honores de la tribuna parlamentaria y á la dignidad de *madre de la patria*; eso sí, todas muy feas, pero todas también muy decididas, con la resolución que presta la fealdad cuando la fealdad, en el sumo grado, aconseja el heroico abandono de los atributos del sexo.

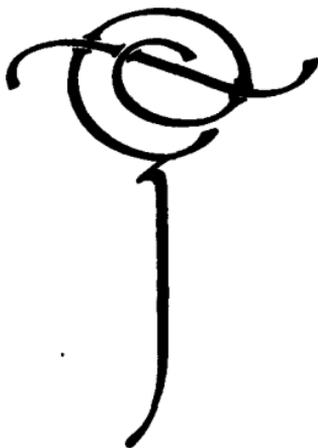
Este bulle bulle es cosa de las feas, pero ahí está el peligro, ¡porque las feas son tantas! Se trata de todo un ejército que sube al asalto, utilizando como legítimas armas, no los atractivos femeninos á cuya conquistadora influencia nada resiste, sino lo contrario, las imperfecciones del rostro y las deformidades del cuerpo. Estas valientes *emancipadas* nos dan miedo, y las dejamos pasar *con tal que no vuelvan*. El diablo les ha inspirado una idea diabólica, cual suya, naturalmente. Y en vez de vestir á los santos, las que antes por no servir para mejores menesteres se dedicaban á esta tarea piadosa é inofensiva, hoy trabajan por quitarnos los pantalones. Faltándoles la cualidad que principalmente las debia distinguir del hombre, en la fealdad fundan su pretendido derecho. *That is the question*. Yo he conocido una doctora en medicina que metía miedo. Curaba todo los males aplicando el procedimiento que suele emplearse para vencer el hipo pertinaz. Al verla, muchos se curaban, de susto.

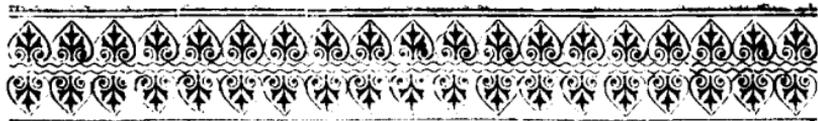
A ninguna muchacha bonita se le ocurrirá vestirse de doctora, ni perorar en los Congresos, ni andar zancajeando, mediqueando por esas calles, ¿sabéis

porque? Porque perdería el tiempo que necesita para que la digan chicoleos, porque al hablar en la tribuna se descompone, se enronquece, se torna fea; porque la toga, ese ropón negro que parece una hoga de lujo, le va mal; porque el tocador, su santuario de diosa, la reclamaría mientras anduviese metiendo su linda mano debajo de sábanas no siempre limpias, tomando el pulso ó recetando vomitivos. Eso es asunto de las feas, sobre todo de aquella que en la clasificación donosísima de Pedro Antonie de Alarcón, se llama, ¡pobrecita mía!, *fea natural, sin gracia, de la clase media.*

Son las feas que avanzan como un ejército de *cosos*; las feas que quieren masculinizarse; las feas, para quienes la feísima Luisa Michel ha predicado el amor libre, pero á las que no sirve de nada *la libertad del amor.* Son las feas, ¡pero las feas son tantas!

Hé ahí lo peligroso del feminismo.





## VIAJE CÓMICO (1)

**V**IAJE cómico, como el de Scarron, y *Viaje entretenido*, como el de Don Agustín de Rojas, el que acaban de efectuar esos canarios (no pájaros) que han ido de Buenos Aires á París con escalas y estaciones variadísimas, hasta dar fondo en la Embajada española, de donde los re-expidieron para Las Palmas, á pequeña velocidad.

*Bello país debe ser el de América, papá...* Debe ser, pero no lo es. La leyenda del oro americano se ha disipado; no queda sino el papel sucio, resobado, asqueroso, en tal abundancia que la República Argentina háse convertido en inmensa papelera. Los chicos de mi cuento fueron allá en demanda de la fortuna, y han tornado con las manos vacías, una detrás y otra delante. Hoy sólo medran en Sud-América los fabricantes de billetes falsos, colaboradores de los gobiernos.

Los cuatro expedicionarios cuyos nombres no menciono volvíanse, pues, desencantados al terru-

---

(1) Como todo cabe en *El viaje de la vida*, viaje pelicular y panorámico, pongo aquí esta vieja historietita jocosa, de 1898.

ño. Tomaron pasaje en un vapor inglés que debía traerles á Las Palmas con escala en Cabo Verde; pero los viajeros proponen y los capitanes disponen. El vapor llegó á las islas portuguesas, se aprovisionó en San Vicente, donde nuestros héroes buscaron en vano las huellas de la escuadra española, y volvió á salir para continuar la ruta. De esta primera parada no conservan los modernos y chasqueados argonautas otro recuerdo que la visión de unos muchachuelos sucios tiroteándose en el muelle con frutas podridas.

Figúrese el que lea con cuanto afán esperarían el dichoso momento en que las cumbres de Gran Canaria habrían de aparecer ante sus ojos é irse acercando amorosas, cual si sus moles oscuras tuviesen vida y palpitación de cuerpos humanos, y sus botariles fuesen humanos brazos cariñosamente tendidos á los que volvían... Las cumbres aparecieron, pero el *steamer*, en vez de poner el rumbo á Canarias, se alejó y las perdió de vista.

Primera sorpresa. ¿Cómo se entiende? ¿No habían ellos embarcado para Las Palmas? ¿No lo expresaba así el billete de pasaje? ¿No estaban corrientes sus documentos? Acaso les tomaban por chinos, y querían engañarles... Nada, nada, á ver al jefe del buque, que él pondría en claro las cosas.

Después de largos requisitos y ceremonias, consintió el *mestre* británico en recibirles. Era un hombre de cara roja, con ojos de buey muerto bañados en alcohol. Escuchóles atentamente, sin entenderles ni jota; mientras le exponían sus quejas, á cada palabra de sus interlocutores respondía: *yes, yes*, y se bebía un vaso de whiskey. Ni aún tuvo la delicadeza de invitarles.

Supieron luego que el vapor iba á Londres, y se resignaron á acabar de conocer la pérfida Albion. ¿Qué otro recurso les quedaba? No valía la protesta; no les valía ni siquiera á los *carneros en plé* (estilo argentino) que iban á bordo, los cuales ponían el balido en el cielo diciendo que ellos también habían

sido engañados. Les constaba positivamente que el barco haría escala en Las Palmas, y saboreaban de antemano el pasto fresco. Como no eran carneros de Panurgo, se sublevaron y hubo que someterlos á palos, quedando tan mansos y adictos como nuestras mayorías parlamentarias.

¡Y el vapor á toda hélice, hacia Albión la pérvida!

\* \* \*

Hélos ya en Londres, caídos del cielo, ó más bien de un nido. Allí resolvieron hacer caja común, porque los *monises* empezaban á escasear, y encaminarse á París en busca del Padre Común de los canarios orientales, don Fernando de León y Castillo, embajador de España. En él pusieron su última esperanza; seguros de haber colocado bien este capital de reserva, lanzaron un suspiro de alivio y se dedicaron á pasear por la enorme metrópoli.

Echáronse al hirviente oceano humano de la City y estuvieron en riesgo de morir aplastados por un coche, como Muñoz Torrero. Vieron muchas inglesas zancudas que corrían con los brazos abiertos, á modo de extraños pajarracos, y alguna que otra miss delicada, ideal, divina, como las vírgenes del Pussino. Pero corría todo el mundo, hombres y mujeres: dijérase que á todos se les estaba quemando la casa. Esta es la observación principal que sugirió á nuestros valientes su paso al través de Londres.

También repararon en unos hombrones altos, serios, tiesos, con una varita en la mano, apostados á cortas distancias entre la afanadísima multitud, cuyo movimiento regían con aquella, como batuta. ¿Qué demonches harían allí aquellos tipos? Más tarde lo supieron, al sentir sobre sus hombros el suave contacto de la varita mágica que les mandaba andar, que les marcaba el paso en el concierto gigantesco de las calles londinenses. Eran los celebérrimos *poli-cemen*... Los muchachos no volvían de su asombro.

Los polizontes de Las Palmas andan armados de pies á cabeza—como Tartarín cuando salía á la caza del león,—y nadie les hace maldito el caso; mientras que allí una vara-batuta es suficiente á regir el ordenado curso de la ciudad más grande del planeta.

—Y Londres, ¿qué tal?

—¡*Very good!* (éste es todo el inglés que aprendieron, y no es poco), mucho humo, mucho humo, pero muchísimo humo.

\* \* \*

De Londres á París, el viaje pasó sin novedad. En París, apenas llegados, tomaron un fiacre, el número tantos (por fortuna no era el número 13, de Javier de Montepin), y le dijeron al auriga que les llevase á la Embajada de España.

Atravesaron diferentes calles de la gran ciudad, como en sueños. Pararon ante un palacio suntuoso, descendieron y entraron temblando. Se hallaban en la Embajada.

Subieron las alfombradas escaleras, y se dieron de manos á boca con un pomposo personaje, un hombre rubicundo, orondo, espléndido como un pavo real, con su casaca galoneada y sus vistosos adornos.

—Lo ménos ha de ser éste algún príncipe que se retira de visitar al embajador, ó quién sabe si el embajador mismo que anda por aquí buscando algo que se le ha perdido, —dijo uno de mis chicos,

—Tonto,—objetóle el más avisado de todos ellos,—los embajadores ya no van con las pantorri-llas al aire. Este *tío* debe ser algo así como el lacayo mayor de la casa. Con que, ánimo y á él.

Se aproximaron más animosos con esta consideración, y él otro retrocedía asustado, mirando desde lejos al fondo de sus sombreros, que tenían en la mano. Los había tomado por anarquistas. La verdad es que, si no Ravacholes, gauchos de la Pampa, exploradores del Chaco Austral parecían. No habían tenido tiempo ni medios de mudarse de ropa, y así, derrota-

dos, empolvados, ofrecían un aspecto desconsolador. Pero les empujaba la necesidad con su cara de hereje: ¿qué iba á ser de ellos, sino se atrevían? Los *monises* ¡ay! se habían acabado. Como ninguno sabía pizca de gabacho, pasaron los grandes apuros para hacerse entender. Hacían grandes muecas y gerigonzas, ¡cómo si no! Por fin uno de ellos tuvo una inspiración felicísima, y llevándose la mano al pecho exclamó por tres veces desesperadamente:

—¡Canarios! ¡canarios! ¡canarios!

El *tío* aquél, gordo y deslumbrante, comprendió. Trajo á sus labios una sonrisa almibarada, y les hizo señas de que le siguiesen.

Atravesaron más escaleras, pisando siempre alfombras; cruzaron salones lujosísimos, pasillos, galerías: un espejo por aquí, un jarrón colosal por allá, un cuadro soberbio por acullá, molduras doradas, estatuas, *portiers*, medallones, la mar de lujo... Y más pavos, es decir, más hombres con casacas coruscantes. En un corredor encontraron á Bonafoux que daba bofetadas en el aire, y se apartaron temiendo que les pegase.

El pavo real les dejó en una antesala, donde había otras personas que esperaban audiencia, entre ellas una dama muy elegante y hermosa. ¡María Santísima, qué mujer! Unos ojazos y un aire de reina, y un garbo, y un... Al oírles decir que eran canarios, se volvió vivamente y dijo con distinguida sencillez:

—Yo también lo soy.

Y les pidió con interés noticias de la tierra, y les reveló su alta posición. Era una duquesa, cuyo título ellos no recuerdan, probablemente la duquesa de Dúrcal.

De pronto una voz clara, sonora, robusta, resuena cerca de los heroicos jóvenes, diciendo en tono de alegre franqueza:

—Pasen ustedes.

Casi se caen redondos. Era el embajador. ¡Última sorpresa! En vez del personaje imponente que se

habían imaginado, tenían delante un señor amable, francote y risueño que les recibía paternalmente.

—Don Fernando... no... señor embajador, empezaron á decir—venimos de la parte de allá... pues... del otro mundo...—Serénense ustedes—interrumpióles el señor León y Castillo, —y vean en qué puedo serles útil.

Les tranquilizó, les hizo sentar, les dió dinero, cartas de recomendación para los cónsules, les mandó á paseo... en el coche de la Embajada, y los re-expidió para Las Palmas, por pequeña velocidad.

—¿Y qué tal, París?

—¡Oh, *trés joli!* (Este es todo el francés que aprendieron, y no es poco). Vimos el Sena, un barranco muy grande, atravesamos una calle larga, muy ancha y orillada de árboles, bajo los cuales discurrían parejas enamoradas y mujeres sueltas que nos miraban como si quisieran comernos. Los hombres tomaban en vasos un licor amarillento, y ellas cualquier cosa. Vimos á Lucifer (así llaman los parisienses á Lucie Faure, la hija del presidente, haciendo con su nombre un ingenioso *calemboury*). ¡Oh, París es bueno, muy bueno, pero muy bueno! Y Don Fernando, lo mejor que hay ahora en París.





## YO QUIERO ESCRIBIR

**W**EAMOS de construir un diálogo, por el estilo y el tono de los famosos diálogos de Larra: —A mí me encanta, señor, eso de escribir en papeles. Donde quiera que veo una pluma, aunque sea adherida al cuerpo de un ganso, no puedo resistir; la cojo ó la arranco, y después la muevo. ¡Si viera usted con qué soltura y con qué gracia la muevo!

—Eso es la vocación, hijo mío, ciega como la fé. Usted nació hombre de pluma, lo mismo que otros nacen hombres de garra. Plumear, plumear siempre es su destino. Se encuentra usted tocado de la grafomanía.

—¿Grafo... qué?

—¡Ah! no lo sabe? Mejor que mejor. Si lo supiera, empezaría mal, porque empezaría conociéndose á sí propio, y desde entonces daría de mano al instrumento culpable, al cuerpo del delito, con lo cual la literatura se lo perdería á usted, y usted se perdería para el sano regocijo de sus amigos y parientes. Adelante.

—Pues como iba diciendo, yo quiero ser escritor á toda costa...

—Bien querido. Los que se proponen ser mártires lo son, y ganan la bienaventuranza eterna. ¿Por

qué no había usted de ganar una palma, á falta de un laurel? Quiera usted, joven, quiera usted con voluntad firmísima, que al fin y á la postre, ó martirizado ó tolerado, podrá escribir largo y corrido sin que nadie se meta con usted. La gente se acostumbra á todo, inclusive á la peste. ¿Qué me dice usted del trivio y el cuatrivio?

Señor, seré franco; yo no sé nada... Apenas sé que como me llamo y al decir esto pruebo, no obstante, que de alguna cosa se me alcanza algo, pues traigo una cita de Castelar...

—¿Su nombre?.. ¿Castelar? Saber es. No se apure por lo que ignora, que mientras más ignore y á más se atreva, mejor le entenderán los que no tienen entenderas, mejor parecerá lo que escriba á los que saben tanto como usted, y no digo menos, porque menos no es posible. ¿Sabrá usted, siquiera, lo que es el gran público, el público grueso?

—Figúrome que será el *gordo*. De la *gorda* ya oí hablar hace tiempo, y ahora se la mienta en todas partes.

—Pues ese, el *gordo*, le tomará por amigo, á poco que sepa usted trastearlo con tacto y malicia. Buena persona, sujeto bonachón, de cortas luces, de groseras percepciones sensorias, á quien se lleva de coronilla el que acierta á hablarle su lenguaje dorándolo un poco á fuego lento en la fragua de la retórica vulgar. ¡El vulgo! gran persona, amigo... A usted no le costará trabajo hablarle en necio, como mandaba Lope que se le hablara. En cuanto emborrone neciamente unas cuartillas y las siembre de apelativos sonoros, de esos que suenan como cohetes de fuegos de artificio en fiesta de lugar, conquista segura. Algunos conozco yo que sin más gasto de *fósforo* ni más pena han subido al tejado, y allí se están haciendo maravillas de equilibrio... literario para no caerse. Sobre todo, nada de expresar ideas, joven, bien que la recomendación me parece ociosa; á menos que Dios haga el milagro—¡y qué milagro!—de encender alguna en la cavidad telarañosa de su

cerebro. Si tal ocurre por permisión divina, ¡guárdela usted, por Dios! Para *llenar* sus escritos necesitaría *vaciar* su cabeza, y como su cabeza está vacía, nada puede usted llenar; ¿me comprende usted? El pensamiento que milagrosamente le brotase, debería guardarlo, en reserva perpétua, en perpétua conserva...

—Usted me anima, y me corrobora... No entiendo cosa de los tiquis-miquis que va ensartando, pero...

—¡Ajajá! Esa es la señal más clara de su predestinación y de su aptitud. ¡Bravo, bravísimo!

—Yo no sé, mayormente...

—Mínimamente querrá decir...

—Bueno, mínimamente... Soy mínimo, pero no se me esconde que otros mínimos andan luciendo por ahí...

—Luciendo como fuegos fatuos en cementerio. De todas maneras es lucir, y así lucirá usted, si se lo propone. Ríase de los que le digan que para escribir no basta querer, sino que además es necesario saber, aprender, estudiar y, principalmente, *llevar algo dentro*. Esas son andróminas. Le dirán también que lo que necesita, si aspira á ser escritor verdadero, supuesto el don nativo, no es perder el miedo, como el niño que empieza á caminar, sino tener siempre miedo. ¡Error, amigo! La cuestión es echarse á andar, y no detenerse aunque le griten que va á estrellarse... Créame, y atévase.

—Si ya me he atrevido... Solté ya los andadores...

—Mis parabienes. Ahora, ¡oh joven amable!, despacito y buena letra, ó mejor deprisita, aunque la letra sea mala. Yo le auguro á usted un gran porvenir, y le prometo... una palma.

—Voy á la lid con nuevos alientos; pero antes hágame la merced de sacarme de una duda que me atormenta. ¿Quiénes son esos señores Homero, Dante, Shakespeare, Victor Hugo, y otros tales que oi-

go nombrar por los círculos y cuyos nombres leer suelo en los periódicos?

—¡Oh! esos nombres deben serle sagrados; respételes para que el vulgo los respete, y el respeto cesaría en cuanto el vulgo y usted los manoseasen. Usted y él deben quedarse á la puerta del misterio. Frecuente, en cambio, el trato de Don Hermógenes, de Don Simplicio Bobadilla y de Mr. de la Palisse.





## MARINA CANARIA

**D**ESDE mi azotea mis ojos, deslumbrados, se extasían en contemplar, sin cansarse, el espectáculo del mar celeste, surcado á cada momento por los buques que vienen y van. La calma profunda de las aguas dormidas y como muertas contrasta con la agitación del puerto. Es la fiebre del trabajo humano bajo mil formas diferentes, turbando la serenidad inalterable de la naturaleza. En este clima eternamente dulce la primavera viene llamada, recatada; sólo advertimos que ya está aquí por un perfume de flores más intenso y por una caricia más mimosa de las brisas que se embalsaman con los efluvios de los jardines y de los campos. Ahora nos sonrío divinamente en la tierra y en el cielo, en el mar y en el corazón del hombre...

Las embarcaciones de pesca abren sus alas, blancas como la nieve, y vuelan sobre la llanura líquida; semejan una bandada de pájaros marinos. A cada instante, una de estas aves graciosas cruza frente á mi observatorio; pasa con gallarda ligereza, se desliza con suaves cabeceos rozando apenas las olas mansas, va hacia el horizonte como una flecha. La elegancia de sus movimientos y la blancura reluciente de su corto velámen mantienen cautiva la mirada.

Poco á poco se desvanecen en los lejanos términos, donde esmaltan de movibles puntos níveos el limpio azul oceánico. No sé qué idea de candor, de inexperiencia y abandono infantiles se mezcla en nuestro espíritu al placer estético que nos produce la vista de los barcos-palomas que huyen... Nuestro pensamiento los sigue conmovido, preso en el misterio de sus lonas albas y pulcras que allá á lo lejos hincha el viento de alta mar...

La negra Africa los atrae; son los veleros que se dispersan, los pailebots y los balandros que emprenden su viaje laborioso. Parten lastrados, ágiles, leves: tornan cargados con exceso de una exuberante cosecha marítima, fatigados, rendidos. El pescado en salazón, dispuesto por montones enormes, llena sus breves calas, se apila en sus cubiertas estrechas dejando apenas á los tripulantes sitio en que moverse. Los buquecillos llegan al puerto como á un regazo maternal; arrojan su carga en pocas horas y, como si fueran seres vivos que se aliviarian de una indigestión, recobran su gracia y su alegría, quedan flotando airosamente al vaivén de las ondas benignas, meciéndose, arrullándose, contoneándose...

Estas expediciones pesqueras, casi continuas, constituyen uno de los mayores atractivos de nuestros puertos. Las pequeñas embarcaciones que salen y entran, el movimiento de embarque y desembarque que llevan consigo, dan una nota sumamente amena en medio del tráfago rudo de la vida naval. A lo mejor, uno de estos barquichuelos se encuentra con un formidable trasatlántico al salir de la bahía ó al entrar en ella, y la contraposición de formas y tamaños provoca un asombro temeroso en los observadores. Creyérase que la mole gigantesca va á llevarse por delante la navecilla frágil é insegura, achicada hasta lo microscópico en presencia del piróscafo; que la aplastará, que la borrará... Y la borra, en efecto, pero sin aplastarla. El punto blanco destácase como una mota sobre el costado obscuro del mónstruo; queda perdido, disipado un segundo dentro de aquella enor-

midad que pasa velozmente, y luego lo volvemos á ver victorioso y amable en su aspecto de gaviota cansada... Entre el humo en que el vapor las envolviera, le lucen más blancas las alas, besadas por el sol...

Algunas veces parten juntos del Puerto ocho ó diez de estos raudos pailebotes. Es una «suelta» de palomas mensajeras. Los barquitos parecen perseguirse, jugar, correr gozosos y traviosos unos e.1 pos de otros. La misma brisa se los lleva como copos de espuma; pero la desigualdad de sus condiciones marineras pronto establece diferencias de distancia, igual que ocurre entre los hombres...

Tienen nombres caprichosos, poéticos, ó bien vulgares é inexpresivas denominaciones. Uno se llama el *Celuje*, otro sencillamente el *Joven Antonio*; y suele suceder que alguno que se denomina *Rayo* anda muy despacito, durmiéndose, mientras un su congénere denominado *Lucía*, *Angustias* ó *Sebastiana*, corre sobre las aguas que no lo coge un galgo ni lo alcanza un tiro de cañón.

\* \* \*

La pesca en Africa mantiene en Canarias. directa ó indirectamente, miles de familias. Hasta ha creado un tipo «sui generis» con manifestaciones especiales, gremiales, inconfundibles. Esas familias viven mal á la sombra del ingrato oficio que ejercen en ellas los varones; pero viven. Los marineros reclutados para la pesca cobran una mísera soldada y una parte ínfima del producto obtenido al término de la estación. Ello les permite ir tirando, como tiraba el galeote de su remo, como tira el forzado de su cadena.

Las condiciones en que trabajan son durísimas; lo son hasta el extremo que cuando un padre quiere atemorizar á un muchacho rebelde, en vez de amenazarlo con el coco, lo amenaza diciéndole: «te voy á mandar á la costa.» Es el mayor castigo que la ima-

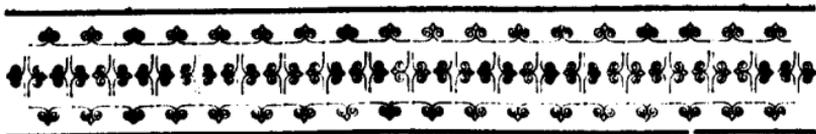
ginación concibe. Los pescadores pasan las de Caín «allá abajo.»

El triste destino, ó más bien sino aciago de ir á pescar en Africa, se hereda, pasa de padres á hijos durante muchas generaciones con la persistencia indeleble de un estigma, y raras veces se borra al correr del tiempo... Desde que pueden tenerse en piés los hijos acompañan á los padres en sus viajes penosos. Comenzando el rudo aprendizaje les salen los dientes...

Allá, en aquellos mares por lo común tranquilos, no hay que temer el golpe de la galerna, ni el matotazo bárbaro del ciclón, ni el espanto helado y fúnebre del temporal de nieve; pero, de tarde en tarde, ocurren otros percances crueles. Una lancha destacada de un barco zozobra bajo una repentina racha de viento, y perecen sus tripulantes; un grupo de moros salvajes pillan descuidados á dos ó tres marineros que se aventuraron por la inhospitalaria playa y los arrearan como á bestias y se los llevan cautivos.

Estos casos no se dan á menudo, por fortuna; pero suelen acontecer. Cuando se trata de cautiverio, cabe la esperanza de salvación mediante un rescate costoso; cuando se trata de naufragio, el rescate está en la Muerte, la gran misericordiosa... Hay bastantes viudas trágicas en los barrios infectos donde se amontona sórdidamente nuestra población marítima.





## EL "RONCOTE"

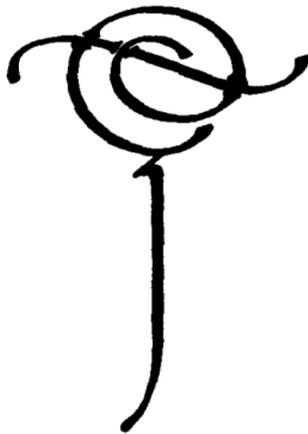
**G**L «roncote», el marino costero viejo que se ha formado y se ha endurecido en una larga existencia de penurias, es un personaje curioso.

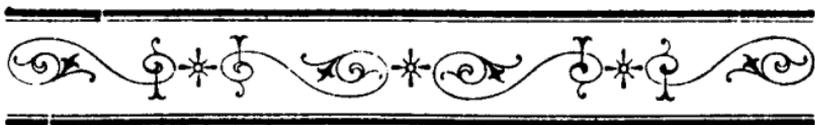
Tiene su psicología, su lengua, su indumentaria propias: las de su gremio. Aseméjase á los marineros de todos los países en los rasgos generales; pero muestra una característica peculiar y extraña. El mar le ha hecho su esclavo perpetuo; siente dentro de sí subir y bajar la marea... Al andar en tierra vacila como un ebrio, y al hablar, hace la transcripción de los vocablos náuticos como si el mundo fuese un buque inmenso y la humanidad una tripulación infinita. El ser ingénuo no le impide ser algo cazurro.

Estas manifestaciones de carácter sónle comunes con sus congéneres de todos los puertos. Hay en él otra cosa, difícil de definir: sello de ambiente, marca de raza, un no sé qué peculiarísimo. El marino canario tiene gracia, tiene sal; sal gruesa, eso sí, pero legítima y estimulante á la risa como la sal baturra. Conozco muchas «salidas», y no en falso, que la gente atribuye á esos veteranos cómico-se-

rios. Algunas merecen recogerse, si no en un florilegio, por lo menos en un herbario del idioma. Una vez, oía un «roncote» misa en San Telmo. Entró apresuradamente una señora y, al pasar por su lado, le preguntó:--¿Se alcanza?--«Ni con tres liñas», respondióle el lobo de mar escupiéndolo por el colmillo.

En el fondo, guardan una gravedad casi fúnebre... Cuando un «roncote» se ríe, aparece terrible la máscara de su rostro, modelada por las manos implacables de la Tormenta.





## LA ESCALA MISTERIOSA

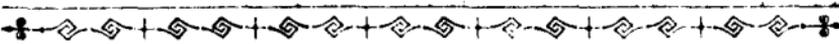
**L**A marquesa de la Tebaida, *fea, católica y sentimental*, va muy á menudo al templo para entretenerse. El templo le resulta un incomparable lugar de entretenimiento. Allí cuenta las horas, los mosáicos, los cirios, las moscas y los fieles que entran y salen; sobre todo los fieles... Entre un padre—nuestro y un ave-maría se le desliza, sin poderlo remediar, un pecado. Reza siempre murmurando con dulce murmuración religiosa... Vé á Dios á través del hombre, irreparablemente... Pero ella dice que así la ha hecho Dios...

Y hay que creerlo, puesto que ella lo dice. Dios la ha hecho así. Mientras sus manos pasan febriles las cuentas del rosario, el amor la tienta y la vida la llama. Va arrepentida para de nuevo salir pecadora.

Hay muchas mujeres humanas, modernas, eternas, como la de la Tebaida, que, entre una ave-maría y un padre-nuestro sienten pasar á Luzbel. Cuando creen refugiarse en el seno de la iglesia, sufren la tentación irresistible: se refugian en el seno del hombre. Caen á los pies del hombre-dios. El diablo las coge en la iglesia, cerca de la Cruz, mucho mejor que en la calle.



Ha aparecido una escala de seda, pendiente de su balcón. No es que subieran á buscarla; es que ella bajó á buscar...



# INDICE



	<u>Página</u>
El viaje de la vida . . . . .	3
El Sueño de una noche de Invierno . . . . .	7
Ultimo coloquio entre don Quijote y Sancho . . . . .	13
Un drama regional . . . . .	17
El buen humor del tirano . . . . .	21
¡Abuelito! . . . . .	25
Bajo la navaja . . . . .	29
El rey de los tontos . . . . .	33
Guerra y Paz . . . . .	37
Una heroína . . . . .	39
Entre dos crepúsculos . . . . .	43
El hombre de los epitafios . . . . .	47
Las modernas plañideras . . . . .	51
Félix el de la rueda . . . . .	55
Aclimatación . . . . .	61
El proscrito . . . . .	65
La alegría de los viejos. . . . .	69
Nacimiento . . . . .	73
Las tres Gracias del Infierno . . . . .	75
Los niños de ayer. . . . .	77
¡El rey ha muerto, viva el rey! . . . . .	81
Monólogo de una solterona . . . . .	85

	<u>Página</u>
La loca . . . . .	89
Ego sum . . . . .	95
La bruja. . . . .	101
El caballo blanco . . . . .	105
El suicidio . . . . .	111
El mal de todos . . . . .	115
La paz del Eden . . . . .	119
Los Reyes Magos. . . . .	123
Un héroe. . . . .	127
Las mujeres sabias . . . . .	131
¡Máscaras! . . . . .	135
El hombre de las equivocaciones . . . . .	139
«Su mercé» . . . . .	141
Mirando al río . . . . .	145
Huyendo del dolor . . . . .	147
Renovando impresiones . . . . .	149
Programa de año nuevo . . . . .	151
Historia de un «sevillano» . . . . .	155
El sabio . . . . .	159
La peregrinación. . . . .	163
La muñeca de la abuela . . . . .	167
Un pueblo silbador . . . . .	171
La talayera. . . . .	175
Los nuevos «pionniers». . . . .	181
El indio . . . . .	185
El curandero . . . . .	189
El gaucho . . . . .	191
El «indiano» . . . . .	195
La «última» . . . . .	199
El feminismo . feo . . . . .	205
Viaje cómico . . . . .	209
Yo quiero escribir . . . . .	215
Marina canaria . . . . .	219
El «roncote» . . . . .	223
La escala misteriosa... . . . .	225

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



\*483561\*

**BIG 860-3 GON via**

ULPGC.Biblioteca Universitaria



\*483561\*

BIG 860-3 GON via